

ALFAGUARA



Hugo Burel

Noches de Bonanza

Narrativa Hispánica

Hugo Burel

Noches de Bonanza

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Mi sono innamorato di te
perché non avevo niente da fare
il giorno, volevo qualcuno da incontrare;
la notte, volevo qualcosa da sognare.*

LUIGI TENCO

Montevideo, invierno y primavera de 1964

Primera parte

DE MABEL A ZORAIDA

–Quiero confesarme, Padre, he pecado –dijo Keller y miró la esterilla del costado del confesionario esperando una respuesta.

Después de unos segundos de silencio, una voz aguardentosa y calma respondió:

–Habla, hijo mío, cuéntame tus pecados.

Arrodillado, Keller dudó, hasta que por fin dijo:

–He matado, Padre. Asesiné a cuatro... mejor dicho, cinco personas.

Por toda respuesta, escuchó una tos seca seguida de una corta risita. Algo crujió del otro lado de la esterilla, como si el cura se hubiese acomodado en su asiento y la vieja madera del confesionario se quejara por su peso. En la iglesia silenciosa y vacía, el crujido se amplificó y retumbó en las alturas de la nave central.

–A ver, cuéntame, ¿qué has hecho? –preguntó la voz, ahora cavernosa y profunda. Tenía ese dejo de curiosidad morbosa que siempre había escuchado en la voz de los sacerdotes, cuando era un niño y se confesaba los domingos en la parroquia.

–Lo que acabo de decirle: maté personas, Padre, pero fue por amor.

–Entiendo... ¿Y estás arrepentido? –La voz pareció dulcificarse, interesada y con un matiz de ansiedad por la respuesta.

El asiento volvió a crujiar, a retumbar en el espacio helado de la iglesia. Keller sintió que un frío le corría por la espalda.

–¿Debería estarlo?

–Se supone que por eso has venido, ¿no? El arrepentimiento es el principio de la confesión y su necesidad –dijo el cura, casi en un murmullo.

A través de los orificios de la esterilla, Keller pudo distinguir la silueta de una cabeza, inclinada hacia delante. Un aroma a incienso empezó a fluir del interior del confesionario y un humo plateado envolvió la cabeza.

–¿Usted me creería? –preguntó, mientras el olor del incienso crecía, agrio y penetrante.

–Si te arrepientes de corazón, sí.

–¿Cómo está tan seguro, Padre?

–Tengo que estarlo, para luego poder administrar el perdón de tus pecados. Vamos, hijo, alivia tu conciencia, confíesate ante Dios. Él te conoce y sabe si mientes o no. Por lo tanto, deposita mi confianza en Él. Adelante. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Puedes empezar.

El humo del incienso quemándose se esparcía, espeso, a través de la esterilla y Keller empezó a sofocarse. De pronto estuvo envuelto en una miasma putrefacta y gris mientras el confesionario ardía y se convertía en una tea ante sus ojos.

A punto de asfixiarse y quemarse en las llamas, Keller despertó.

Se había quedado dormido en el sofá del living comedor, vestido y con los zapatos puestos, bañado en transpiración; le dolía la nuca debido a la mala posición en la que estaba antes de dormirse. Lentamente fue regresando a la realidad y cuando miró el reloj de su muñeca vio que eran las tres de la mañana. Increíblemente, todavía podía oler el incienso del sueño porque en su memoria la sensación olfativa perduraba, nítida y verdadera; aún podía sentir el calor de las llamas sobre la piel. Se incorporó del sofá y movilizó sus miembros entumecidos. Pensó cuánto tiempo hacía que no se confesaba y concluyó que eso no sucedía desde que era niño. De hecho, tuvo la sensación de que en el sueño él era ese niño, confesando por anticipado los crímenes que cometería de grande.

Sacó de la heladera la botella de agua y bebió casi un tercio hasta quedar saciado. La voz del cura retumbaba en su cerebro, falsa y estentórea, acaso más alta que en el sueño y dotada de un tono inquisitorial y apremiante.

Abrió la canilla del fregadero y se lavó la cara y la nuca transpiradas. Los retazos del sueño fueron desvaneciéndose y a su mente regresó el problema que había estado considerando antes de quedarse dormido. Volvió a la mesa del Sorocabana, en la que había conversado con la desconocida que lo citó en el café para ofrecerle en venta la agenda de Flavio Olavarría donde figuraban su nombre y su dirección.

La mujer, que dijo llamarse Mabel, le contó que había estado con Olavarría la noche que este había sido ultimado en la habitación 204 del Hotel La Alhambra. Lo había recibido en su apartamento del edificio Ciudadela y al otro día había encontrado la libretita de Olavarría caída en el piso. Al hojearla, vio los datos de Keller y recordó que Olavarría había mencionado a Keller varias veces para insultarlo, antes de irse y ser asesinado en el hotel. Al tanto de que la policía no avanzaba en la resolución de ese crimen, la mujer pensaba que el nombre de Keller en la agenda podía interesarle a los investigadores y entonces había decidido citarlo en el Sorocabana para ofrecerle esa agenda a cambio de cinco mil pesos.

Eran las tres y media de la mañana. Keller se preparó una tisana y se sentó a la pequeña mesa de la cocina, como si ante él, al otro lado, hubiese alguien que lo mirara con atención. Lo que en realidad veía era el rostro de Mabel que le recordaba a la actriz Ava Gardner. Podía evocar su figura esbelta y sensual caminando entre las mesas del Sorocabana hasta llegar a donde él estaba, con el ejemplar de *El Diario* doblado sobre la mesa, la seña acordada para que ella pudiera reconocerlo.

Cuando dio el primer sorbo a la tisana, la imagen de Mabel se perfeccionó en la mente de Keller. La mujer lo había sacudido y quizá perturbado de una manera inesperada, al punto de estar evocándola casi con placer y sin que le importara la amenaza que la desconocida representaba. Había sido clara y directa: en dos días lo esperaba en el Sorocabana, a la misma hora, y él debía pagarle cinco mil pesos para hacerse de la agenda de Olavarría. Por supuesto que Keller no había admitido que conocía a Olavarría o que el contenido de la agenda lo inquietaba. Como se dice en el juego de truco, había jugado callado. Planteadas las condiciones de la negociación, la mujer se había retirado del café con el mismo andar seductor y sensual con el que llegara. Keller no atinó a nada una vez que ella le hizo la oferta y ni siquiera tuvo reflejos para levantarse y seguirla, saber si era verdad que vivía en el Ciudadela, el edificio más moderno de Montevideo, terminado de construir un año antes.

La única prueba que la mujer había aportado sobre la existencia de la agenda era una xerografía de la página en la que figuraban los datos de Keller. Luego de mirarla y cuando ella ya se había retirado, Keller la rompió en varios pedazos que dejó sobre el cenicero de la mesa. ¿Era esa la letra de Olavarría?, pensaba ahora Keller.

Desde que Mabel le había revelado sus intenciones, él dudó de que ella hubiera concebido sola ese plan para extorsionarlo. ¿Qué hacía además de ser bella? ¿Era una prostituta de lujo como le había insinuado para provocarla? ¿Por qué cinco mil pesos, como el fotógrafo Moreira? ¿Era esa la tarifa de los que lo extorsionaban?

Keller terminó la tisana, lavó la taza y la dejó escurriéndose sobre la mesada. Volvió al living comedor y se sentó en el sofá. Permaneció inmóvil y en silencio hasta que la luz cenicienta del amanecer empezó a insinuarse a través de las hendidias de la persiana del ventanal que daba al pozo de aire. Estuvo más de dos horas pensando en lo que podía haber detrás de la mujer y su plan.

Si Keller hubiera tenido televisor, se habría enterado de que Mabel también era conocida como Zoraida, modelo de ropa, *bijouterie* y cosméticos en el programa vespertino *Chez Elles* del Canal 10. Era común que las jóvenes que modelaban se pusieran nombres de fantasía para salir en la televisión o posar en fotografías publicitarias. Incluso, por el hecho de haber trabajado en publicidad, Keller debió de tener una idea de quién era Zoraida –al menos haber escuchado su nombre–, por más que ella, en los desfiles y sesiones fotográficas, luciera siempre una peluca rubia y lacia al estilo Brigitte Bardot. Keller ignoraba –o había olvidado– todo eso, aunque pronto iba a recordarlo.

Tras la noche insomne, decidió desayunar en el bar de Gonzalo Ramírez y Jackson. Pidió un cortado con medialunas y recordó que en esa misma mesa había estado reunido con el comisario Alejandro Romero, que lo sometió a un interrogatorio sutil y aparentemente amigable. Entonces había zafado de sus insidiosas preguntas, todas vinculadas a los crímenes no resueltos de Brentano, Moreira y Flavio Olavarría, y agitados por el revuelo periodístico que Humberto Dolce había armado desde las crónicas de *El Diario*.

Romero era un policía brillante –además de árbitro de fútbol– y no solía perder el tiempo en conversaciones inútiles, por lo cual Keller estaba advertido de que seguía en la mira de los investigadores, pese a que el encuentro de días antes en ese bar no había sido un interrogatorio “oficial”, como el propio Romero le aclaró.

Mientras revolvía el cortado luego de echarle tres pancitos de azúcar, volvió a pensar en Mabel y su insólita propuesta. Existiera o no la agenda de Olavarría, el encuentro de la tarde anterior con esa mujer en el Sorocabana complicaba sus planes. Cuando había creído zafar de las sospechas, la aparición de Mabel y su intento de extorsión desbarataban una posible calma.

Cómo últimamente le sucedía en las situaciones límite a las que se enfrentaba, en esa diáfana mañana de invierno y sin poder evitarla, la misteriosa voz regresó. En el sueño que había tenido, cuando hincado en el confesionario pedía alivio, la voz escuchada a través de la esterilla –la del cura– se le parecía en grado de misterio, profundidad y sugestión. Ahora estaba en una tranquila mesa de café y esa misma voz, con un dejo metálico y un timbre profundo, como si llegase desde el fondo de un abismo, le dijo:

“En realidad, estás fascinado con Mabel, a tal punto que casi te has olvidado de Beatriz, tu vecina traicionera y débil que pronto vivirá con su amiga Alicia, dominante y fuerte. Eso se lo

debes a tus modales de caballero abnegado. La empleadita de La Ópera te ha hecho llegar a donde hoy estás y te ha pagado con esa sospechosa convivencia con su amiga, que te excluye de toda conversación. Ni siquiera saben las dos tórtolas que suprimiste de forma desinteresada la amenaza que significaba ese pariente indeseado de Beatriz, Ricardo Villa, su tío y padrino, que en paz descansa en un bosque de Parque del Plata. Pero así van las cosas, viejo. Ahora tienes que vértelas con una mujer audaz que osó citarte para agitar ante ti la amenaza de una agenda comprometedora. Ante ella no te servirá ese aire calmo e impertérrito con el que has encarado a Tomasa y su jefe Romero. Pudiste verla y oírla, no se anduvo con remilgos a la hora de mostrar su juego. Tiene todo el aspecto de una *femme fatale* y quizá lo sea, si es verdad que era amiga de Flavio Olavarría. Los vínculos definen a las personas, ¿verdad? Pero es evidente que Mabel ha empezado por subestimarte. Ignora que mataste a Javier Brentano, por la espalda y por celos, y que luego le diste el mismo trato al crápula de Moreira, el fotógrafo, aunque esa vez de frente al caño de tu 32. También ignora que para conseguir una carta que te acusaba –y en poder de Olavarría–, despachaste a ese tal Gauna una mañana en una peluquería de Rosario. Y luego lo del hotel, la muerte del propio Flavio Olavarría, que siempre te subestimó, como no pudo hacerlo Ricardo Villa porque no tuvo tiempo de tratarte. Todos, a su manera, compraron tu imagen de viudo inofensivo y de *flanêur* desocupado. Con esos antecedentes, creo que deberías poner a esa señorita en su lugar, o darle a entender que puede ser peligroso jugar contigo, ¿eh, viejo?”.

Como era habitual, la voz se extinguió tan misteriosamente como había aparecido, pero su discurso fue sustancial y certero, al punto de que Keller asintió con un movimiento de cabeza al terminar de escuchar. De todo lo que la voz le había dicho, la mención de su vecina Beatriz le dolió como un latigazo en el rostro. Todavía recordaba el entusiasmo contenido de la chica al contarle que su amiga Alicia se mudaría, en breve, con ella. Vivirían juntas y tenían planes para viajar, como si formasen una pareja. Así le pagaba a Keller sus desvelos por ella.

Bebió el cortado y comió las medialunas absorto en sus pensamientos, que oscilaban entre la desazón por la decisión que había tomado Beatriz y la extraña atracción por Mabel, que a cada minuto se le hacía más evidente. Una mujer que lo amenazaba y le pedía cinco mil pesos a cambio de una agenda podía ser también una inquietante corporización del deseo. Keller comprendió que sería muy difícil negociar con alguien así, entre otras cosas porque no disponía de dinero para comprar la agenda. Pero comprársela –en caso de que no le quedara más remedio– equivalía a que Mabel desapareciese, si era verdad que quería emigrar a Estados Unidos.

El edificio Ciudadela era una mole moderna y vidriada de noventa metros de altura y casi ochenta de frente que ocupaba la cuadra de Juncal entre las calles Sarandí y Buenos Aires. Disponía en su planta baja de una galería con columnas revestidas de granito rojo que respetaba el retiro de la pasiva que históricamente bordeaba la Plaza Independencia. Poseía, además, al nivel de la calle, tres amplios corredores de ingreso que funcionaban como galería comercial y confluían en un centro en el que estaba instalado el bar Le Toucan, donde Keller había estado varias veces desde que el edificio se había inaugurado.

La construcción ocupaba un espacio notorio y contrastante con el resto de los edificios de la plaza y, por supuesto, con la Puerta de la Ciudadela, muy próxima y erigida en el comienzo mismo de la Ciudad Vieja. Era un conjunto edilicio que combinaba otros bloques más bajos que daban a la calle Sarandí y a la corta cuadra de Bacacay. Sin lugar a duda, el Ciudadela era un símbolo de la modernidad que enfrentaba a otro edificio icónico, ubicado del otro lado de la plaza: el Palacio Salvo, que en su barroca arquitectura, plena de curvas y volutas, representaba los sueños urbanos de la década del 20.

Keller llegó hasta allí luego de desayunar en el bar porque sintió la imperiosa necesidad de merodear por donde suponía que vivía Mabel. Cuando se bajó del ómnibus que lo dejó en la Plaza Independencia, no tenía claro lo que iba a hacer, pero le asombró comprobar cómo en apenas dos cuadras –las que distaban entre la confitería y el Hotel La Alhambra y el Ciudadela–, incluyendo la tienda La Ópera, se habían acumulado tantos hechos decisivos en su vida. Era, pensó Keller, como si su universo se hubiera contraído a una escala casi de escenografía, a la que podía agregar la zona del Parque Rodó, en la que residía.

Mientras atravesaba la plaza, fue acercándose a la imponente pantalla de vidrio del Ciudadela, azulado y brillante bajo el sol de la mañana, con sus cientos de ventanas idénticas repitiéndose hasta desaparecer en una trama abstracta. A medida que estaba más próximo al edificio sintió un cierto vértigo. La idea que le daba su arquitectura era la de una colmena fría y despersonalizada. Pese a que su construcción había finalizado el año anterior, a Keller le pareció que era la primera vez que lo miraba con verdadero interés.

En la esquina de Juncal y Buenos Aires, que ahora ocupaba un extremo del edificio, había funcionado el café Tupi-Nambá, al que solía concurrir su padre y él mismo hasta no hacía mucho tiempo. El comienzo de la década había traído la demolición de sus instalaciones. El

establecimiento había cerrado sus puertas en 1959, luego de permanecer abierto durante setenta años. Pero lejos de sentir nostalgia por esa pérdida, Keller solo experimentaba indiferencia o, como mucho, el asombro ante el contraste entre lo que hubo allí antes y lo que había ahora. La mole del Ciudadela se le imponía como el símbolo que clausuraba una época y daba paso a un presente incierto y sembrado de amenazas.

Por fin llegó a una de las entradas del edificio, la de la calle Juncal, que además permitía ingresar a la galería comercial. A mano derecha del vestíbulo de la galería estaba el hall con los ascensores. A un costado, junto a la puerta, el tablero con los timbres ofrecía decenas de nombres grabados en pequeñas chapas con el número del apartamento. Keller los miró buscando el nombre “Mabel”, o al menos una “M” seguida de un punto y luego un apellido. No encontró nada parecido. Era muy pobre el dato con que contaba.

Al verlo, el portero se acercó y le preguntó:

–¿Puedo ayudarlo, señor? ¿Busca a alguien?

Keller dudó, pero respondió:

–Una señorita, se llama Mabel, morocha y muy atractiva –dijo con tono serio, como si estuviera preguntando por un dentista.

El hombre quedó pensativo.

–¿Qué apellido?

–Tengo solo ese dato –dijo Keller, sabiendo que al portero eso iba a llamarle la atención; no obstante, el hombre pasó por alto el detalle.

–¿Trabaja o vive aquí?

–¿Perdón?

–En este edificio hay oficinas y algunos apartamentos de vivienda. También quedan unos pocos sin ocupar. ¿La persona que busca trabaja en alguna empresa o vive aquí? –insistió el portero.

–Se supone que vive –dijo Keller y el hombre se esforzó en pensar.

–¿Mabel, dijo? No recuerdo a nadie con ese nombre y esas señas. Pruebe preguntar en la esquina de Buenos Aires, en el otro bloque del edificio, el Tupí.

–Pensé que todo era el Ciudadela –dijo Keller–. Gracias por la información.

–Esto es muy grande. ¿La persona alquila o es propietaria?

Keller no podía responder esa pregunta y prefirió sonreír y despedirse:

–No se preocupe, voy a seguir buscando.

Sentado a una mesa exterior del bar Le Toucan, Keller evaluó los resultados de la pesquisa: tampoco en el panel de timbres del Tupí había encontrado la inicial o el nombre “Mabel”. Pero esta vez el portero no se había molestado en preguntar ni ayudarlo porque estaba ocupado clasificando la correspondencia que el cartero acababa de dejar en el edificio.

Era evidente que no tenía muchos datos para indagar: apenas un nombre y una descripción física que, quizá para los que no la conocían, resultaban insuficientes para identificar a Mabel. La otra posibilidad era que ella no viviese allí como le había dicho y se hubiera encontrado con Flavio Olavarría en otro lugar. Tal vez fuera lo más lógico. Una extorsionadora no puede facilitarle a su víctima referencias que permitan ubicarla. Debió preguntarle al portero del Tupí, pensó Keller y pidió un segundo café.

Mientras esperaba que el mozo regresara con otro pocillo, reparó en lo cerca que estaba de la tienda La Ópera y por lo tanto, de Beatriz. ¿Cuántos días faltaban para que dejase de ser su vecina solitaria y vulnerable para empezar a vivir con su amiga Alicia, que sin duda era tan o más protectora que él? ¿Podía esa unión significar lo que pensaba o era solo un asunto de amistad y soledades que se mitigan mutuamente? Lo que la voz le había dicho un rato antes quizá no fuese más que insidia y maledicencia, aunque la voz rara vez se equivocaba. Lo más prudente sería esperar que los hechos hablasen y la propia Beatriz le explicase la situación.

En ese punto de sus reflexiones, Keller volvió a admitir que se había apresurado al suprimir el obstáculo Ricardo Villa, el tío de Beatriz. Toda la faena en el balneario Parque del Plata, en aquella noche de tormenta –un trabajo limpio y cronometrado pese a que había excavado una tumba en la arena–, no había hecho más que facilitarle la vida no solo a Beatriz sino a su amiga cercana. ¿Qué habría podido hacer Alicia ante el asedio de un hombre como Villa, regresado de la muerte y dispuesto a recuperar todo lo que había perdido tras el naufragio del Ciudad de Buenos Aires aquel frío invierno de 1957?

Recordó la cara de Villa al abrir la puerta del chalé Adelaida y encontrarse con su brazo extendido, un arma bien empuñada por su mano enguantada y la expresión afable que le había conocido en el edificio Valencia. Entonces Beatriz estaba viviendo en lo de su amiga luego de huir de su apartamento, abrumada por la sospecha de que su vecino Keller pudiera ser un asesino –en tanto él mismo se había acusado al contarle los pormenores de la visita del inspector Tomasa. Pero Beatriz jamás habría comprendido que un hecho lo había conducido al otro, en un vértigo tan

solapado como irreprimible.

Keller detuvo sus divagaciones en ese punto, porque sentía que estaba internándose en un terreno ambiguo y desconocido. Otra vez concluyó que lo mejor era esperar y estar preparado para cuando Alicia se mudase. Mientras tanto, sería preferible no cruzarse con Beatriz ni intentar verla sin por eso dejar de estar alerta ante lo que pudiera suceder en el apartamento vecino.

Keller permaneció en Le Toucan mucho más tiempo de lo que le llevó tomar dos expresos porque necesitaba explorar el espacio del Ciudadela, como si secretamente quisiera ir entendiendo ese lugar nuevo y de alguna manera laberíntico en el que, se suponía, vivía Mabel. Durante los meses que había vivido obsesionado con la enfermedad de Fanny, su esposa, no había advertido los acelerados cambios edilicios que se producían en la ciudad, tampoco había reparado en ese edificio. Entonces, era un hombre ausente cuyo único contacto con los asuntos materiales y prácticos era su empleo de redactor en una agencia de publicidad. Pero ahora había regresado como una persona diferente a la que sobrellevaba la tragedia de Fanny y el posterior viaje de su hijo Leonardo a la lejanía de Perth, Australia. En ese contexto de crisis, había pedido una licencia indefinida en la agencia. ¿O había renunciado? No importaba: en los hechos era un desempleado que además le había girado a su hijo el importe íntegro de la venta de la casa familiar.

Esa circunstancia empezaba a ser un problema, calculó Keller, ya que pronto empezaría a consumir los pocos ahorros que todavía le quedaban. A buen puerto va Mabel por agua, pensó, si quiere sacarme cinco mil pesos por la agenda de un muerto.

Iba a dejar la mesa en Le Toucan cuando la vio: era Mabel, pero el pelo rubio al principio lo confundió. Había ingresado a la galería por la entrada de Sarandí. Keller reconoció su andar, la cadencia de sus pasos que la hacían avanzar como si flotase. Ya lo había notado en el encuentro del Sorocabana: una manera de caminar inconfundible y sensual que ahora se repetía, ya sin el estorbo de las mesas. Lucía unos lentes de sol grandes, como los que usaba Jackie Kennedy, y junto con la cartera que colgaba de uno de sus brazos llevaba unas bolsas de tienda, quizá con ropa. Por un instante pensó que ella podría reconocerlo, pero pasó junto a él sin siquiera mirarlo y dobló por el corredor que conducía hacia la calle Juncal.

Keller dejó sobre la mesa el importe de los expresos y sin dudarlo la siguió. Mabel caminó hacia la salida de Juncal y luego entró en el vestíbulo del edificio. Pulsó el botón del ascensor y esperó mientras le sonreía al portero al cual Keller no le había hecho preguntas una hora antes.

—Señorita Zoraida, ayer la vi en su programa —dijo el portero.

La mujer rubia volvió a sonreír mientras Keller descifraba el nombre que acababa de oír. Una serie de imágenes breves y vertiginosas que en ese momento no podía organizar le vinieron a la mente.

–Le quedaban muy bien esos vestidos –dijo el hombre, cada vez más obsequioso.

–Lástima que no son míos –respondió Mabel-Zoraida, y cuando la puerta del ascensor se abrió se despidió del hombre con apenas un gesto.

A prudente distancia para no ser reconocido, Keller lo había visto todo. “Zoraida”, se dijo, y por fin pudo recordar. Miró los círculos numerados que indicaban los pisos sobre la puerta del ascensor. Tras medio minuto, vio encenderse el que marcaba el 15. Permaneció unos instantes más ante el vestíbulo del edificio sin que el portero lo mirase y luego se dirigió a la entrada de la galería que daba a Juncal. Mentalmente iba repitiendo el nombre Zoraida como si recitara un conjuro.

Caminando por la Plaza Independencia hacia el este, Keller pudo resolver el pequeño misterio de Mabel-Zoraida. Le bastó focalizar su mente en su trabajo en la agencia de publicidad y retroceder hasta mediados de 1962. Evocó la campaña realizada para el desodorante en atomizador O-DO-RO-NO, escrito con las sílabas separadas, y unos afiches con la fotografía de una rubia envuelta en una toalla de baño, con un brazo levantado para mostrar su axila, y la mano del otro brazo sosteniendo el producto que aplicaba sobre su piel, un pequeño pomo con orificios en su tapón por el que salía un polvo perfumado que eliminaba la transpiración. Él solamente había redactado los textos de la campaña y el jefe de arte se había encargado de producir las fotografías, cuya protagonista era, ahora estaba seguro, la extorsionadora. Quizá hubiera coincidido en la agencia, algún día, con Mabel-Zoraida, pero no la recordaba.

Todavía estaba asombrado de su suerte: había confirmado dónde vivía la mujer y había descubierto, además, su verdadera identidad, o quizá la fachada bajo la cual actuaba en escenarios menos sórdidos. Como una idea inútil en ese momento, Keller recordó la frase central de la campaña: “O-DO-RO-NO cuida tu intimidad”. No pudo menos que sonreír ante tal desperdicio de memoria. ¿Seguiría Zoraida prestando su axila a la marca? ¿La necesidad de emigrar a Estados Unidos la había lanzado a una extorsión? ¿Y por qué quería irse? ¿Había sido importante su vínculo con Olavarría o se trataba solo de “un cliente”, como él se lo había insinuado en la charla del Sorocabana? Decidió que necesitaba saber más de Mabel-Zoraida porque, como había aprendido tras la faena con Ricardo Villa y antes con la de Flavio Olavarría, la información siempre es poder.

Al llegar al cruce de la Avenida 18 de Julio con la calle Convención, torció por esta hacia la izquierda porque recordó dónde podía obtener datos sobre Zoraida. Dejó de pensarla como Mabel porque el nombre de la modelo le pareció más apropiado para su figura. En realidad, Mabel era un nombre común, como podían serlo Graciela, Susana o Raquel. En cambio Zoraida era exótico, sugestivo. El nombre hace a las personas, concluyó Keller. Tenía sentido, sin duda, que Mabel se hiciera llamar Zoraida y además fingiera ser rubia. De alguna manera se trataba de lo mismo que él hacía cuando era Milo Epstein: nombres, pelucas, sombreros, lentes, bigotes representaban lo mismo.

Cuando estuvo ante la puerta del edificio que buscaba se detuvo y reflexionó sobre la estrategia a seguir. Hacía más de un año que no se veía o hablaba por teléfono con Carlos Laverdière, el

fotógrafo que había hecho los retratos para la campaña de ODORONO. Laverdière era un avezado profesional que siempre había trabajado para la agencia y Keller lo apreciaba por su solvencia y sentido práctico, aunque pocas veces había estado en su estudio para dirigir un trabajo. De eso se encargaba Álvez, el jefe de arte, que presumía de gusto y criterio a partir de cierta habilidad pictórica que Keller subvaloraba. Como fuese, el mundo de los anuncios permitía que algunos se dieran ínfulas de artistas por el solo hecho de atreverse a manejar un pincel en sus ratos libres.

El estudio de Laverdière estaba en el tercer piso y antes de subir Keller oprimió el timbre del apartamento 306. Tras unos instantes, la señal eléctrica liberó el cerrojo de la puerta y Keller ingresó al largo y estrecho vestíbulo del edificio. Lo que venía a buscar allí era información, y era fama que pocos disponían de tanta sobre el mundo de la publicidad como Laverdière.

El fotógrafo era un hombre que apenas pasaba los cuarenta años, pero aparentaba más, acaso por su condición de diabético. Magro y con aire desvalido, cargado de hombros y con el pelo prematuramente cano, en el ambiente en el que se movía era conocido como el Viejo Laverdière, apodo que no le agradaba pero que nunca se preocupaba en desmentir o ignorar. Acostumbraba a trabajar de túnica –una de color azul, con amplios bolsillos a los costados, larga y holgada–, que por lo general estaba percutida y manchada por los ácidos del revelado fotográfico y con orificios de quemaduras del cigarrillo que siempre llevaba en la comisura. Cuando abrió la puerta, Keller le sonrió con una simpatía surgida de un trato formal y, por supuesto, eventual.

–Carlos –dijo Keller–. No sé si llevo en buen momento.

Laverdière consideró al hombre que tenía delante, un expleado de un cliente que hacía tiempo que no le encargaba fotografías. Sabía que Keller ya no trabajaba en la agencia, porque el medio publicitario siempre estaba bajo el radar de su curiosidad y la noticia de la repentina deserción del redactor había llegado a sus oídos, atentos al cotilleo. Sin embargo, fue gentil cuando dijo:

–Adelante, Keller, usted siempre es bienvenido.

Keller ingresó en la recepción del estudio. El agrio aroma del tabaco negro que Laverdière fumaba lo recibió como si fuera algo sólido que acechara detrás de las cosas. Miró los retratos que colgaban de las paredes: imágenes en blanco y negro de sitios conocidos y emblemáticos de la ciudad. Todos tenían una cualidad turbia o un detalle de irrealidad que en una primera mirada era difícil discernir. Casualmente, uno de ellos mostraba el edificio Ciudadela. Las imágenes habían sido captadas por el fotógrafo que ahora lo miraba con interés, acaso intrigado por los motivos de la visita. Desde el fondo del estudio, un rumor de música clásica llegaba hasta la recepción como el eco de una época distante en la que todavía no se había inventado el daguerrotipo.

–¿Qué se le ofrece? Supe que ya no trabaja más con Gainza.

–No. Ahora trato de hacer algo por mi cuenta –mintió Keller, e imaginó a partir de ese momento el pretexto creíble para lo que venía a preguntar–: Necesito ubicar a una modelo que usted conoce. Aquella de la campaña de ODORONO.

Laverdière asintió y quitó el cigarrillo de la comisura para sacudir la ceniza en un cenicero que había sobre una mesa baja, ubicada entre dos butacas tapizadas de neoskay. Sacó la cajilla y le

ofreció un cigarrillo a Keller, que lo rechazó.

–Hace poco lo dejé. Me desperté una noche por la quemadura de un cigarrillo que se consumió entre mis dedos. Fue muy desagradable ese dolor. En realidad nunca fui un fumador. Lo hacía de vez en cuando y llegué a pensar que nunca tuve el vicio y hasta me jactaba de eso. Pero veo que usted sigue fiel a la costumbre.

–Sí, pero a mí me gusta. Venga, vayamos al fondo que estaremos más cómodos –invitó Laverdière y con un gesto le indicó a Keller que lo siguiera.

El apartamento era amplio y constaba de dos estudios armados en los dormitorios. Uno de los baños hacía las veces de cuarto de revelado y la cocina había sido adaptada como secadero para las copias recién impresas. Había también un jardín de invierno que daba a un espacio de la azotea, porque la construcción estaba en el último piso del edificio. Hasta allí llegaron, precisamente, y el fotógrafo le mostró dos poltronas de mimbre en medio de una pequeña selva de plantas crecidas en macetones y latas de aceite de cinco litros. El lugar era un invernadero cuadrado y con techo vidriado, al igual que sus paredes. Al menos allí, el aroma de los cigarrillos de Laverdière no se sentía y predominaba otro, vegetal e indiscernible. Cuando Keller entró, un gato enorme y atigrado saltó de una de las poltronas para perderse entre las macetas.

–Así que busca a Zoraida –dijo Laverdière luego de que se sentaran–. Buena chica –agregó.

–Trabajo para la tienda La Ópera y necesitan una modelo para algunas fotos y quizá un anuncio televisivo. Creo que esa chica es la indicada, pero no sé dónde ubicarla.

–Antes, cuénteme: ¿por qué dejó la agencia? Oí que estaba deprimido.

–Es verdad, enviudé y mi hijo emigró a Australia. Vendí mi casa y ahora alquilo un apartamento. Dejé el empleo porque necesitaba reponerme. No me arrepiento. Ahora tengo más libertad. Lo de La Ópera surgió porque soy vecino de una persona que trabaja allí. No es un trabajo permanente.

–Lo llaman *free lance*. Quiere decir que está mejor, me refiero a usted –dijo Laverdière y arrancó un tallo reseco de una planta–. ¿Conoce a Zoraida?

–Los de la tienda me la sugirieron. No la conozco; aquella campaña la redacté yo, pero no participé en la producción de las fotos.

–Álvez podría darle el dato. Dirigió aquel trabajo.

–No quise molestarlo. En realidad no tengo ya trato con ellos. Nada personal con nadie, pero...

–Entiendo. Se fue y no quiere saber nada más. No se preocupe, le diré cómo ubicarla. ¿Quiere un café?

–Acabo de tomar dos, gracias. ¿Interrumpí su trabajo?

–Hay un rollo revelándose, pero no tengo apuro. Espéreme, voy a buscar mi agenda. ¿Tiene para anotar?

Laverdière regresó con una libreta grande y de tapas negras.

–Tengo un número de teléfono. También puede ubicarla en el canal donde trabaja, en ese

programa... Chez Elles. Todas las modelos pasan por él: Dincha, Chantal, Isa, Susy, María Noel... Qué nombres. Creen que esto es Hollywood. Pero Zoraida es la mejor, sin duda, pese a la peluca. Si le gusta ser rubia debería teñirse, ¿no? ¿Quiere anotar? Ah, espere, yo lo hago –dijo Laverdière y arrancó un trozo de hoja de la libreta, escribió unos números seguidos del nombre Zoraida y le entregó el papel a Keller.

–El único dato que tengo es que vive en el edificio Ciudadela. ¿Es así? –preguntó Keller mientras guardaba el papel en el bolsillo.

–Es verdad. ¿Qué le llama la atención?

–Debe trabajar muy bien para permitírselo, ¿no?

Laverdière sonrió con una mirada cómplice. Apagó su cigarrillo sobre la tierra de una maceta y deslizó sus diez dedos sobre los faldones de la túnica.

–Diría que, obviamente, no es propietaria y tampoco paga alquiler... No sé si me entiende. No quisiera que me malinterprete. Se comenta...

Keller apreció la última reflexión de Laverdière como una invitación para seguir el tema.

–¿Qué se comenta?

Laverdière encendió otro cigarrillo con renovada fruición y lanzó una bocanada de humo que subió hasta el techo vidriado sobre el cual el sol daba de lleno. A lo lejos se escuchó sonar una campanilla con estridencia y superponerse a un prelude de Monteverdi, que provenía de una radio.

–El rollo está listo –murmuró, pero sin denotar mayor interés–. Se comentan muchas cosas –continuó, porque sin duda eso le resultaba más importante–. Si consulta la guía de calles, el teléfono que le di sobre la calle Juncal no está a nombre de Mabel Ferrando, el nombre verdadero de Zoraida, sino de una sociedad anónima.

Keller asintió sin decir nada. Esperó más, por supuesto.

–Fairlane Sociedad Anónima –pronunció Laverdière, como si se tratara de un nombre mágico–. En ese edificio hay muchas.

–¿Cómo sabe todo eso?

–Digamos que me he enterado y que después lo corroboré. Sin ninguna maldad, claro. Las mujeres como Zoraida siempre tienen un misterio. La fotogenia de Zoraida es insuperable porque hay algo dentro de ella que la hace deseable e inaccesible. Si me permite abundar en eso, le diría que es distante, en el sentido que lo puede ser una diosa. Claro que el lente de una cámara muestra más de lo que vemos normalmente. A muchos les hace perder la cabeza. Pero, y a propósito de aquellas fotos para ODORONO, hay algo que quizá no sepa: para hacer las tomas Zoraida tuvo que depilarse las axilas. Nunca lo hace y prefiere que el vello le crezca. No tuvo problema en rasurarse, pero otra de las paradojas que hay en esa foto es esa axila, tan falsa como su pelo rubio. Y un último comentario: su *nom de guerre* es de origen árabe y significa “la elocuente”, y también “la que da apoyo”. ¿Necesita saber algo más?

Keller se despidió de Laverdière con la promesa de que las tomas fotográficas para La Ópera las realizaría con él. Esa era la consecuencia de la primera mentira y un hipotético pago futuro por la información valiosa que había obtenido. Tenía un teléfono, el nombre verdadero y el dato de que el apartamento en el que vivía Zoraida quizá perteneciera a una sociedad anónima. El detalle de las axilas depiladas era solo anecdótico, pero contribuía a que se formara una idea más acabada de Mabel Ferrando, la extorsionadora.

De regreso a su apartamento, puso a calentar agua para cocinar arroz. Eran cerca de las tres de la tarde y no tenía apetito, se le había pasado luego de la visita a Laverdière. No obstante, prefirió no saltar el almuerzo, un hábito del que no podía prescindir.

Mientras comía un plato bien rociado de queso rallado, fue pensando en los siguientes pasos a dar en relación con la propuesta de Zoraida. Era obvio que no podía comprarle la agenda; en primer lugar, porque no disponía de cinco mil pesos. Comprarla, además, equivalía a admitir que la agenda lo comprometía y debía hacerse de ella. Descartada esa posibilidad quedaba la decisión de presentarse o no a la siguiente cita con la modelo, lo cual era lo mismo que dejarla en libertad para que hiciera con la agenda lo que quisiera, y eso incluía entregársela a la policía. Pero, ¿realmente lo haría? Había una tercera opción: concurrir a la cita sin el dinero y sin la intención de obtener la agenda. Tal vez ello le permitiese hablar en otros términos con la extorsionadora, ahora con un poco más de información sobre su vida, sin contar con la que pudiera obtener en esas horas previas al encuentro.

¿Cuánto sabía sobre Zoraida? Lo que le había comentado Laverdière era apenas el esbozo de un retrato todavía incompleto y lleno de zonas vacías. No obstante esa escasez, había aspectos significativos: la peluca rubia, el nombre de fantasía, su apartamento –propiedad de una sociedad anónima–, el vínculo mismo con Flavio Olavarría y esa intención de emigrar a Estados Unidos que, según ella, justificaba la extorsión. Tal vez su punto débil fuera precisamente ese: la necesidad de irse lo antes posible del país, huir. ¿De quién? ¿Por qué quería hacerlo? ¿Tenía familia? ¿Amigos? ¿Cómo se había animado a citarlo para amenazarlo con la agenda de Olavarría?

Tras el último bocado, Keller tomó una decisión. Concurriría a la cita, pero antes debía averiguar un poco más sobre Zoraida. Lavó el plato, lo dejó escurriéndose sobre la mesada y lamentó no tener teléfono para ponerse de inmediato a trabajar.

Al otro día por la mañana Keller detuvo un taxi en Gonzalo Ramírez y se hizo conducir hasta la Ciudad Vieja para visitar la oficina de su cuñado, el escribano Edmundo Parnell. Años antes se habían enemistado por razones que prefería no recordar y se habían vuelto a ver en el sanatorio, cuando Fanny estaba en la fase terminal de la enfermedad. Tras su muerte, Edmundo había intentado reconciliarse con él, pero Keller mantuvo las diferencias y no se hablaron durante el velatorio ni tampoco en el cementerio.

Cuando Leonardo partió hacia Australia, su tío lo fue a despedir al aeropuerto –porque él lo había llamado por teléfono para saludarlo– y hubo un conato de insultos entre Edmundo y Keller por lo que el joven debió calmarlos. Los motivos de la discusión habían sido políticos: Parnell sostenía que el muchacho emigraba por la crisis económica del país, de la cual eran responsables los sucesivos gobiernos, incapaces y corruptos. No era esa la idea de Keller: Leonardo se iba por culpa de la mala influencia de un amigo, el flaco Walter, que le había llenado la cabeza con eso de que, trabajando bien, en seis meses se podría comprar un auto y en dos años una casa con piscina.

Edmundo Parnell era un profesional de cincuenta años que había obtenido cierto éxito escriturando solares en balnearios de la costa de Canelones, que a fines de los 40 y comienzos de los 50 florecieron con el sueño de la clase media del chalecito entre pinos y la playa cercana. Se había relacionado con inmobiliarias que loteaban terrenos con precaria caminería y tendido de luz, pero sin saneamiento. Eso lo vinculó con una sonada estafa y, si bien no se pudo probar su participación en ella, lo había expulsado del negocio inmobiliario. Ahora subsistía con un cargo rentado en el Banco Aldave y Martínez y haciendo algunas escrituras particulares para un escritorio de negocios rurales. Se había casado y divorciado dos veces, no había tenido hijos y su debilidad eran las carreras de los sábados en el Hipódromo de Maroñas. Tenía el estudio en un edificio antiguo de la calle Cerrito, que solía atender por la tarde, luego de trabajar en los asuntos del banco por la mañana. En realidad vivía allí, y uno de los despachos se había convertido en dormitorio.

Todo eso tuvo en cuenta Keller antes de dar con la puerta ubicada al fondo de un corredor oscuro que olía a meada de gato y a desinfectante barato. Tocó el timbre y esperó.

Escuchó una voz lejana desde el interior que le gritó que esperara. Dos minutos después varios cerrojos se descorrieron y Edmundo abrió la puerta. Al principio dudó, como si no lo reconociera, pero después dijo:

–Cuñado, ¡qué sorpresa!

Edmundo llevaba una bata raída de un color marrón indefinido y debajo un pijama de franela gris. Todavía no se había afeitado y parecía que recién se había levantado y lavado la cara.

–Pensé en llamarte por teléfono antes, pero supuse que no ibas a abrirme si sabías que venía. ¿Puedo entrar? Necesito hablar contigo.

Edmundo sonrió sin poder reprimir el asombro y luego se apartó para que su cuñado entrase.

Se sentaron en dos butacas estilo americano que había en el vestíbulo de la oficina. Hacían juego con una mesa baja de patas con regatones de bronce, repleta de revistas viejas y anuncios de remates de inmuebles. El lugar, estrecho y sombrío, tenía por única decoración una reproducción de un candombe de Figari enmarcado con sencillez, que colgaba de la pared principal.

–Me podés llamar cuando quieras. Sabés que a pesar de todo yo te aprecio, Gabriel. Sos vos el que no me soportás. Reconozco que la última vez, en el aeropuerto, quizá no debí decir lo que dije. Mi sobrino ya me escribió un par de veces y sé que está bien, así que de aquello no hablemos más. ¿Y vos, cómo estás? Te noto más delgado y, ¡claro!, te sacaste el bigote y te peinás distinto. Muchos cambios, por lo que veo.

Keller pasó por alto la alusión a su peso y su aspecto y dudó antes de responder, porque era demasiado lo que Edmundo ignoraba sobre él. De todas maneras decidió resumirle lo menos comprometedor:

–Vendí la casa, me mudé a un apartamento alquilado, le giré a Leonardo el importe de la venta, me fui de la agencia y ahora trabajo por mi cuenta.

La síntesis fue tan contundente que Edmundo lanzó un silbido seguido de una irreprimible tos.

–Mirá, Gabriel –dijo, aclarando su garganta deteriorada por los cigarrillos y las madrugadas–, hace tiempo que no nos llevamos bien y lo de Fanny lo empeoró. Desde que murió no volvimos a amigarnos, ¿verdad? Supe que vendiste la casa porque me lo contó la escribana que escrituró para los nuevos dueños. Acá todo se sabe, cuñado. Me alegra que el dinero lo tenga Leo. Entonces, dejemos de lado las peleas inútiles. ¿A qué debo tu visita?

–Antes contame: ¿cómo andás vos? ¿Tenés trabajo? Por lo que veo, vivís acá.

Edmundo se encogió de hombros, buscó la cajilla de cigarrillos en el bolsillo de su bata y le ofreció a Keller, que no aceptó. Encendió uno y le dio una larga pitada como si eso fuera lo que más necesitara en la vida.

–Voy tirando, como siempre. Claro, vivo aquí porque tuve que achicar gastos. Además, cada vez vienen menos clientes a verme. Me salva lo del banco, alguna escritura y de vez en cuando un caballo que se equivoca y gana –se quejó Edmundo, tal cual Keller esperaba oír.

–Ya veo, pero tenés razón, tratemos de dejar atrás todo lo anterior. Yo lo prefiero así, aunque no vine precisamente a hacer las paces. Necesito algo para mí. Por supuesto, voy a pagártelo.

Edmundo asintió, quizá abrumado por una propuesta que de ninguna manera imaginaba.

–Quiero que me consigas una información –continuó diciendo Keller–, un dato sobre una

sociedad anónima. Supongo que sabrás dónde buscar y ese detalle no me interesa. No voy a decirte la razón por la cual quiero que lo averigües, eso es asunto mío.

–¿Qué pasa? ¿Por qué ahora vas a confiar en mí?

–Quiero darte una oportunidad para que volvamos a ser parientes.

–Podés pedirle lo mismo a otro escribano. Y yo no estoy seguro de querer ayudarte.

–Hacelo por Leonardo, esto puede ser importante también para él –mintió Keller y apeló al golpe bajo.

–¿Importante? ¿Por qué?

–Ya te dije que eso es asunto mío. ¿Vas a hacerlo o no?

–Muy bien. Estando Leonardo de por medio... ¿Cuál es esa sociedad?

–Fairlane Sociedad Anónima.

–¿Sabés en qué rubro opera? ¿Alguna dirección?

–En absoluto. Solo puedo darte el nombre. Por supuesto, no quiero que me menciones en tu pesquisa. Tampoco que le cuentes a Leo si te escribe.

–Está bien, dame un par de días. Esperame, voy a anotar el nombre para no olvidarlo. ¿Fairlane? ¿Estás seguro?

Keller asintió y Edmundo desapareció tras la puerta que comunicaba el pequeño hall con el resto de la oficina. Si mal no recordaba, en la oficina en donde trabajaba Javier Brentano también había una reproducción de Figari. ¿O era de Blanes?

Cuando Edmundo regresó, se había quitado el pijama y la *robe* para ponerse unos pantalones holgados y arrugados y una camisa limpia. No obstante, su aire de derrota permanecía y quizá se hacía más patético porque el cambio obedecía a la necesidad de congraciarse con su cuñado y demostrarle que ya estaba dispuesto a trabajar para él. No acordaron pago alguno y el escribano le propuso que lo llamase al otro día, a la tarde, para saber si había conseguido el dato.

–¿Querés un café? –propuso Edmundo, demasiado atento y necesitado de agradar.

Por segunda vez en ese día, Keller rechazó la invitación de su anfitrión. Aceptar equivalía a seguir conversando y someterse a las preguntas indiscretas que con seguridad le haría su cuñado.

–Te llamo mañana a las seis –dijo Keller y salió de la oficina.

Ya en la calle, Keller decidió completar los trámites de ese día en el Banco Popular, de donde retiró los últimos ahorros de una cuenta a su nombre y el de Fanny que tenían desde hacía unos años. Obtuvo 1426 pesos que le permitirían mantenerse –con otro poco que todavía guardaba en el apartamento– durante un mes y medio. Había hecho bien en pagar seis meses de adelanto del alquiler, porque de ese gasto no debía preocuparse hasta octubre. Tal vez no había sido buena idea girarle el monto total de la venta de la casa a Leonardo, pero estaba hecho y ahora tendría que ir viendo el día a día de su bolsillo.

Acababa de guardar el dinero en el cajón de la mesa de luz, cuando sonó el timbre. No esperaba a nadie. Fue hasta la puerta y antes de abrir miró a través de la mirilla. Era Beatriz. Le extrañó la hora; todavía no eran las siete y se suponía que debía estar trabajando. Enseguida abrió la puerta.

La sonrisa de Beatriz iluminó el palier. No vestía el uniforme de La Ópera y llevaba una pollera tableada y bastante corta de color verde inglés y un cárdigan al tono que le daban el aspecto de una colegiala. El pelo, sujeto por una vincha negra y ancha sobre la frente, despejaba su cara y destacaba sus ojos delineados con rímel y sombra en los párpados. A Keller, que quedó sin habla, le pareció que era otra persona, una Beatriz inédita en la que se mezclaban la inocencia y lo sensual por mitades a cual de ellas más sugestiva.

–¿Puedo entrar? Tengo algo que contarle...

Keller se apartó y con un gesto la invitó a pasar.

–Siéntese, Beatriz. ¡Qué sorpresa! ¿No trabajó hoy?

Beatriz se sentó en una de las *bergères*. Estaba radiante y no paraba de sonreír. En todos esos meses, desde que se conocían, Keller nunca la había visto tan vital.

–Ayer empecé mi licencia y el sábado me voy de viaje con Alicia. Tuve que sacar urgente el pasaporte. Por suerte Alicia tiene contactos en Migraciones. Nos vamos a París y luego a Roma, después a Grecia... Lo resolvimos de un día para otro y cuando regresemos, Alicia va a mudarse conmigo. Lo iba a hacer antes, pero será después del viaje. ¡Qué noticia! ¿Verdad? No quería que pasaran más días sin que lo supiese. ¡Se da cuenta! Viajar... olvidarme de la tienda y de lo que pasó... ¡Estoy tan feliz!

Keller escuchó todo con un asombro que enseguida dio paso a la resignación. Era incapaz de responder o comentar nada de lo que Beatriz le había dicho. Al notar su silencio, la joven

continuó con su entusiasmo:

–Por suerte tenía unos ahorros y nada mejor que invertirlos en este viaje. ¿Sabe una cosa? Nunca antes volé, ¡y ahora voy a cruzar el Atlántico! Alicia sí lo hizo y está al tanto de todo sobre aeropuertos, equipajes y hoteles. Ella organizó el viaje y se encargó de conseguir los pasajes a buen precio. Ah... parece mentira. ¡Pero dígame algo, no se quede así!

Keller sonrió y se sentó en el sofá. Tenía demasiadas cosas para decir, pero casi todas hubieran resultado inconvenientes. Por empezar, preguntarle si el viaje era una luna de miel que culminaría con la mudanza. Por alguna razón, en ese momento pensó si Beatriz depilaba sus axilas. La idea era absurda pero lo perturbaba. Enseguida la imaginó rubia, insinuante y fatal. Por fin, logró borrar esa imagen y, sin encontrar algo adecuado para responder, atinó a preguntar:

–¿Irán a Alemania?

–¿A Alemania? ¿Por qué?

–Por Eduardo, su novio; supongo que lo querrá ver.

Beatriz bajó la vista y la sonrisa se le borró, como si Keller hubiera dicho un desatino. No pudo ocultar cierta turbación o fastidio.

–¿Mi novio? –preguntó con un rictus de desdén–. Ya no nos escribimos... ¿Le conté que acepté el trabajo? Sí, claro. En fin, ya no tenemos nada, como hace poco le dije. No vamos a ir a Alemania. ¿Para qué? Bueno, disculpe que esté dándole la lata, solo quería... Mejor me voy.

–Por favor, Beatriz, no quise molestarla con mi pregunta. Entiendo lo que me dice y me alegra mucho lo que me acaba de contar. Pero me sorprendió verla tan radiante, mucho más que en aquella cena, cuando me contó lo de Eduardo, ¿lo recuerda? Quería que yo fuera el padrino de su boda. De veras me asombra el cambio, si no lo toma a mal... –dijo Keller, mientras pensaba que lo justo habría sido decirle: “He matado para que seas feliz, he quitado obstáculos en tu camino a la felicidad: a un miserable ludópata que no te respetaba y al baboso de tu tío político que volvió del olvido para recuperarte. No me hables de esa felicidad que pensás que te llega porque a tu amiga se le ocurre”.

Beatriz se incorporó. Sus mejillas habían enrojecido. Su mirada estaba fija en el piso. Cruzó los brazos. Intentó hablar. Keller también se levantó. No tenía más alternativa que hacer lo que desde hacía tiempo postergaba y que posiblemente ahora fuera un gesto tardío e inútil. Se acercó a Beatriz y le rodeó el talle con sus brazos. Luego la atrajo y cuando ella levantó su mentón y se enfrentó a su cara, Keller la besó en la boca. Al principio, intentó resistirse, forcejearon, hasta que por fin ella se entregó al beso y sus manos sujetaron la nuca del hombre para liberar un ramalazo de pasión que estaba postergada o surgía en ese momento. Pero fue una entrega fugaz que pronto se interrumpió. Se apartó de Keller casi con pánico, aunque no dijo nada. Solo lo miró, turbada, y acaso no del todo arrepentida. Él vio en esa mirada algo nuevo, un fondo salvaje que enseguida se desvaneció.

–¿Desde cuándo..? –empezó a decir Beatriz, pero se contuvo. Bajó otra vez la mirada y

retrocedió hacia la puerta.

Keller no se lo impidió. Ahora se sentía justificado y había dejado de hacer el ridículo.

–Desde que te conocí –dijo, tuteándola por primera vez.

–No puede ser... Su edad, una locura. No debí venir a molestarlo.

–Querías que sucediese. Y desde hace tiempo. No busques pretextos en la edad. Te había escrito una carta que nunca te mandé, ojalá la tuviese todavía, pero una noche la rompí. He vivido para ti desde que me mudé. Quizá no me quieras, pero yo sí te quiero y ahora... será mejor que te vayas.

–Señor Keller... –dijo ella y dudó, como si de nuevo fuera a echarse en sus brazos, pero no lo hizo. Parecía dominada por fuerzas opuestas que pugnaban por prevalecer.

–No quiero estropear tu felicidad, el viaje ese y todo lo que vendrá después. Tal vez este malentendido sea por mi culpa. Tu amiga me desprecia, siempre lo sentí. A su vez, a ti te domina.

–Insinúa que... ¡No puedo creerlo! ¡Cómo puede ser tan retorcido! Somos solo amigas. ¿Qué es lo que piensa? No tiene derecho... Claro que tengo que irme...

Beatriz abrió la puerta y salió. Keller la siguió y en el vano la tomó de un brazo. Un furor inédito lo dominaba.

–¡Basta de inocencia, de insinuar y no conceder! Viniste a contarme todo para que yo aceptara otro capricho. Ya no seré padrino de boda. ¿Cuál será mi papel? El de vecino viudo, protector y comprensivo ya no me va. Por un tiempo me lo creí. Y tú contribuiste a que lo hiciera. Alentaste mis desvelos por ti. Sabías que yo siempre estaría disponible. Conceder y retacear, ese era el juego para ti. Pero eso se terminó, Beatriz. Solo quiero agregar esto: espero que Alicia no se convierta alguna vez en un nuevo obstáculo...

–¿Un obstáculo? ¿Para qué? Me está doliendo, ¡suélteme, por favor!

–Yo voy a saberlo, no tengas dudas.

Keller la soltó. Sin decir nada más entró al apartamento y cerró la puerta con llave.

Cerca de la medianoche, Keller regresó de una larga caminata por el Parque Rodó. La visita de Beatriz y la confesión del amor que sentía por ella, sumado a su viaje, lo sumieron en oscuras reflexiones. Quizá el encuentro había aclarado la situación: un viudo patético enamorado de una joven cuya identidad sexual era difusa. Sin embargo, al abrazarse y besarse eso no había estado en entredicho pero le agregaba al asunto una ambigüedad que, a medida que pasaban las horas, perturbaba a Keller cada vez más.

“No me pegaba, pero sabía cómo hacerme sentir dolor”, recordó Keller. Habían sido las palabras de Beatriz cuando estaban en el bar frente a la Jefatura y él le preguntó si Javier Brentano le pegaba. “Me sujetaba los brazos y me los doblaba. Sabía cómo retorcerme los dedos sin quebrármelos. Era alguien que me asustaba”. Tal vez Beatriz era capaz de obligar a un hombre a hacer esas cosas. O a ella le gustaba que se las hicieran.

En el living comedor todavía podía percibir su perfume como un rastro invisible y obstinado. Abrió la ventana que daba al pozo de aire y levantó la persiana. Qué raro, las otras veces que lo había visitado eso no había ocurrido. Pero la huella estaba allí, insinuándose como un suspiro permanente que aspiraba a lo inolvidable. El aire de la noche fue entrando, frío y con efluvios del río cercano, y la sensación se fue disolviendo como un sueño.

Se sirvió una copa de ginebra y se sentó a oscuras en el sofá como solía hacer cuando necesitaba pensar sin que el entorno lo distrajese. Quizá debió impedirle a Beatriz que se fuera. ¿Por qué no había intentado hacerle el amor? Bebió un sorbo y luego otro. El silencio que lo rodeaba era perfecto mientras el frío entraba por la ventana abierta. “Su edad, una locura”, había dicho ella; algo absurdo, casi un insulto. Poco a poco fue entreviendo la verdadera situación: ya nada había entre ellos y la confesión de su amor había servido solo para asustarla. Se iría de viaje, lo olvidaría. Su amiga iba a encargarse de todo, como ella le había comentado.

Terminó la ginebra y lentamente fue quedándose dormido.

SEGUNDA PARTE

LA RUBIA FALSA

Desde el bar de Gonzalo Ramírez y Jackson, Keller llamó a su cuñado Edmundo. Fue una charla breve en la que el escribano le informó que Fairlane Sociedad Anónima pertenecía a un tal Héctor Delaso y funcionaba bajo el nombre comercial “Delaso Automóviles”, en un local ubicado en la calle Cerro Largo. La firma se dedicaba a la compraventa de autos usados. Edmundo aclaró que no cobraría nada por la averiguación pero le advirtió que anduviera con cuidado con Delaso, sin aclararle el porqué.

Luego de agradecerle y colgar, Keller solicitó en el mostrador del bar la guía telefónica y buscó el teléfono y la dirección de Delaso. Anotó los datos en su libretita y después de pagar la llamada se marchó. La vaga advertencia del escribano acerca de Delaso, lejos de preocuparlo, lo estimuló. Ignoraba sobre qué debía tener cuidado, pero eso quizá se correspondiera con la situación que vivía a partir del encuentro con Zoraida. Ahora necesitaba saber por qué la mujer vivía en un apartamento que pertenecía a la sociedad anónima de Delaso y cuál era su vínculo con él. Quería obtener toda la información posible sobre la extorsionadora antes del siguiente encuentro en el Sorocabana.

Detuvo un taxi en Gonzalo Ramírez y se hizo conducir hasta Cerro Largo y Olimar. Al llegar a ese cruce ubicó fácilmente a Delaso Automóviles. Era un local sobre la acera norte, de una sola planta y con un frente vidriado de unos veinte metros que dejaba ver un amplio salón donde había algunos automóviles en exhibición. Al costado de la vidriera, una entrada de garaje sugería la existencia de un galpón en los fondos del local que seguramente albergaba más autos. Una marquesina saliente sobre la puerta principal anunciaba el nombre del comercio, en letras corpóreas que incluían fileteado de neón. Debajo de la marca, se leía Compras-Ventas-Consignaciones.

Keller se acercó al local y a través de la vidriera apreció la mercadería: un Simca Aronde verde, una cupé Ford Victoria negra con el techo blanco, un Peugeot 203 color rojo y una camioneta rural Rambler American celeste. Nunca había tenido auto, pero conocía bien las marcas y modelos al punto de que en una época leía la revista *Mecánica Popular* con información detallada sobre el mundo del automóvil. En el fondo del salón había un escritorio en el que un individuo de traje se ocultaba tras un periódico y, un poco más alejada, una oficina con una ventana desde la que podían apreciarse los movimientos del local. Keller eligió el 203 como pretexto para iniciar una conversación con el vendedor.

El hombre salió del letargo de la hora –las tres de la tarde– y la lectura, quizá insulsa. Dejó el periódico doblado sobre el escritorio y vino al encuentro del posible cliente abotonando su saco y ajustando su corbata. Apuesto que no es Delaso, se dijo Keller. Unas fotografías que colgaban de una pared del salón le llamaron la atención. Eran grandes y mostraban automóviles con fondo de árboles y vegetación de parque. Junto a ellos, en actitud sugestiva y sobre un guardabarro o apoyada en una puerta abierta, había una atractiva mujer rubia: era Zoraida.

–Bienvenido, ¿qué anda buscando? –preguntó el hombre de edad mediana, cutis rojizo y escaso cabello rubio. Su corbata estaba manchada y el cuello de la camisa doblado hacia arriba en las puntas, como un sándwich viejo.

–Me interesa el 203, ¿de qué año es el modelo?

El hombre sonrió y restregó sus manos. Luego se encaminó hacia el Peugeot, señalándoselo a Keller.

–Veo que tiene buen ojo. Es un modelo 1959 con treinta y cinco mil kilómetros auténticos. Único dueño. Un histórico sedán de la marca, que a esta altura ya es un clásico, ¿verdad? Motor 1300, cuatro cilindros en línea. Los asientos delanteros se reclinan hasta convertirse en una cama de dos plazas, una novedad de 1954 que este auto mantiene. Mecánica con seis meses de garantía, papeles en regla. Voy a encenderlo y a abrir el capó para que vea el estado del motor...

–No es necesario, solo pasaba y en realidad quería hablar con Delaso, ¿es el dueño, verdad?

–Claro, Héctor. En este momento no está en la automotora. ¿Es por el Peugeot o se trata de otro asunto? –preguntó el hombre, ya no tan amable o quizá molesto.

Keller sintió que no podía seguir improvisando y la comedia de su interés por el 203 no podía durar mucho más.

–¿Cuándo puedo ubicarlo?

–Si me dice para qué necesita verlo, puedo ayudarlo. ¿De parte de quién?

–Él no me conoce.

–Si Héctor regresa lo hará a última hora, sobre las siete. Si me deja su nombre y un teléfono él podría llamarlo.

–No tengo teléfono. Volveré más tarde, gracias. Está muy bien el Peugeot.

Keller se alejó de la automotora caminando por Cerro Largo hacia el oeste. Antes de irse había recogido de una mesa de la entrada una tarjeta de la automotora en la cual, además de la dirección en la que había estado, figuraba otra, en la Avenida Agraciada. No tenía nada mejor que hacer, por lo cual en Ejido detuvo un taxi y le indicó que lo llevara hasta allí.

Durante el viaje el chofer intentó hablar sobre la situación económica, la ineficacia del gobierno colegiado, la carestía y otros temas que lo inquietaban, pero solo obtuvo de Keller el habitual laconismo con que solía defenderse ante esos embates dictados por el aburrimiento de los taxistas. Cuando estaban por llegar a destino, Keller por fin preguntó:

—¿Las mujeres deben llevar las axilas depiladas?

El hombre dudó en responder y lo miró por el espejo retrovisor. La pregunta lo sorprendió desguarnecido y hablando en ese momento del precio de la carne. Por fin dijo:

—Nunca se me hubiese ocurrido; la mía se las afeita, pero jamás conocí a una mujer que no lo haga. ¿Por qué lo pregunta?

Keller iba a responder que era una cuestión vital y decisiva, pero el hombre no lo hubiera entendido. Entonces mintió:

—Trabajo en publicidad y tengo que hacer una campaña para un polvo desodorante. La modelo elegida para las fotos cobrará un poco más por el hecho de depilarse las axilas. ¿Se da cuenta?

El hombre respondió con un gruñido. Keller pagó el viaje y se bajó del taxi. Lo hizo en la esquina de Agraciada y Marcelino Sosa, frente al imponente edificio principal de la Casa Soler, la tienda de ropa con varias sucursales en la ciudad. Recordó que unas semanas antes había pasado por ese lugar para alejarse de una manifestación estudiantil frente a la Facultad de Medicina. Incluso, con seguridad, lo había hecho ante Delaso Automóviles, a poco más de una cuadra de allí.

A escasos metros de la esquina, en la vereda de enfrente, vio la fachada del Cine Uruguayo, al que había concurrido muchas veces solo y con Fanny. Ese día se exhibía un doble programa con la clásica fórmula de una comedia y “una de amor”, como el sentir popular identificaba a las películas que se centraban en un romance. Los títulos no le interesaron y apenas si pudo discernir a los actores: Doris Day, Rock Hudson, Audrey Hepburn, William Holden. Enfrentado al Uruguayo, estaba el Astor, un cine enorme que ocupaba todo el ancho de la cuadra y al que se ingresaba por Agraciada y se salía por Yatay. A treinta metros de esa sala, vio la marquesina de Delaso Automóviles y hacia allí se dirigió: sin un plan previo, desprovisto de estrategia y ciego

en la necesidad de conocer a Héctor Delaso, titular de Fairlane Sociedad Anónima.

Se detuvo ante la vidriera del salón, tan amplio como el de la calle Cerro Largo, pero menos llamativo. Los autos que se exhibían eran también usados aunque de modelos más antiguos que los del otro local: un viejo Ford Prefect negro, un Nash de color lacre, una camioneta Commer pintada de crema y marrón y un Pontiac gris, con unos cromados que destellaban como recién hechos. El piso sobre el que estaban era ajedrezado y en las paredes no colgaba foto alguna de Zoraida en ningún automóvil. Al fondo del salón había un escritorio y sentado tras él un hombre corpulento y calvo que en ese momento hablaba por teléfono. El aparato era rojo, de los que permitían colgar el tubo atravesado sobre el disco, una reciente novedad que estaba sustituyendo a los pesados aparatos de baquelita negra.

Keller ingresó al salón convencido de que ese hombre era Delaso. Una extraña conclusión inspirada por su manera de hablar, de sostener el tubo y la suficiencia con la que se expresaba. No se equivocó. Cuando el hombre colgó, le preguntó:

—¿El señor Delaso?

—Sí, soy Delaso, ¿qué se le ofrece?

Keller se acercó al escritorio hasta casi tocarlo con sus rodillas. Delaso lo miró con interés. Era un hombre que pasaba la cuarentena, fornido sin llegar a ser obeso, calvo y con el pelo de los costados estirado y brillante por la gomina. Sus ojos eran pequeños y claros; y su boca, de labios gruesos, dibujaba un rictus despectivo. Llevaba camisa blanca y una corbata oscura con pintas rojas, que se adivinaba de seda, cruzada en la mitad con un broche de oro. Pero lo más notable de su aspecto eran sus manos, enormes, regordetas y con un notorio *chevalier* negro en el anular de la mano izquierda y, en la muñeca del brazo derecho, una cadenita de plata con un águila con sus alas abiertas y un rectángulo estrecho y curvo en el que se adivinaba un nombre grabado, seguramente el suyo. En la muñeca izquierda llevaba un reloj con malla de cuero, parecía enchapado en oro.

–Conozco a Mabel Ferrando –dijo Keller.

Delaso frunció el ceño y se tomó una mano con la otra para hacer crujir sus nudillos.

–¿Se refiere a Zoraida? –inquirió Delaso y los músculos de su cara quedaron inmóviles. Sus ojos se empequeñecieron aún más al mirar a Keller, con menos asombro que curiosidad.

Keller sonrió, como si asintiera.

–¿Puedo sentarme? –preguntó.

Delaso le señaló la silla que había frente al escritorio.

–Yo también la conozco. ¿Y bien? Usted dirá. ¿Necesita algún auto?

–No, en absoluto. Solo hablar de Mabel o de Zoraida, como usted prefiera llamarla.

–¿Hablar? ¿Sobre qué? Zoraida es una buena amiga. ¿Desde cuándo la conoce?

–Trabajo en publicidad. Hace un tiempo hice una campaña para un desodorante y ella participó. Le tomaron fotos y tuvo que depilarse las axilas. “O-DO-RO-NO protege tu intimidad”, ¿la recuerda? Obviamente, en esas fotos era Zoraida. Rubia, claro. Pese a que trabajé con sus imágenes, nunca nos vimos.

–Espere, ¿a qué viene todo esto? ¿Quién es usted?

–Hace dos días me reencontré con Zoraida, pero bajo el nombre de Mabel y en la versión morocha. Me citó en el Sorocabana de la Plaza Cagancha. Quiere venderme por cinco mil pesos una libretita que alguien olvidó en su apartamento del edificio Ciudadela.

La expresión de asombro de Delaso se abrió paso y fue ablandando su cara, hasta el momento un bloque sólido e inmovible. Se miró las uñas lustradas con sus cutículas recortadas por una manicura. Luego enfocó sus ojos pequeños en Keller:

–Oiga, amigo, ¿qué está diciéndome? Créame que no lo entiendo. ¿Por qué me cuenta todo eso?

–Porque no tengo duda de que le interesa. El apartamento en el que vive nuestra amiga está a nombre de una sociedad anónima de la que usted es titular. Según lo que ella me contó el otro día, un hombre, un argentino que fue asesinado hace unas noches en el hotel La Alhambra, estuvo con ella en su apartamento del Ciudadela horas antes de que lo mataran, algo que la policía ignora. Él era el dueño de la agenda que Mabel o Zoraida quiere venderme. El motivo, según lo que ella me dijo, es que mi nombre y mi dirección figuran en esa agenda. Hasta donde yo entiendo, lo que esta señorita intenta es extorsionarme y sacarme cinco mil pesos que no tengo. Ignoro la razón por la cual mi nombre y mi dirección están escritos en esa agenda. No conocía a ese sujeto que mataron, pero Zoraida piensa que sí. Me amenazó con entregársela a la policía. ¿Va entendiendo?

Delaso lanzó un largo suspiro y movió la cabeza en una negativa. En ese momento se abrió una puerta al fondo del salón y un joven vestido con mameluco entró limpiándose las manos con una estopa.

–Señor Delaso, revisé el Chevrolet –informó mientras se acercaba–, está bien, pero hay que cambiarle las bujías y limpiarle el carburador...

Con un gesto Delaso lo detuvo:

–Está bien, Ruben. Ahora ocupate del Rover, estoy reunido con el señor. Después hablamos – ordenó y el joven volvió sobre sus pasos.

Sonó el teléfono, Delaso descolgó el tubo, cortó la llamada oprimiendo la horquilla con un dedo y luego dejó el tubo sobre la mesa. La camisa blanca, impecable, se estaba mojando con el sudor de sus axilas.

–Sigo sin entender por qué ha venido a contarme todo eso, ni siquiera lo conozco, como ve estoy trabajando y esto es un negocio... Explíquese. Por empezar dígame cómo se llama, quién es usted.

–Me llamo nadie y no tengo que explicarle nada más. Pero cuando hable o se encuentre con Zoraida o Mabel, coménteles mi visita y hágales entender que una extorsión es cosa seria, sobre todo cuando no se tiene nada para presionar a la víctima. De paso, pregúntele sobre su vínculo con el muerto del hotel. Sabe de quien le hablo porque el asunto se ventiló en toda la prensa. Y algo más: nuestra común amiga necesita el dinero para irse a Estados Unidos, ¿lo sabía? Al menos eso fue lo que me dijo para justificar la plata que quiere sacarme. Por cierto que mañana no voy a ir al Sorocabana, pero si usted llega a eso de las siete de la tarde la encontrará esperándome. Salúdela de mi parte.

Keller se puso de pie y con gesto lento y delicado colgó el tubo otra vez.

–Son lindos estos teléfonos nuevos. Pero si está descolgado el tubo, puede perderse un negocio. Buenas tardes.

Delaso se incorporó y amagó salir desde atrás del escritorio. Iba a decir algo, pero Keller ya estaba caminando hacia la puerta del salón. Todo había sido muy rápido y en ese preciso momento

empezaba a asimilarlo.

Keller caminó por la Avenida Agraciada en dirección a la rotonda que circunvala el Palacio Legislativo. Tenía la sensación de aquel que, luego de apostar fuerte en una partida de naipes y quedarse con el pozo, se aleja de la mesa sintiendo las miradas de los que perdieron taladrándole la espalda. Sabía que en la puerta de la automotora tenía que estar Delaso, confundido y alterado por lo que acababa de oír. Por un instante pensó que vendría corriendo a increparlo por sus dichos y pedirle que le aclarase un poco más todo ese cuento de la extorsión y la agenda de Olavarría. Pero no hay nada que paralice más que una historia inverosímil, reflexionó Keller, un cuento absurdo que sin embargo acumula detalles veraces y quizá probables para el que lo escucha. El resto corre por cuenta del azar de tocar justo la zona vulnerable de una persona; en ese sentido, él estaba convencido de que Zoraida era amante o mantenida de Delaso. Había tenido la intuición al ver las fotografías del otro local, el toque erótico y banal que pretendía fundir el deseo por la mujer con el que se siente por la máquina: una idea que los almanaques que obsequiaban los talleres mecánicos y las casas de venta de repuestos vulgarizaban con escenas más explícitas. No obstante, la finalidad era la misma.

Con ese pensamiento, cruzó Agraciada hacia su acera norte, la cuadra que, entre las transversales Marcelino Sosa y la Avenida General Flores, desembocaba en la circunvalación que rodeaba el imponente y blanco edificio del Parlamento. En medio de esa corta porción de la avenida, estaba la Cervecería Don Pablo, a la que solía concurrir cuando por un breve tiempo había tenido que cubrir la información política y parlamentaria para *El Plata*. Por lo general, lo hacía las noches en que las sesiones de las cámaras del Poder Legislativo se prolongaban hasta la madrugada siguiente. Antes que la cervecería cerrara, y aprovechando algún cuarto intermedio en las discusiones de los proyectos de ley, cruzaba a comer unos *frankfurters* acodado en la barra de Don Pablo. Cuando tenía alguna información importante para la redacción, pedía el teléfono y pasaba el parte de los sucesos políticos. Incluso, no era raro que algún diputado o senador que también aprovechaba la pausa le diese alguna primicia sobre los temas en discusión.

Quizá el recuerdo de esa época lo motivó a entrar en el estrecho local de la cervecería. Enseguida, el olor de la cerveza y la mostaza mezclados con el del tabaco de los parroquianos que fumaban le dio la bienvenida. No había cambiado demasiado el salón y los manteles a cuadros rojos y blancos parecían ser los mismos. Pese a la hora —ya la seis de la tarde—, el lugar estaba bastante concurrido. Eligió una mesa arrimada a la pared y luego de sentarse en una endeble silla

vienes, llamó al mozo y pidió un chop tirado con buena espuma. No podía recordar cuánto tiempo hacía que no bebía una cerveza, pero eso no lo preocupó. En su nueva vida inaugurada meses antes con la mudanza al edificio Valencia, el pasado era un territorio que lentamente se había ido despoblando de hechos o caras reconocibles, como si la memoria hubiese operado con un mecanismo autodestructivo que borra recuerdos y vivencias de la vida anterior. De ese lugar en el que estaba, solo tenía una referencia vaga, unas imágenes difusas que incluso le parecían ajenas, inventadas quizá. Al tomar conciencia de ello y como siempre le sucedía en momentos críticos, la voz surgió, tal vez estimulada por ese espacio recuperado de la cervecería:

“Un criminal no puede tener pasado, viejo, porque una vez que empieza a matar, lo único que realmente necesita es el olvido. Tú ahora vives en un eterno presente y a lo sumo proyectas tu vida hacia el siguiente asesinato. Ya te lo dije y lo sabes: la huida hacia delante es tu única ruta. Hace unos días estuviste en el cementerio hablando con una lápida y empezaste a soñar con absurdas confesiones ante un cura. Son solo alivios provisionarios. Pero con lo que acabas de hacer me dejaste perplejo. Ese hombre, Delaso, tuvo que quedar confundido porque también a él lo tomaste por sorpresa. Una movida inteligente pero que limita tus recursos ante esa mujer, Zoraida. Supongo que si no recuperas esa agenda, no podrás matarla como tu nueva lógica indicaría. El fotógrafo Laverdière y el dueño de la automotora saben que la conoces. Eso la ha puesto a salvo de tus habituales medidas extremas ante los obstáculos. Me pregunto cómo vas a resolver, entonces, el tema de la agenda. Por lo que hace unos minutos dijiste, no vas a concurrir a la cita de mañana en el Sorocabana. Y después, ¿qué? No sabes cuál será el siguiente paso de Zoraida y lo único que esperas luego de tu visita a Delaso es que este la ponga en vereda. Pura dilación. Me parece que no tienes un plan y que indagar sobre la extorsionadora solo ha sido un buen pretexto para acercarte a su misterio, saber quién es y poco más. Otra vez estás en una encerrona pero ahora creo que la disfrutas y te diré por qué: la dama misteriosa te ha subyugado. Ya ni te acuerdas de tu vecina que, como sabemos, traicionó tus expectativas. Los besos del otro día fueron la despedida y cuando viaje con su amiga ni siquiera te mandará una postal. La ingrata nunca sabrá todo lo que hiciste por ella”.

A la hora acordada, Keller llegó al Sorocabana. Eligió la misma mesa de la vez anterior, casualmente libre. Pese a lo que le había dicho a Delaso y lo que suponía la voz, estaba dispuesto a reunirse otra vez con Zoraida, aunque no había traído el dinero que ella exigía y no tenía interés en comprar la agenda con la que la mujer pretendía extorsionarlo. Estaba seguro de que el hombre de la automotora había tomado sus recaudos en relación con lo que un extraño le había contado. Las chances eran que ya hubiese hablado con Zoraida o que no lo hubiera hecho y estuviera cerca, acechando la llegada de su mantenida para saber si realmente habría de reunirse con el hombre que lo había visitado la tarde de la víspera.

Con disimulo, Keller buscó en el salón la posible presencia de Delaso, pero no lo vio. Desde donde estaba, a través de los ventanales del salón, se apreciaba la plaza, pero no pudo ver si el hombre estaba allí, merodeando cerca de la entrada del café. Cuando el mozo se acercó a atenderlo, Keller pidió un cortado en taza y se dispuso a esperar.

Quince minutos después, Zoraida entró al Sorocabana. Ya no era Mabel, porque llevaba la peluca rubia y pese a la hora, tenía puestos los lentes de sol. Luego de acercarse a la mesa y sin siquiera saludarlo, apartó la silla y se sentó. Keller no la miró, buscó en el salón la gruesa figura de Delaso hasta que lo vio entrar, enfundado en un sobretodo oscuro y de corte cruzado. Se encaminó hacia el mostrador y allí permaneció, disimulando sus miradas furtivas a la mesa en la que ellos estaban. Enseguida pidió algo al que atendía y esperó, incómodo y tan evidente como un maniquí desnudo.

–La noto cambiada, Mabel –observó Keller, ante el silencio de la mujer, que encendió un cigarrillo.

La peluca rubia no le hacía justicia a su belleza y transformaba a la mujer atractiva y sensual en una muñequita Nicoleta, de plástico y crecida. No le era posible, en ese momento, entender ese cambio, por lo que decidió no comentar nada más al respecto.

–No creí que fuera tan imbécil. Está jugando con fuego –dijo Zoraida.

–¿Se refiere al hombre que está en el mostrador? ¿Por qué no lo invita a que participe de esta conversación?

–Todavía tengo la agenda. Camino unas cuadras y se la entrego a la policía. ¿Es eso lo que busca? Héctor va a respaldarme, le conté todo. ¿Tiene el dinero?

–¿Qué toma, Zoraida? –preguntó Keller y con un gesto llamó al mozo.

–No quiero nada. Déjese de pavadas. ¿Va a pagar?

–Por supuesto que no. No me interesa lo que quiere venderme. No sé por qué mi nombre está en esa agenda. Olvídese de ella: a usted también la compromete, ¿se da cuenta? Pero a lo mejor puedo ayudarla a conseguir el dinero que necesita. La plata no está aquí, Zoraida, está allá, junto al mostrador, en ese hombre de sobretodo, es a él a quien tiene que pedírsela. Yo no tengo ese dinero y no puedo conseguirlo, soy un desocupado. Si entrega la agenda a la policía, lo único que va a conseguir es que la investiguen a usted. Pero ese hombre es poderoso, vende automóviles en dos locales, usa joyas en sus dedos y muñecas. Usted lo sabe mejor que yo.

–¿Por qué habló con Héctor? ¿Cómo supo que...? –preguntó Zoraida con un fastidio creciente porque Keller parecía descolocarla con cada palabra que decía.

–No le dije nada que no fuera verdad, tampoco quise meterla en problemas, solo busqué protegerme. Bastó que investigara. Yo también puedo ir a la policía si quiero. No le temo a una libreta y a usted tampoco. Delaso está al tanto de que quiere extorsionarme. Los podría denunciar a los dos. Sin embargo, le ofrezco mi ayuda. Me gusta su atrevimiento, aunque me amenace y crea que soy un imbécil al que puede asustar con eso que quiere venderme. Le propongo encontrarnos en su apartamento para que conversemos sin testigos ni una agenda de por medio. ¿Va a contárselo a Héctor?

El contragolpe de Keller fue fulminante y Zoraida no atinó a responder. Solo miró con disimulo hacia donde estaba Delaso, molesto y expectante de lo que sucedía en la mesa. Quizá fue la firmeza del hombre que tenía delante, su imperturbable flema y el tono indiferente que había empleado para hablarle lo que terminó por hacerla dudar del plan inicial y reflexionar un instante sobre lo que Keller acababa de proponerle. Por fin habló:

–Podemos encontrarnos esta noche en Bonanza, a las doce si le parece. Estaré esperándolo en la barra. Si estoy con compañía, no se vaya. Trate de que yo lo vea. Después hablaremos –dijo Zoraida y se levantó de la mesa, justo en el momento en que el mozo llegaba para atenderlos.

Keller la vio alejarse en dirección a la entrada del café, eludiendo las mesas con esa cadencia al caminar que lo había fascinado la primera vez que se encontraron allí. De inmediato, Delaso la siguió. Parecía un perro grande y agresivo detrás de su ama.

La *boîte* Bonanza estaba ubicada en un subsuelo de Bartolomé Mitre entre Sarandí y el pasaje de Policía Vieja, un corto callejón en forma de L que comunicaba las dos calles. Era un local con mesas, una barra bien surtida, pista de baile y un escenario no muy grande que frecuentaban artistas nacionales y extranjeros. Allí se daban cita los personajes de la noche montevideana y era fama que en ese espacio subterráneo alternaban diplomáticos, hombres de negocios, turistas y referentes de lo que se definía como “la fauna nocturna”. En Bonanza los límites se relativizaban y en su penumbra podía suceder todo a título de que después no trascendiera a la luz del sol. Por eso, se había convertido en el centro de la noche en la Ciudad Vieja.

Keller era por completo ajeno a ese tipo de lugares y la única vez que había estado en una *boîte* fue durante la reunión de cancilleres de la OEA dos años antes, en Punta del Este, cuando se resolvió expulsar a Cuba de la organización y el Che Guevara había sido el centro del evento.

La *boîte* del hotel San Rafael era una cita obligada para los invitados al cónclave y también para los periodistas. Una noche Keller la visitó con la expectativa de descubrir las reglas de ese tipo de ambientes: penumbra, intimidad, diversión, tragos, humo de cigarrillos, mujeres espléndidas y hombres convertidos en cazadores furtivos. Se suponía que la música, cuando no era ejecutada en vivo por artistas haciendo su número, debía ser gradual en su estridencia y en el clima que pretendía crear, oscilando entre los temas lentos –para provocar la proximidad de los cuerpos durante el baile de las parejas– y una cierta explosión sobre el final de la velada, cuando el alcohol y otros estimulantes ya hubieran provocado el desenfreno que preludiaba el amanecer.

Pero, por el contexto de la reunión de la OEA, la *boîte* del San Rafael –llamada Le Carroussel– no había funcionado de esa manera y se había convertido en una prolongación de las reuniones políticas en un ambiente por el que deambulaban guardaespaldas, agentes de la CIA y probablemente del KGB, el MOSAD o el MI6, personal diplomático de segundo orden y los cronistas nacionales y extranjeros que cubrían el evento. El lugar, caluroso, oscuro y atestado de mesas, en el que el humo flotaba por sobre las cabezas de los presentes, le había parecido a Keller un fiasco que ni siquiera había podido mejorar la rutilante presencia del doctor Eduardo Víctor Haedo, consejero de gobierno y anfitrión oficial que por unos minutos había hecho acto de presencia.

Esa noche en Bonanza había otro tipo de público, menos sofisticado, quizá, pero mucho más acorde al lugar. Por tratarse de un día de semana, presentaba una baja concurrencia, pese a que en

el escenario habría de actuar, cerca de las dos de la mañana, la cantante panameña Zaima Beleño. En la puerta, un hombre de traje oscuro y cierta corpulencia bien ostentada le preguntó a Keller si tenía mesa reservada:

–Estaré solo en la barra –aclaró Keller y el hombre lo observó de arriba abajo.

El traje azul oscuro, la camisa blanca, la corbata a bastones rojos y dorados, el aire pulcro y aplomado y la mirada indiferente engañaron lo suficiente al portero como para que pensara que estaba ante un habitué de la noche que todavía no había descubierto las bondades de Bonanza.

–Pase –le dijo–. Si quiere mesa puedo conseguirle una –ofreció, con un tono por fin amable que insinuaba la búsqueda de una propina.

–No voy a quedarme al show –dijo Keller.

–No sabe lo que se pierde. Zaima es una bomba.

Keller sonrió y se jugó todo en el siguiente comentario:

–Prefiero algo local.

El portero lo miró con aire cómplice.

–Que disfrute, señor.

El portero se apartó y Keller descendió por la escalera de caracol de dos tramos que llevaba al salón con el aplomo de un consumado noctámbulo.

Tal como lo había imaginado, la mujer que esperaba en la barra no era la falsa rubia Zoraida sino la auténtica morocha Mabel. Los códigos estaban claros: la modelo de nombre sofisticado y pasarela televisiva que había aceptado depilar sus axilas para un aviso de desodorante pertenecía al mundo diurno y soleado. La que era capaz de extorsionar, recibir en su apartamento a un crápula como Olavarría y alternar como habitué en las noches de Bonanza se diferenciaba de la del día mucho más que por una peluca. Esa noche llevaba un vestido negro ceñido, que dejaba la espalda y los hombros descubiertos.

–Buenas noches –dijo Keller y se sentó en el asiento contiguo al de Mabel.

Ella lo miró de soslayo y agitó el contenido de su *negróni*.

–Es puntual –dijo en un susurro.

El barman se acercó a Keller y le preguntó qué tomaba.

–Un Dewar’s con hielo.

Keller se abstuvo de pedir su habitual ginebra porque no quería pasar por un extraño al lugar.

–Usted también –dijo Keller.

Mabel sonrió y dio un sorbo a su vaso. Después, se movió sobre el asiento hasta quedar mirando el perfil de Keller. Este se volvió y sus miradas se encontraron. La de Mabel ya no era aprensiva o de fastidio, como si la historia de la extorsión hubiera sido solo un malentendido. En cambio, Keller conservaba la precaución con la que habría observado a una tarántula a punto de saltar. Pero ese reparo quedó en suspenso, y luego de que el barman lo sirviera, levantó su vaso y brindó:

–Por esta noche y el porteño descuidado que nos ha reunido –dijo Keller, una frase que se le ocurrió dictada desde lo profundo; de haber sido escritor, le habría parecido una línea de diálogo apropiada pero falsa.

Ella lo miró con un gesto raro, como si no estuviera acostumbrada a los brindis o a las palabras ingeniosas.

–Nunca brindo por nada aquí, porque las copas son solo un pretexto. ¿Por qué piensa que voy a olvidarme de la agenda?

–Ya lo hizo. Sabe que no le sirve de nada, al menos conmigo. Insisto en que no conozco a su dueño y no sé de qué manera mi nombre, mal escrito en una hoja, puede ser una amenaza. No tengo dinero ni para comprar esa agenda nueva en una papelería.

–Pero acaban de servirle importado.

–Decidí gastar mis últimos ahorros con usted... Mabel. ¿O prefiere que la llame Zoraida?

–Mabel, claro. Zoraida es otra mujer.

–¿Cuál de las dos quiere irse a Estados Unidos?

–Le mentí, no voy a ir a ningún lado, pero necesito el dinero. Mi madre tiene que operarse los ojos de cataratas. La quiero llevar a Argentina y eso cuesta mucha plata.

–Me parece que eligió mal la manera de conseguirla.

–No puedo solicitar un préstamo en un banco...

–Pero se anima a extorsionar a un desconocido. Nada de esto me cierra, Mabel. ¿Por qué no le pide a Delaso?

De pronto, Mabel acercó su rostro al de Keller y con una mano le acarició la cara en una actitud sensual y provocativa.

–Sígame la corriente –dijo, sonriendo e insinuándose–, y pida otra copa para mí.

Keller no estaba preparado para esa cercanía y además se sentía torpe e incapaz de sobrellevarla con la solvencia de un personaje de la noche. Con un gesto le señaló al barman el vaso de Mabel para que le trajese otro *negroni*. Él todavía no había tocado su escocés, por lo cual se decidió a beber un sorbo rápidamente porque necesitaba ese estímulo para controlar la turbación y recuperar el dominio, no ya de la escena, sino de sí mismo.

–¿Tendríamos que bailar? –preguntó y enseguida se arrepintió.

Hacía años que no pisaba una pista de baile y, salvo el tango, era incapaz de seguir otros ritmos. En ese momento se escuchaba una canción italiana, *Mi sono innamorato di te*, que hacía tiempo se había puesto de moda. El tema, lento y romántico, ambientaba el baile con las parejas muy juntas, cara con cara.

–No estaría mal. Bailemos. Podemos conversar mientras tanto.

La pista no estaba concurrida y accedieron a ella tomados de la mano. Keller rodeó con su brazo el talle de Mabel y ella apoyó los suyos sobre los hombros de él hasta quedar tan próximos que sus vientres se rozaban. Ella le habló al oído:

–¿Cómo lo ubicó a Héctor? –preguntó y la cercanía de sus labios rozándole la oreja estremeció a Keller.

–No fue difícil. Veo que eso sigue preocupándola. ¿Son amantes? ¿Por qué no está aquí? –preguntó Keller, tratando de ser otra vez el del Sorocabana, incisivo y glacial.

–¿Y a usted que le importa? Eso es asunto mío.

–Estaba hoy en el café, parecía inquieto con nosotros, o tal vez conmigo. ¿Trabaja para él?

La pregunta hizo que Mabel perdiera el paso del baile. Su cuerpo se tensó y Keller lo notó de inmediato.

–No sea grosero –dijo ella. El tono de su voz había dejado de ser seductor.

–Si quiere que la ayude a conseguir el dinero, tiene que ser sincera conmigo.

–Yo no le pedí nada.

–Yo me ofrecí y usted aceptó que nos encontráramos aquí. Me pidió que le pagara otra copa y ahora estamos bailando. Explíqueme qué es todo esto, en qué quedó la extorsión y esa bendita agenda que me quiere vender. A lo mejor estoy equivocado y no es Delaso para quien trabaja...

–¿Qué dice? No le entiendo.

–Tal vez esté haciéndole el trabajo a la policía. Un señuelo muy seductor, por supuesto.

–Usted está loco, no sé de qué me habla.

–¿No? ¿Está segura? Olvidó la extorsión muy rápidamente. Alcanzó que le dijera que la agenda no me interesaba y que no tenía dinero para pagarla. Ya no hay viaje a Estados Unidos, ahora es una operación de cataratas. A cada momento me confunde más, Mabel. Y le recuerdo que fue usted la que metió a la policía entre nosotros. ¿A quién iba a entregarle la agenda si yo no se la compraba? ¿En qué quería involucrarme y por qué? No me compre por idiota, podría llevarse una sorpresa.

La canción lenta finalizó y sin decir una palabra Mabel se abrazó a Keller. Por alguna razón, él supo que no había ningún fingimiento profesional en el gesto. Además de Zoraida y Mabel, quizá había una tercera mujer en juego, innominada y vulnerable, que en ese momento necesitaba ser rescatada.

La tácita aceptación de que Bonanza era una *boîte* de levante les permitió abandonar el lugar sin llamar la atención. Keller y Mabel salieron a la calle como una pareja que va en busca de intimidad, pero a los pocos metros de la puerta, se separaron. Indecisos y en silencio, caminaron unos metros algo ateridos por el frío de la noche hasta la esquina de Sarandí. Por fin, mientras subía el cuello de su tapado de piel, Mabel propuso:

–Vayamos a mi apartamento a tomar un café.

Keller asintió y se encaminaron hacia el Ciudadela, media cuadra más adelante. Los ingresos a la galería a esa hora estaban cerrados, por lo que tuvieron que seguir hasta Juncal y luego torcer a la derecha para llegar a la entrada de los apartamentos. Mabel abrió con sus llaves la puerta vidriada, porque el portero ya había terminado su turno. El ascensor estaba en planta baja y una vez dentro de él, subieron los quince pisos sin decirse una palabra y ni siquiera mirarse.

Salieron del ascensor y caminaron por el corredor del palier hasta la puerta 1503. Mabel introdujo la llave en el cerrojo y abrió. Entró por delante de Keller sin encender la luz. Él la siguió y cerró la puerta. Solo entonces entendió que todo había sido demasiado fácil y que la trampa que días antes había entrevisto se seguía cerrando.

Para confirmar esa intuición, le bastó distinguir, en medio de la oscuridad, a pocos metros de la puerta, la brasa de un cigarrillo. Mabel había desaparecido luego de quitarse el tapado y dejarlo sobre un bulto que parecía una butaca. La brasa se movió y la mano que sostenía el cigarrillo oprimió el interruptor de una portátil de mesa. La estancia se iluminó pobremente, y en una butaca tapizada en pana roja Keller vio a Delaso. Con la otra mano sostenía un revólver con el que lo apuntaba directamente. El gordo apagó el cigarrillo en un cenicero que había sobre la mesa de la portátil, cambió el arma de mano y sonrió. Luego, con el caño del revólver, le señaló a Keller otra butaca frente a él:

–Siéntese, amigo. Tenemos que hablar. ¡Mabel, servime un whisky! ¿Qué toma, señor Keller?

–Me habían invitado a tomar un café, pero ya no lo necesito –dijo Keller y se sentó en la butaca.

Fugazmente, apreció el lugar: un living amplio, equipado y decorado en ese estilo americano tan en boga que combinaba practicidad y simpleza. Un mueble modular sobre una de las paredes, una mesa con tapa de vidrio y seis sillas de armazón metálica, un sofá de tres cuerpos de cuero negro, mesas ratonas con lámparas y algunos cuadros con manchas abstractas y coloridas

repartidos sin orden aparente completaban el ambiente, además de las butacas en las que estaban sentados.

–¿Está armado? –preguntó Delaso, sin bajar el arma. La sonrisa había desaparecido de su cara, como si nunca hubiera existido.

Keller permaneció en silencio y negó con un movimiento de cabeza.

–¿Qué tal Bonanza? ¿Lo trató bien Mabel?

Las preguntas de Delaso eran solo una torpe provocación, por lo cual Keller mantuvo silencio. Cuando hablaba, el gordo movía el revólver y gesticulaba con él como si hubiera sido un objeto inofensivo. Lo peor era que mantenía el dedo en el gatillo. Hasta que por fin lo dejó sobre la mesita que tenía al lado.

–Sabía que no estaba armado, si no Mabel me lo habría dicho. ¿Qué pasó? ¿Le comieron la lengua los ratones? Cuando me visitó en la automotora me pareció más locuaz. El problema es que ahora tiene miedo, está cagado, ¿verdad?

Keller siguió sin responder. Mabel llegó trayendo un vaso de grueso cristal con whisky *on the rocks* que dejó sobre la mesita junto al revólver. Se había sacado los zapatos de taco alto y estaba pálida, como descompuesta. Delaso tomó un sorbo y aferró con la otra mano el brazo de Mabel. Luego la atrajo hasta sentarla sobre sus rodillas. La mujer no se opuso, pero no adoptó una actitud dócil. Estaba como paralizada.

–La saqué del barro, la rescaté de ese pueblo de mierda en que vivía, le mostré las luces de la ciudad, la vestí, le di de comer, le pagué un hotel, hasta le compré este departamento. La vinculé con gente importante con la que ahora trabaja, le inventé el nombre del que vive. La señorita es modelo. Puede sonreír y ser rubia. Puro envase, claro. No sabe hacer otra cosa. Me corrijo: sabe, sí, pero no vamos a hablar de eso. Y aquí estoy, tratando de arreglar ese lío que armó con usted y que la muy tonta no me había contado. A veces las mujeres se desubican y son ingratas o carecen de cabeza para las cosas. Pero ahora todo va a solucionarse, señor Keller. Soy un hombre práctico que no pierde el tiempo en discutir nada que no valga la pena. ¡Mabel, traeme esa libreta!

Mabel lo miró a Keller con la luz del desamparo enturbiándole los ojos. Se liberó del gordo y fue hasta el mueble modular. Abrió un cajón y sacó la famosa agenda. Delaso había vuelto a sonreír. Mabel le entregó la agenda de Olavarría y el gordo la aceptó. Luego apartó a la mujer de un empujón que la hizo trastabillar. El pánico la dominaba y apenas se pudo sostener en el respaldo de una silla. Keller intentó levantarse para ayudarla.

–¡Déjela! –gritó Delaso–, aguanta eso y mucho más.

Delaso tomó la agenda con las dos manos y empezó a romperla y a triturarla con sus dedos fuertes y gordos. Rasgó las tapas y las páginas y las redujo a pequeños trozos que luego esparció sobre el piso de parqué.

–No sé de quién era esa mierda y no me interesa. Muerto el perro, se acabó la rabia –dijo y Keller experimentó el alivio de verse libre de una amenaza de una forma que no había esperado.

El motivo de la extorsión acababa de ser destruido. Delaso se levantó de la butaca, tomó otra vez el revólver y le apuntó directamente a la cabeza. Su mirada era fanática y quizá demente. Por un momento, Keller pensó que iba a dispararle. Mabel intervino:

–¡Espera, Héctor, no hagas un disparate!

Delaso le lanzó un golpe con el canto de la mano que le dio de lleno en el pómulo. Mabel cayó al piso tomándose la cara y, sin dejar de apuntarle a Keller, Delaso le pegó un puntapié que la golpeó en la espalda. Mabel gritó de dolor.

–¡Yegua, te voy a enseñar a respetarme!

Keller avanzó hacia la mujer que se retorció en el piso, pero Delaso le apoyó el caño del revólver en la cara.

–¡Quieto, infeliz! ¡No la toques, se lo merece!

Keller comprendió que tenía que obedecer porque ya había aprendido bastante sobre el poder de un arma. Retrocedió sin dejar de mirar alternativamente a Delaso y a Mabel.

–Ahora salí de acá antes de que me arrepienta y te pegue un tiro en las patas. ¡Andate, infeliz, desaparecé!

–Le pido que no le haga nada, olvídense de todo, ya me voy –dijo Keller y salió rápidamente del apartamento.

Se metió en el ascensor y bajó los quince pisos pensando que el asunto no terminaba ahí. Más bien empezaba.

Keller se despertó temprano y con dolor de cabeza. Tal vez el whisky que había tomado en Bonanza no era importado, o el caño del revólver de Delaso todavía le percutía en el cerebro. Había llegado al Valencia a las dos de la mañana, luego de subir a un taxi y hacerse trasladar desde la Plaza Independencia. La situación vivida en el Ciudadela le había impedido conciliar el sueño y recién a las seis de la mañana pudo dormir por espacio de una hora. Pero la jaqueca lo trajo de nuevo a la realidad.

Bajo la ducha siguió reflexionando sobre lo sucedido en el apartamento de Zoraida –no podía llamarla Mabel porque, con o sin peluca, para él la mujer era Zoraida–, y tenía que admitir que había cometido muchos errores esa noche y antes, por no haber investigado lo suficiente a Delaso. Su cuñado se lo había advertido como al pasar en la conversación telefónica que tuvieron después de que lo visitase en su cuchitril de la Ciudad Vieja: “Andate con cuidado con Delaso”. No le había aclarado el porqué y Keller no se lo preguntó. Primer error.

En Bonanza se había dejado llevar por el sutil manejo de Zoraida, que había pasado de pedirle dinero para un viaje a necesitarlo para la operación de cataratas de su madre. Ella sabía que Delaso estaría esperándolos en el apartamento y que el encuentro sería una puesta en escena. Se había prestado a ser la carnada para que él mordiese el anzuelo y quedase indefenso ante un hombre violento que lo había amenazado con un revólver. Pero, por lo que luego pudo ver, la mujer estaba aterrada y con seguridad había actuado obligada por el gordo. No obstante –tenía que admitirlo–, Delaso lo había liberado del asunto al destruir la agenda de Olavarría.

Mientras bebía un jarro de café en la cocina, con el pelo todavía húmedo y vestido con una bata de franela, Keller se sintió frustrado. La extorsión de Zoraida se había desarmado porque ya no había una agenda que lo comprometiera. Ahora no tendría que seguir el vínculo con la modelo porque ella no tenía más poder sobre él. Pero seguía inquietándolo como cuando la vio por primera vez, y no podía permitir que un energúmeno como Delaso la acaparara. Había visto algo en su mirada, cuando el gordo la golpeó en el piso, que le pedía que por favor la rescatase. ¿Podía creerle?

La clave estaba en Delaso: necesitaba saber más sobre él, averiguar quién era realmente el hombre que lo había amenazado y doblegado la noche anterior.

Lavó el jarro y lo dejó escurriéndose sobre el fregadero. Luego se vistió y decidió ir hasta el bar de Gonzalo Ramírez y Jackson para tomar un cortado con medialunas. Las imágenes de la

noche reciente seguían bailoteando en su mente. Descubrió que por primera vez en mucho tiempo había sentido miedo y, además, había actuado como un cobarde al permitir que Delaso golpease a Zoraida. El arma no era un pretexto o una disculpa por no haber actuado. Simplemente, se había paralizado y no había atinado a hacer nada, salvo intentar ayudarla a ella, a levantarse. ¿Qué habría sucedido si la que estaba allí hubiera sido Beatriz? No podía saberlo, pese a que había llegado a matar por ella. Mientras se ponía el saco, la voz le respondió:

“La cobardía es solo una disculpa, viejo. No estás preparado para actuar sin tu disfraz y por la espalda. Anoche eras tú mismo, sin la ayuda de un arma y otra identidad, aterrado ante la posibilidad de que ese hombre te matara allí mismo. Un tipo celoso y violento al que provocaste en su propio negocio. Un grave desatino producto de la inexperiencia y el impulso de un novato. El miedo fue una manera de recuperar la cordura, la reacción lógica ante tu estúpida osadía. Esa mujer te llevó directo a la trampa sin siquiera insinuarse. Un café fue suficiente. Eres patético, viejo. Y ahora especulas con seguir indagando sobre su macró sin tener en claro qué hacer con lo que averigües. ¿Rescatar a Zoraida? ¿Cómo? ¿Para qué? Lo mismo hiciste con Beatriz y mira el resultado. Esa mujer, la modelo, es demasiado para ti. Agradece que Delaso te haya resuelto el problema de la agenda. Ahora puedes quedarte tranquilo y no seguir jugando al caballero audaz. Creo que anoche la sacaste barata”.

TERCERA PARTE

UN EXTRAÑO ARREGLO

El mozo le trajo el cortado y las medialunas y Keller tomó un periódico olvidado sobre una de las mesas. Era la edición de *El Diario* de la noche anterior. Mientras mojaba una medialuna en el cortado, desplegó el vespertino sobre el mármol y un titular tamaño mediano ubicado en la mitad inferior de la página le llamó enseguida la atención: “Podrían estar aclarados los crímenes de Brentano, Moreira y Olavarría”.

Las fotos de los tres muertos acompañaban el titular, con sus gestos congelados e indiferentes a la situación que el texto planteaba. Por un momento Keller pensó que estaba en un sueño. La víspera no había tenido tiempo de comprar el diario y ni siquiera lo había visto exhibido en los kioscos. El título remitía a una página de la sección policiales, por lo que de inmediato la buscó. La noticia ocupaba un cuarto de página. enseguida Keller entendió que se trataba de una pura especulación periodística que la policía no confirmaba. El título lo expresaba: “El misterio de Milo Epstein. Fuentes confiables vinculan crímenes todavía sin resolver”.

Mientras el cortado se le enfriaba y la medialuna permanecía inmóvil, escurriéndose en el vaso, Keller leyó:

“El giro principal en esta trama lo aportó la viuda del fotógrafo Ruben Moreira, que reveló que su esposo y Flavio Olavarría se conocían, al punto de haber sido socios en un turbio negocio. Dicha sociedad se vinculaba a la pornografía y a la explotación de jovencitas menores mediante fotografías que Moreira se encargaba de realizar y Olavarría de difundir y comercializar. Unos negativos entregados por la viuda a la policía probarían esta actividad. Al parecer, las muertes de estos dos aberrantes sujetos podrían ser consecuencia de la venganza de alguien agobiado por la vergüenza y la indignación. Tal vez un padre, o un hermano. Lo más probable es que Epstein sea un sicario contratado para ejecutar a los responsables de la canallesca actividad que obligaba a menores a exhibirse en actos humillantes sobre los cuales, obviamente, no podemos brindar detalles.

”Sin embargo, hay un cabo suelto en esta hipótesis: el vínculo de Javier Brentano con los anteriormente nombrados. Como se recordará, Brentano fue ultimado una noche a pocas cuadras del Casino del Parque Hotel. Se suponía que el móvil eran las deudas de juego y un pagaré que no pudo levantar en fecha. La presencia de Milo Epstein en la oficina donde Brentano trabajaba y una llamada que aquel hizo al padre de Brentano abonaban esa hipótesis. Sin embargo, quedó desechada, pese a que Brentano era un visitante frecuente del Casino. No existe tal pagaré y sus

familiares aseguran que Brentano no tenía deudas. Pero, entonces, ¿qué vínculo unía a Brentano con Moreira y Olavarría?

”Según ha trascendido, en uno de los negativos aparecería Brentano compartiendo escabrosas escenas con jovencitas menores. Si el móvil de los crímenes es, como se piensa, el castigo a los integrantes de esa tenebrosa sociedad que se ha descubierto, Brentano habría sido ultimado por las mismas razones que Moreira y Olavarría: de alguna manera, él también participaba del sórdido conchabo”.

Keller quedó absorto. No podía ser tanta su suerte como para que, en una noche, las dos acechanzas que se cernían sobre su vida se desarmaran. Por un lado, el violento Delaso había eliminado la agenda comprometedora, y ahora, esa información que consignaba *El Diario* –que sin duda era obra de la pericia de Humberto Dolce para urdir tramas complejas en una crónica– alejaba las sospechas que todavía podía tener el inspector Tomasa sobre su participación en los crímenes. Lo que acababa de leer, si bien no era una conclusión oficial de la policía, tenía visos de ser la hipótesis más probable que los investigadores manejaban. ¿Cómo lo estaría considerando el comisario Alejandro Romero? ¿Y el juez Fernández Martínez?

Keller dobló el diario y lo dejó sobre la mesa en la que lo había encontrado. Más allá de lo que esas páginas consignaban, su asombro se centraba en el detalle de que Javier Brentano hubiese participado del negocio de Moreira y Olavarría. Tal vez él, Keller, había sido solo el ejecutor de un posible castigo que operaba sobre una culpa todavía desconocida. Lo mismo había acontecido con el fotógrafo, si bien Keller ya sabía de su afición por fotografiar jovencitas en situaciones escabrosas y provocativas. Lo de Olavarría, en apariencia, había sido diferente: recuperar una carta y cubrirse por las posibles represalias del argentino. Sin embargo, a la luz de lo leído, las tres ejecuciones obedecían a un móvil común: eliminar a tres crápulas aunque al momento de matarlos él lo ignorase. Los medios que se justifican por los fines, pensó Keller, y por un instante la lógica de los hechos que acababa de repasar le pareció irrefutable y sólida como una roca. Pero, en el fondo de su alma, sabía que no era así. Ni medios ni fines: todo era mucho más complejo y turbio de lo que un periodista imaginativo podía contar o lo que su propia moral soportara. Quizá el inspector Tomasa terminase comprando esa historia para develar al menos una parte del misterio y descubrir el móvil de esos crímenes todavía inexplicados. Sin embargo, Keller no se engañaba. Lo que *El Diario* había publicado era pura especulación periodística. Él había pertenecido a una redacción y sabía cómo, a veces, la prensa manipulaba los hechos para hacerlos encajar en la teoría. La imagen de Brentano en los negativos de Moreira era la pieza que el azar permitía encastrar con las del resto del puzzle.

Keller no sintió alivio por esas buenas nuevas. El peligro parecía haber pasado, pero eso no lo liberaba. Por el contrario, acababa de perder aquello que lo hacía sentir vivo. ¿Qué haría ahora sin la posibilidad del riesgo acechándolo cada hora? ¿Su vida empezaría a ser un intercambio de cartas con Leonardo? ¿Evitaría cruzarse con Beatriz y su amiga en el palier? ¿Caminaría sin

rumbo o se demoraría en los cafés hasta que el dinero se le terminara? ¿Tendría que recuperar su empleo en la agencia de publicidad; dejarse crecer otra vez el bigote; leer el ejemplar de *Crimen y castigo* comprado en la feria y subrayado por Salvador Morata, para encontrar mensajes ocultos en el texto de Dostoievski? ¿O debía pegarse un tiro, hundido en la bañera, después de tomarse tres ginebras?

Pagó el cortado y las medialunas y salió del bar sin tener claro qué hacer en los diez minutos siguientes. Como el dolor de cabeza seguía, caminó media cuadra por Gonzalo Ramírez hasta una farmacia.

Entró y pidió al dependiente una tira de Mejoral. Cuando estaba pagando, delante de la caja vio el afiche del desodorante ODORONO sobre una pared. La imagen de Zoraida con el brazo levantado y la axila depilada parecía saludarlo. La mirada entre sensual y satisfecha de la modelo sugería lo que la marca prometía: “Protege tu intimidad”. Esa era la mujer que Delaso había maltratado la noche anterior y con la que él había bailado un tema lento en Bonanza. La recordó caída en el piso tras el revés de Delaso. Recordó también el gesto de arrogancia y desafío del gordo y cómo este lo había echado del apartamento.

Salió de la farmacia masticando un Mejoral y con una idea clara de lo que tenía que hacer para no sentirse inútil y cobarde.

Tras dar tres largos timbrazos en la oficina de Edmundo Parnell, la puerta se abrió y Keller vio la cara adormilada de su cuñado, el pelo revuelto y la misma bata desvaída de unos días antes, lo cual indicaba que el escribano todavía dormía pese a que eran las once de la mañana.

–Gabriel... Pasá... O no nos vemos nunca o lo hacemos cada dos días –dijo Parnell y se apartó para que Keller entrara.

–No te voy a distraer de lo que estabas haciendo –dijo Keller con ironía–, necesito que me aclares algunas dudas.

–Sentate, ¿te preparo un café? –preguntó el escribano y le señaló una de las butacas del pequeño vestíbulo.

–No, estoy apurado. Decime: cuando me pediste el otro día por teléfono que me cuidara de ese Delaso, ¿a qué te referías?

Parnell buscó sus cigarrillos en el bolsillo de la bata y le ofreció uno a Keller, que lo rechazó. Después, se dejó caer en una butaca y se pasó la mano por el pelo desordenado. Encendió un cigarrillo y dio dos ávidas pitadas. Tosió, como era de esperar, mientras Keller se impacientaba.

–Bueno, tengo entendido que no vive solo de los autos que vende, eso es solo una fachada respetable. Se dice que está vinculado al contrabando a través de las fronteras paraguaya y brasilera. Whisky importado, cigarrillos, radios portátiles y alguna otra cosita, como por ejemplo droga. También se ventila que es socio de una financiera. En fin, son comentarios y además nunca le probaron nada, aunque más de una vez tuvo que pasar por un juzgado. Pero se sabe que es un tipo turbio que suele andar armado.

Keller se sentó, porque lo que acababa de oír le había quitado la urgencia.

–¿Y vos cómo sabés eso?

–Cuñado, en el hipódromo todo se sabe. Delaso suele ir a algunas reuniones, incluso tuvo o tiene caballos. Además, yo lo conocí hace años, cuando todavía no era nadie y vendía lotes del balneario Marindia. Desde entonces progresó mucho. ¿Qué pasa? ¿Lo conociste? ¿Qué hiciste con el dato que te conseguí?

–No hice nada, no te preocupes. Tenemos una amiga común y solo quiero saber. ¿Tiene plata?

Parnell tiró la colilla al piso y la aplastó con la suela de la pantufla, pese a que tenía un cenicero sobre la mesa ratona.

–Todo lo que hace apunta a eso, ¿no?

–¿Pensás que mucha?

–Se dice que no confía en los bancos o a lo mejor no los necesita. No pide préstamos, no maneja cheques. Pero quizá sean habladurías. ¿Para qué te sirve saber eso? Me estás preocupando, cuñado. ¿Quién es esa amiga común?

–No es nadie, olvidate.

–¿Andás en algo raro, vos? Me asombraría.

–Lo más raro que hago es venir a verte, Edmundo. Me voy, seguí durmiendo. Gracias por los datos.

No era poco lo que había averiguado sobre Delaso, pensó Keller mientras caminaba por 25 de Mayo hacia el este. Volvió a pasar ante El Palacio del Libro, pero esta vez no se detuvo a preguntar si tenían alguna novela de Ned Ballinger. Estuvo tentado de doblar por Juan Carlos Gómez hacia el sur y llegar hasta la confitería La Alhambra, pero prefirió no hacerlo.

Su mente no cesaba de repasar los hechos de la víspera para medir exactamente el riesgo vivido, primero en el Sorocabana y más tarde en el apartamento de Zoraida. En ambos sitios, Delaso había estado al acecho luego de que él lo provocara. La mayoría de las veces nos arriesgamos porque ignoramos, se dijo y apuró su paso. Necesitaba llegar al bar Le Toucan del edificio Ciudadela y leer el diario *La Mañana* que habría de comprar en el puesto de Juncal y Sarandí. Quería comprobar si la información consignada en la edición de *El Diario* había sido recogida en la página de policiales del matutino. Ambos pertenecían a la misma empresa, la Sociedad Editora Uruguay, pero no necesariamente compartían el mismo criterio informativo. *La Mañana* solía mostrar un estilo más conservador y menos amarillista en sus crónicas sobre crímenes.

Ya en Le Toucan, Keller eligió una mesa exterior cercana al pasaje de la galería y pidió un café en vaso. Mientras lo esperaba hojeó la edición de *La Mañana*. ¿Le seguirían ellos también las pisadas a Dolce?

Para su sorpresa, el matutino reproducía un reportaje al comisario Alejandro Romero, jerarca del Departamento de Inteligencia y Enlace. En él, Romero hablaba sobre un tema que hacía tiempo lo preocupaba y que aparentemente nadie más que él en la policía se tomaba en serio. Enumeraba hechos delictivos: “19 de abril de 1964: hurto de material explosivo en Cerro Blanco; 20 de abril de 1964: hurto de 5 rifles, 6 revólveres y 1000 proyectiles a la firma Ribel S.A. de Minas; 25 de abril de 1964: hurto de 540 kg. de explosivos a la Compañía Nacional de Cemento próxima a Pan de Azúcar”. A ello le sumaba el hurto en el Club de Tiro Suizo de Nueva Helvecia el 31 de julio del año anterior: 33 fusiles y 3770 proyectiles. Para Romero, estos delitos, cometidos en secuencia, no eran aislados ni menores. “No se roba media tonelada de explosivos para detonarlos la noche de San Juan. Para mí estos robos tienen una finalidad que puede ser política”, comentaba.

Por fin, el reportero le preguntaba sobre los asesinatos adjudicados al misterioso Milo Epstein y si era posible que estuvieran vinculados a una venganza sobre un grupo que comerciaba con

pornografía. El policía admitía que se estaba trabajando en esa hipótesis, que a su juicio era firme. Se procuraba identificar a las personas fotografiadas y a partir de allí investigar a familiares y allegados que pudieran haberse vinculado al ejecutor de los crímenes o incluso que uno de ellos fuese el autor.

El último comentario del comisario era decisivo para Keller:

“Esto nos cambia por completo el eje de la investigación, pero también es posible que ese hombre que llamamos Epstein deje de matar porque, aparentemente, ya cumplió con su misión”.

Keller pagó el café y se fue de Le Toucan dejando el ejemplar de *La Mañana* sobre la mesa. No le interesaba leer más sobre Epstein y le pareció que las declaraciones de Romero avalaban de alguna manera lo que *El Diario* había publicado la víspera. Por un lado sentía alivio y por otro la decepción de que un detalle fortuito incidiera de manera tan decisiva en una investigación criminal. No sabía si eso era producto del azar o del cansancio de los investigadores que, hartos de darle vueltas a un asunto que no podían resolver, se aferraban al detalle de un negativo y al reconocimiento de una cara que terminaba por darle un sentido a todo lo que antes no lo tenía.

Pensó en el inspector Tomasa, que tan cerca estaba de la verdad, contemplando las fotos impresas hasta descubrir el rostro –junto con el resto del cuerpo posiblemente desnudo– de Javier Brentano, en medio de una orgía con niñas adolescentes y eso le bastó para entender la figura, la trama en el tapiz que hasta ese momento no había podido ver. El ludópata y visitante habitual del Casino no debía dinero ni tenía que levantar ningún pagaré: lo habían matado por participar de juegos perversos que Moreira fotografiaba y Olavarría vendía. Y era evidente que el negocio se sustentaba no en lo mostrado sino en el material humano que ofrecía. No se trataba de las obvias y burdas imágenes que libritos mal impresos solían reproducir para el consumo de adolescentes o viejos babosos. La diferencia estaba en las ninfas que aparecían en las fotos, seguramente unas colegialas engañadas, seducidas y luego pervertidas por... ¿Cómo no lo había visto antes? –se preguntó Keller–. Ese crápula de Brentano, qué duda cabía. Era un material distinto por el cual se pagaba bien en el sórdido mercado en el que era ofrecido.

Keller se detuvo en el cruce de Colonia y Convención, justo en la esquina de la confitería Oro del Rhin. Un relámpago cegador iluminó su mente: Beatriz podría haber sido víctima de la corrupción de Brentano, años antes, cuando todavía era menor. Él nada sabía sobre ese vínculo, en el pasado. Ignoraba cuándo se habían conocido y dónde, pero tal vez su vecina había formado parte de la turbia cosecha de un abusador de menores. El agobio paralizó a Keller, porque de inmediato otro pensamiento lo asaltó. Recordó que, según Estela, la viuda de Moreira, en algunas de las fotografías que había encontrado en el atillo se veían animales.

Parado junto al mostrador del bar The Manchester, Keller apuró dos ginebras en menos de cinco minutos. De pronto necesitó el alcohol como un dipsómano que sale de una abstinencia obligada. Las copas lo sacaron del ensimismamiento y parecieron aclararle la mente. Tenía que dejar de especular sobre hechos recientes o del pasado y las interpretaciones erróneas que estaba haciendo la policía. Lo que de verdad importaba era que, de acuerdo con lo que había leído en la prensa, por el momento él estaba a salvo de sospechas. Pero eso no implicaba abandonar sus planes inmediatos, cuya ejecución había empezado esa mañana con la visita a su cuñado.

Los datos recabados sobre Delaso eran elocuentes: se trataba de un hombre poderoso y siniestro, además de violento. Pero le faltaba saber lo principal: ¿cuál era su vínculo verdadero con Zoraida? Por lo que había dicho en el apartamento –pese a que estaba amenazándolo, Keller podía recordar cada palabra que había pronunciado–, se sentía dueño de Zoraida, el hombre que la había creado y hasta dado el nombre como modelo. ¿Qué podía significar eso?

Quizá Laverdière y su saber enciclopédico sobre el mundo de la publicidad podían aclararle las dudas, pero regresar al estudio del fotógrafo para seguir indagando sobre la modelo de ODORONO sería un trámite sospechoso. Con lo que le había dicho, estaba cumplido. Entonces Keller recordó que un tiempo atrás, la revista *TV Guía* había publicado un número extraordinario con pequeñas biografías de las estrellas de la televisión acompañadas de una foto. Era probable que la de Zoraida estuviese incluida. Sabía de ese número porque un cliente de la agencia –los televisores Stromberg-Carlson– había publicado un aviso en la contratapa. Necesitaba conseguir esa revista que, si hubiera tenido televisor, con seguridad habría comprado.

En 18 de Julio subió a un ómnibus que iba en dirección al Obelisco, ubicado al final de la avenida. Viajó de pie, rodeado de personas que por suerte no conocía, porque lo último que habría querido era obligarse a hablar con alguien. Un vendedor que subió en la parada siguiente intentó venderle curitas o peines, argumentando que esos artículos no debían faltar “en la cartera de la dama o el bolsillo del caballero”. Por supuesto que no le compró.

Diez minutos después descendió frente a la Facultad de Derecho, en la esquina de Tristán Narvaja. En esa calle había librerías que vendían revistas y libros usados. Tal vez en una podría encontrar el número atrasado de *TV Guía*. Tendría que superar el desprecio y la indiferencia que sentía por el mundo de la televisión.

La revista tenía en la tapa una caricatura –firmada por Galeandro– de quien en ese momento era uno de los locutores más populares de la televisión: el argentino Carlos del Valle, un hombre bajo y tan grueso como para que lo apodaran “el gordo”, que usaba bigotes finos y unos lentes que le conferían un aire serio e intelectual pese a la facilidad para sonreír y la simpatía que lo caracterizaban. Su fama se basaba en la naturalidad con la que podía comer succulentos postres en cámara, hablando en vivo sin equivocarse y manteniendo el aire glotón. Todo eso era lo que Keller no soportaba de la pantalla bicromática: sus cabezas parlantes y lo banal de sus argumentos y eslóganes, pese a los numerosos anuncios que había redactado cuando trabajaba en la agencia de publicidad.

Mientras esperaba que se cocinaran los huevos duros y el arroz, buscó en la revista los datos de Zoraida, en una extensa nómina ordenada alfabéticamente. Como era previsible, ubicó la inicial de su nombre artístico en la última página, donde la breve biografía estaba acompañada de una pequeña foto, en versión rubia. El texto decía:

“*Zoraida* (Mabel Ferrando): Nació hace 25 años en Montecoral, departamento de Florida. Integra el equipo del programa *Chez Elles* que se emite por Saeta. Desde muy joven, su belleza y versatilidad la convirtieron en una modelo habitual de las pasarelas nacionales. En 1959, se coronó Miss Atlántida y al año siguiente fue primera princesa del certamen Reina del Carnaval. Ha participado en varias campañas publicitarias de importantes marcas de plaza. Es soltera, su hobby preferido es la equitación y ama los perfumes franceses”.

Qué escaso, pensó Keller, que había esperado saber un poco más sobre Zoraida de lo que contaban esas pocas líneas. Trató de imaginar cómo habrían sido esas líneas si se hubiesen referido solo a la mujer de Bonanza: tendrían un poco más de misterio.

Luego del almuerzo frugal, lavó la vajilla y la dejó escurriéndose sobre el fregadero. La revista quedó olvidada en la mesa de la cocina y la idea de saber más acerca de Zoraida dio paso a la decisión de conocer lo que ignoraba abordándola directamente. La atracción que sentía por ella era más poderosa que la aprensión que podían provocarle Delaso, su arma y su prepotencia. Pero, además, intuía que tenía que hacer algo por ella. De alguna manera era la misma situación que había vivido Murray Sullivan –el protagonista de *Asesino a sueldo*, la novela que tanto lo había cautivado unos meses atrás– antes de convertirse en Miles Epstein. Entonces, Sullivan trabajaba para el poderoso magnate de Beverly Hills que tenía una novia, Velma, a la que solía maltratar sin

miramientos. Un día lo hizo al borde de la piscina en presencia de Murray y este lo ahorcó con la cadenita de oro que llevaba al cuello y luego lo empujó a la piscina. Después huyeron con Velma de la finca, en el Packard del magnate, aunque la historia siguió de una manera que Keller prefería no imitar.

Era increíble cómo esa novela seguía influyendo en sus actos, pensó Keller, y cuán ejemplares podían ser las situaciones que para la mayoría de los lectores no pasaban de ser detalles de un argumento de novelita policial de clase B.

El impecable ambo azul, la camisa blanca, la corbata a bastones rojos y azules, los zapatos negros bien lustrados, el detalle del pañuelo de mano en el bolsillo superior del saco, el pelo un poco largo pero bien peinado con raya al costado y la frescura de la loción Aqua Velva sobre las mejillas recién afeitadas convertían a Keller en alguien muy distinto del que, por ejemplo, Beatriz había conocido. Cuando salió esa noche del apartamento y se encontró con su vecina, que llegaba desde la calle, lo comprobó. Traía con ella dos maletas de viaje. La joven lo escrutó de arriba abajo, sin poder reprimir un cierto asombro:

–Señor Keller, ¡qué elegancia!

Keller la miró con extrañeza y como si no mereciese lo que acababa de oír. Intentó tomar sus maletas para ayudarla.

–Permítame que la ayude, Beatriz –dijo, olvidando que ahora la tuteaba.

–No, deje, no es necesario... están vacías. Alicia me las prestó.

–¿Ya se mudó?

–No. Lo hará cuando regresemos.

Beatriz dejó las valijas junto a la puerta y sacó las llaves de su cartera.

–Cuándo viajan? –preguntó Keller.

Beatriz seguía observándolo como si hubiera estado disfrazado.

–Este sábado a mediodía. Vamos directo a París luego de hacer escala en Río –respondió ella y abrió la puerta del apartamento.

Keller sintió un vacío en el estómago.

–¿Alguna fiesta? –preguntó Beatriz, que no podía más de curiosidad por saber adónde iba su vecino tan bien vestido.

–Voy a celebrar. ¿Leyó la noticia? –prefirió seguir tratándola de usted, acaso porque el tuteo podía rebajar lo que luego diría, contaminarlo de su canallesca materia.

–¿Cuál noticia?

–La que me libera por fin de las infames sospechas del inspector Tomasa. Estoy seguro de que sabe de qué hablo: aquel muchacho que conocía, Brentano. Y los otros dos crápulas. Las fotografías, el negocio ese de la pornografía. No me diga que no se enteró.

Con la mano apoyada en el picaporte de la puerta entreabierta, Beatriz bajó la vista y sus mejillas enrojecieron. Desde ya que estaba enterada de todo, pero prefería disimular, no admitir la

vergüenza de haber estado relacionada con alguien como Brentano.

–Sí, estoy enterada, claro. Cómo no estarlo –dijo por fin.

–Perdone que se lo haya mencionado, pero usted llegó a dudar de mí, ¿verdad? Ni siquiera se disculpó después, cuando era obvio que yo no tenía nada que ver con la acusación de Tomasa. Supongo que ahora, cuando todo ese asunto parece estar aclarándose, esa absurda sospecha habrá desaparecido. Eso es lo que voy a celebrar.

–Es cierto, estuve muy confundida. Pero debió ponerse en mi lugar. Ahora no tengo nada que decir. Es tarde. Voy a entrar y usted estaba saliendo, no quiero demorarlo en su festejo.

Keller percibió la ironía del comentario final.

–¿Adónde va a celebrar? –quiso saber Beatriz.

–A un sitio con música, bebidas y mujeres que no se confunden jamás. Que tenga buen viaje si no nos vemos –dijo Keller, sin disimular su fastidio.

Iba a dirigirse hacia la escalera, pero Beatriz se lo impidió, tomándolo del brazo.

–Me gustaría que nos despidiéramos antes del sábado.

La propuesta lo tomó por sorpresa. Había algo insinuante en el modo en que lo dijo, como si de pronto Beatriz hubiera dejado atrás sus maneras siempre contenidas y recatadas. Había hablado como una mujer que sabía seducir y desafiar.

–¿Sí? ¿Qué propone?

–Esto no tiene nada que ver con lo que pasó hace días, pero necesito que hagamos las paces.

–No estamos peleados, Beatriz. Lo del otro día fue un impulso. De mi parte, muy auténtico.

–Me dijo cosas hirientes.

–Tal vez las merecía. Olvídelas. Quiero que sea feliz. ¿Despedirnos? No dramatice, es solo un viaje y usted va a regresar. Yo seguiré aquí, como siempre.

–Me pareció que estaba celoso.

–¿Celoso? ¿De quién?

–De mi amiga. Creo que no entiende bien mi relación con Alicia. Ella no me domina, como usted piensa. Nadie puede dominarme, quiero que lo sepa.

Keller sonrió, acaso porque no creía en lo que acababa de escuchar. Todo el viaje, hasta las valijas, las controla Alicia, pensó, y con un rápido movimiento atrajo a Beatriz con sus brazos. Acercó su cara a la de ella para besarla, pero la joven se apartó y bajó la cabeza.

–¡Déjeme, por favor!

Keller la dejó. Se miraron en silencio. Beatriz tenía el rostro encendido y temblaba. Entró al apartamento y luego cerró la puerta con llave.

Tras permanecer unos instantes inmóvil y dudando, Keller se ajustó el nudo de la corbata y miró la puerta cerrada. Después se encaminó hacia la escalera y fue descendiendo sin apuro. Ya en el vestíbulo de la entrada se encontró con Hernández, el vecino de piso, que llegaba. También a él le llamó la atención la elegancia de Keller. Sosteniendo abierta la puerta del edificio se apartó para

dejarlo salir.

–¡Qué pinta, vecino! –dijo, genuinamente admirado.

–Gracias a Ovalle –repuso Keller con una sonrisa, aludiendo a la conocida sastrería.

Hernández asintió mientras su vecino se alejaba rumbo a la Avenida Gonzalo Ramírez.

Keller llegó a Bonanza cuando faltaba poco para la medianoche. Había ido con la esperanza de encontrar a Zoraida y poder hablarle de los proyectos que tenía con ella. Sabía que el lugar no era el mejor para que conversaran, pero necesitaba verla y recuperar el vínculo que Delaso había interrumpido con su prepotente intervención. También sabía que era un impulso arriesgado el que lo había llevado hasta allí, pero no tenía otra alternativa.

El lugar se veía bastante concurrido ese jueves y todas las mesas estaban ocupadas, según le informó el portero que sin duda lo reconoció porque Keller había ido vestido igual que la vez anterior. Luego de bajar la escalera, ingresó y atravesó la pista de baile contoneándose, entre las parejas, con fingido aplomo, hasta sentarse en uno de los taburetes altos de la barra. Seguía sintiéndose un extraño en el lugar y hacía todo lo posible por no parecerlo.

Desde la barra, miró con disimulo el entorno procurando saber si Zoraida estaba en una de las mesas, pero no la vio. Pidió otra vez un Dewar's y trató de mimetizarse con el ambiente, ser un solitario que tomaba su copa y esperaba, tal vez a una mujer o simplemente que el hielo de su whisky fuera derritiéndose. El barman pareció captar su espera.

–¿Necesita una mesa?

–No. Estoy bien así.

–Estuvo antes, ¿verdad? Digo, hace un par de días...

–Veo que es fisonomista.

–¿Viene solo?

–Espero a alguien.

El barman asintió con una mirada cómplice. Se dispuso a atender a alguien que acababa de llegar. Un hombre rubio, de aspecto extranjero que solicitó un *Cuba libre*. Keller dio un sorbo a su whisky y se sintió un poco menos evidente. Todavía pensaba en el encuentro con Beatriz y en el beso que no pudo darle. Tal vez, la distancia del futuro viaje marcaría una tregua para que pudiera olvidarla de veras. Incluso podría mudarse a otro edificio y dejar atrás esa curiosa relación que nunca habría de concretarse. Pero, en todo caso, a partir del sábado tendría más de un mes por delante para resolver qué hacer.

Tomó el primer whisky, luego un segundo y Zoraida no llegaba. Keller no sabía si la modelo era habitué del lugar, pero preguntárselo al barman no era una buena idea. Ese hombre parecía un radar humano que captaba todo lo que ocurría en su barra y tenía una memoria asombrosa para

retener rostros, actitudes y conversaciones.

Pagó y se dispuso a salir.

Cuando giró el asiento para bajarse del taburete se encontró cara a cara con el inspector Tomasa. Por la manera en que iba vestido no parecía estar de servicio y el traje oscuro y la corbata resultaban tan extraños en él como si tuviera puesto un traje de hombre rana. Tomasa lo miró y tardó un segundo en reconocerlo, porque con seguridad se descolocó ante el porte de Keller y su aire nocturno y mundano.

–Pero miren a quién tenemos aquí –dijo sin disimular su sorpresa, mirando a Keller de arriba abajo como antes lo habían hecho Beatriz y luego Hernández–. ¿Ya se va? –preguntó con cierta insolencia.

–Estaba saliendo, sí –repuso Keller, mirando por encima del hombro de Tomasa.

–¿Y por qué no se queda y tomamos una copa? ¿Está muy apurado? ¿Tiene otro compromiso?

–¿Es una invitación oficial? ¿Está de servicio? –Las preguntas del policía fueron devueltas por Keller con las suyas, las primeras que se le ocurrieron. Estaba claro que Tomasa no venía por trabajo, a esa hora y a ese lugar.

–No, es solo por el gusto de invitarlo, si no lo toma a mal.

–Es que ya me iba y las copas que tomé son suficientes. A lo mejor otro día.

–Deme el gusto de invitarlo, amigo Keller.

–No soy su amigo, inspector. Además, no tenemos mucho de qué hablar. Creía que mi último encuentro con el comisario Romero había aclarado todo.

–Supongo que sí. Este encuentro es casual y si usted acepta, solo social. Tal vez le interese enterarse de asuntos que lo benefician.

–En ese caso, volveríamos a lo oficial, inspector. Si se refiere a lo que publicó la prensa, ya lo leí.

–Lo que se publicó es solo una parte de lo que sabemos.

–¿Y por qué quiere que yo sepa más?

–Si me acompaña a un privado se lo explico.

–¿Otra vez va a acusarme de algo?

–Le doy mi palabra de que no. Nos equivocamos con usted.

–Pero entonces este encuentro sí será oficial.

–Escuche: la última persona que pensaba encontrar aquí es usted. Vine a tomar unas copas y a distraerme. Pero ahora que lo veo no vale la pena que desaproveche la casualidad. ¿Ve? Otra más. Por supuesto que si lo desea puede irse. No voy a impedirselo, claro. Reconozco que la última vez que nos vimos se me fue la mano. Mi invitación también es una manera de disculparme. ¿Quiere que me humille más?

El “privado” era en realidad un cuarto ubicado detrás de la barra, en el que había dos mesas redondas dispuestas para seis personas cada una. Tenían manteles blancos, unas veladoras con pantalla de pergamino que arrojaban una luz amarillenta y pequeños platos en los que podía servirse alguna vitualla para acompañar los tragos. Contra una de las paredes había una *chaise longue* tapizada en brocato color rojo y sobre ella un cuadro que reproducía una escena oriental con odaliscas reclinadas en torno a un tigre que parecía dormir.

Tomasa entró al privado sin anunciarse ni pedirlo, como si se tratara de su oficina. Solo le hizo una seña al barman para que le mandase un par de Dewar’s con hielo. Todavía sorprendido del encuentro con el policía, Keller lo siguió. Se sentaron a una de las mesas y enseguida entró un camarero con una bandeja y dos vasos rebosantes de whisky. Tomasa agradeció y el empleado se retiró de inmediato. Ya a solas, el policía fue directo al grano:

–Como le dije, lo que los diarios publicaron es solo una parte de lo que sabemos. La tesis del negocio de la pornografía es correcta y muy probable que el móvil que relaciona los tres asesinatos sea una venganza. Es verdad también que el cambio en el eje de la investigación se produce cuando descubrimos a Brentano en las fotografías cuyos negativos nos facilitó la viuda de Moreira. El dato de que su marido y Olavarría se conocían también fue fundamental. Pero claro, seguimos sin saber quién es ese supuesto asesino que se hace llamar Milo Epstein. Todo indicaría que es alguien vinculado a las víctimas del negocio, a alguna de las jóvenes retratadas. Es una línea de investigación que estamos desarrollando: tratar de identificar a las chicas e indagar entre sus padres, parientes directos, novios o amigos. Hasta ahora no hemos podido reconocer a ninguna. Eso lo deja a usted afuera, por más que las coincidencias que ya sabemos me sigan pareciendo raras, inexplicables. Pero por ahora, zafa.

Lo último que dijo Tomasa puso a Keller en alerta. Era una amenaza. Dio un sorbo a su whisky mientras Tomasa dejaba al suyo intocado. Pero los dos vasos previos le daban un impulso audaz que de otra manera no habría a florado. Tomasa era, a su manera, un perverso que jugaba con su ansiedad, incluso si el encuentro hubiera sido casual.

–Si sigue sospechando de mí, ¿por qué me cuenta todo esto? Sinceramente, no lo entiendo.

–Digamos que puede ser mi aliado. Si encontramos al criminal, usted queda descartado como sospechoso. ¿Entiende?

–¿Su aliado? ¿Cómo?

–Nos interesa volver a interrogar a su vecina. La conexión de Brentano con el negocio de la pornografía hace que nos preocupemos por las mujeres que conocía. Beatriz Marini es una de ellas, la otra es Graciela Béliz, que se supone era amante de Brentano en el momento en que lo asesinaron. Quizá ellas sabían o sospechaban algo relacionado con las fotos. De hecho, vamos a solicitarles a los padres de Brentano que nos permitan revisar en su dormitorio para buscar algún indicio: fotos, negativos, algún papel, en fin, lo que sea. Pero, créame: ahora lo necesito de veras de mi lado.

–No comprendo cómo puedo ayudarlo en esto.

–Hay algo que todavía no le conté.

Tomasa encendió un cigarrillo pero no le ofreció a Keller. Tras la primera pitada dio un sorbo a su whisky y esperó que lo último que había dicho se asentara en la mente de su interlocutor como una promesa consistente y tentadora.

–Dígame que esto no es una zancadilla, que no están siguiéndome, que vino aquí a tomar unos tragos –dijo Keller.

–Le doy mi palabra. Esto no es oficial y, como ya le dije, podemos terminar la conversación aquí. ¿Quiere que siga ?

El inspector era hábil para manejar el suspenso y sin la vis agresiva hasta podía ser amable.

–Está bien, siga –dijo Keller, incapaz de contener su curiosidad.

Tomasa sonrió y dio otro sorbo a su whisky. Después contó:

–Hace unos meses, cuando investigaba el primer crimen, el de Brentano, y luego de interrogar a su vecina, aquel día que usted la acompañó a Jefatura, necesité saber algo más sobre la rutina y la fauna del edificio Valencia, por lo cual fui a verlo a su administrador, un señor Astengo, ¿lo ubica?

–Sí, él me alquiló mi apartamento –dijo Keller y recordó su última conversación con Luter Astengo, el gordo y vulgar administrador de propiedades con el cual había firmado el contrato de alquiler. En una segunda visita a su oficina, Keller pudo averiguar que el apartamento 304 pertenecía a los padres de Beatriz y que, desde que habían muerto ahogados en la tragedia del Ciudad de Buenos Aires, se había vaciado y permanecido deshabitado los años siguientes a 1957. A ese apartamento, una noche habían entrado de manera furtiva Beatriz y Javier Brentano y Keller los había visto. Ahora, el desagradable Astengo regresaba mentado por Tomasa.

–Astengo me dio detalles sobre Beatriz, el accidente en el que murieron sus padres, su tío político y la vida posterior de la chica con su tía, que sobrevivió al naufragio. Supongo que conoce esa historia.

–La conozco porque Beatriz me la contó.

–¿Le habló de Ricardo Villa, el esposo de la tía cuyo cadáver nunca apareció?

Al escuchar la pregunta, Keller palideció, pero la anémica luz de la veladora hizo que no se notara. De pronto empezaron a sudarle las manos.

–En realidad, de él me habló la tía, que falleció hace unos meses. Tengo entendido, por lo que me dijo, que nunca creyó en su muerte. Me parece que esperaba que un día regresara –dijo Keller

y sintió que pisaba un territorio cenagoso, incierto.

–A mí me enteró Astengo sobre esa historia y esa espera –comentó Tomasa–. Mire este dato: tras hablarme de esa familia y su tragedia, Astengo me confió que el mes anterior lo había llamado un hombre que no se había dado a conocer para preguntarle si Helena Sordi y su sobrina seguían viviendo en el apartamento 302 del Valencia. Él le dijo que tenía entendido que sí. Cuando quiso saber quién hablaba, el hombre colgó. A Astengo le extrañó ese llamado, pero como no se repitió, dejó de preocuparse. Yo no le había dicho nada sobre el vínculo de Beatriz con Brentano y mis preguntas apuntaban a una investigación de rutina sobre la que no le di detalles. Pero este hombre resultó muy cooperador y enterado. En nuestra jerga, un buchón, un batidor. Reconozco que en ese momento ese dato del llamado no me pareció relevante. Aun así, lo anoté en mi libreta. También había anotado el nombre del tipo desaparecido: Ricardo Villa. ¿Adónde quiero llegar con todo esto? Si le creo a Astengo y la pregunta que el desconocido le hizo es la que él mencionó, puedo especular con la posibilidad de que el que llamó fuera ese Villa, que no había muerto. Claro que en ese momento esa idea no tenía nada que ver con lo que buscaba. Entonces se destapa todo este asunto de las fotos, por lo que volví a visitar al charlatán de Astengo.

Tomasa apuró su whisky antes de seguir. Keller no tocó más el suyo, porque necesitaba mantener su lucidez intacta para lo que el inspector agregase a su relato. De pronto le pareció estar en medio de una extraña pesadilla en la cual compartía una copa en el reservado de una *boîte* con el policía que lo había asediado en las últimas semanas. Todo le parecía irreal; antes que nada, la sobriedad con la que Tomasa había hecho el relato, como si se tratase de las anécdotas que dos camaradas que hace tiempo no se ven comparten en una noche de tragos. Aquel hombre agresivo e insolente que con sus subordinados había dado vuelta su apartamento en busca de pruebas –las de los asesinatos de Brentano y Moreira– le hablaba con educación y en un tono bajo que a Keller le pareció siniestro.

–Los muchachos del departamento fotográfico hicieron un trabajo notable con los negativos, hasta procesar uno que, tras varias ampliaciones en el papel, mostró el eslabón perdido en todo este lío. ¿Adivine qué? La mosquita muerta de su vecina aparece en una de las fotos. ¿Qué le había dicho yo? La guacha en bolas, posando como una modelo porno. Reconozco que hace un gesto como si hubiera pedido que no la sacaran o la hubieran sorprendido. No está sola, alguien asoma, una pierna, que no se sabe de quién es, hombre o mujer, qué más da. Pero es ella, capaz que con algún año menos, es decir, quizá era menor. ¿Se da cuenta? Allí estaba el detalle, el vínculo sórdido con ese muchacho, Brentano. Y con el fotógrafo Moreira. Y con el otro, el argentino del hotel. Entonces me acordé del comentario de Astengo, sobre el tipo que había llamado por teléfono. Lo visité de nuevo pero ya con una idea de lo que tenía que preguntarle: él sabía quién lo había llamado porque administra el edificio desde que se terminó de construir y conocía a la familia del naufragio y al hombre ese, Villa, que nunca apareció. Antes fui a la Biblioteca Nacional y revisé las colecciones de los diarios de la época del naufragio. Vi la foto de Villa, cuyo cadáver nunca apareció y pedí una copia en el Departamento de Identificación Civil para tener su cara de entonces o quizá de un poco antes. La foto publicada en los diarios era la de su cédula, cuyo número y demás datos estaban en la lista de pasajeros del barco. Al principio Astengo se hizo el desentendido, pero al final, cuando lo amenacé con mandarle los inspectores de Hacienda para que revisaran sus libros, admitió lo que yo ya sabía. Ese Villa estaba vivo y había regresado de quién sabe dónde. Le pidió a Astengo que no dijese nada a su mujer y a su sobrina, que él iba a encargarse de avisarles, pero antes quería saber cómo estaban, si vivían bien y todo eso. Casi enseguida, la mujer se muere y luego Brentano es asesinado. ¿Qué sabe usted sobre ese

Villa? ¿Alguna vez lo vio por el edificio?

Claro que lo había visto y hablado con él y hasta había imitado su letra en una carta para la sobrina. Pero lo más importante era que le había pegado un tiro en la cabeza en la puerta de su chalé de Parque del Plata. Después, lo había enterrado en el terreno de la casa, a diez metros de la cocina, entre pinos cuya pinocha utilizó para cubrir las huellas de la excavación. Era demasiado lo que Tomasa ignoraba sobre Ricardo Villa. Y, lo principal: que había regresado para recuperar no solo su apartamento, sino el vínculo con Beatriz. Sin embargo, Keller respondió:

—No, nunca lo vi.

—¿Y su vecina? ¿Le comentó algo sobre Villa?

—Mire, Tomasa, eso es asunto mío. No sé cómo quiere que colabore o sea su aliado en esto, pero conmigo no cuente. Lo que quiera saber sobre ese Villa averígüelo usted. Hay otros vecinos en el edificio que a lo mejor cooperan. Y si me permite, voy a retirarme. Gracias por el whisky.

Keller se incorporó y Tomasa lo miró con fastidio y desprecio, pero enseguida se recompuso.

—La voy a citar a la guacha para mostrarle la foto y que me cuente cómo y cuándo se la sacaron. Voy a preguntarle sobre ese tío regresado. Pero si usted colabora, no voy a mencionarlo más en la investigación. Usted la trata, seguro que la ve todos los días. Si me ayuda, va a evitarle a su vecina tener que ir a Jefatura y enfrentarse a un interrogatorio desagradable. Solo quiero saber si el tío la visitó y cuándo regresó. Usted puede ahorrarle un mal rato a esa chica.

En ese momento, Keller vio su oportunidad. Un arreglo con Tomasa era lo que necesitaba. Además, el tiempo corría a su favor porque en dos días, Beatriz viajaba. Tenía que evitar que el inspector la citase.

—Está bien, inspector, voy a colaborar, pero con una condición.

—¿Cuál? Lo escucho.

—No quiero que Beatriz se entere de la foto. Y no quiero que la cite para interrogarla sobre nada. Yo voy a hacer su trabajo y a preguntarle lo que quiere saber. Deme algunos días.

Tomasa asintió y le entregó una tarjeta personal.

—Cuando sepa algo, llámeme a este número. Cumpliré mi palabra, no la citaré si usted cumple con la suya.

Keller se guardó la tarjeta en un bolsillo del saco y salió del privado sin despedirse.

Tomasa es un hombre de corazonadas, pensó Keller mientras caminaba por Sarandí hacia la Puerta de la Ciudadela. De la misma manera que había recelado de él meses atrás y se había dedicado a asediarlo, haciéndolo seguir y provocándolo para que cometiera un error, ahora estaba convencido de que Ricardo Villa podía ser perfectamente el inasible Milo Epstein. Solo esa convicción explicaba el extraño arreglo que acababa de aceptar para transformar a un sospechoso en un soplón. Había descubierto el posible móvil que relacionaba los tres crímenes y necesitaba encontrar al criminal que encajara en su teoría de que habían sido cometidos por alguien que quiso vengar a las jóvenes víctimas de un turbio negocio de pornografía. Pero estaba esa foto cuya existencia había revelado Tomasa, la de Beatriz, y de solo imaginarla Keller se sentía arrasado por una sorda furia.

Por un lado, lo azoraba el descubrimiento de que Beatriz no era lo que él había creído: una joven signada por la tragedia y necesitada de protección de la cual se había enamorado. Por otro, su vínculo con Brentano y la posible colaboración en una actividad que violentaba esa imagen desvalida que había idolatrado la transformaban en otra persona, acaso en una desconocida. Pero esa constatación no lo empujaba a condenarla o a renunciar a protegerla. Era lo que acababa de hacer al aceptar el arreglo con Tomasa: ganar tiempo para que Beatriz se alejara poniendo un océano de por medio mientras él se encargaba de resolver de una vez por todas el desastre.

Ya tenía claro lo que iba a hacer ese día viernes, la víspera de la partida de Beatriz a Europa. No iba a preguntarle nada porque ya sabía todo lo que al inspector podía interesarle y a su debido tiempo se lo diría. Pero el arreglo le daba la chance de confirmarle a Tomasa su corazonada y llevarlo casi de la nariz a que descubriese por fin quién era Milo Epstein. Por eso agradecía haberlo encontrado en Bonanza y que le hubiese confiado sus avances en la investigación. Lo único que debía cuidar era no ser seguido por ningún subalterno del policía y confiar en que el horario de los trenes a Parque del Plata fuera el mismo de siempre.

En Juncal y Sarandí se detuvo y miró el perfil del edificio Ciudadela. Quizá también había sido una suerte que Zoraida no hubiera aparecido esa noche por la *boîte*. Ahora tenía asuntos más urgentes que atender y no iba a poder retomar por el momento el vínculo con la modelo. Estuvo unos minutos más, contemplando la mole del Ciudadela hasta que detuvo un taxi para hacerse conducir a su apartamento. La conversación con Tomasa lo había agotado y el whisky le trajo sueño. Necesitaba dormir y estar en forma para lo que le aguardaba en la tarde siguiente.

Al otro día, luego de permanecer toda la mañana en el apartamento y almorzar un poco de *corned beef* con arroz y huevos duros y comer dos manzanas de postre, Keller se preparó para la que sería su segunda excursión a Parque del Plata en pocas semanas. Se vistió con unos pantalones de pana gris, una campera de gabardina marrón y un rompevientos azul marino. También se puso los guantes que había usado en la faena de Olavarría, en el Alhambra. En un morral colocó envuelto en papel de diario el revólver 32 y la caja de balas, y dentro de una bolsa de plástico el sombrero, los lentes y el bigote falso que utilizaba cuando era Milo Epstein. También guardó una gorra de visera, la linterna y el retrato de Beatriz quinceañera que había rescatado de las pertenencias de Ricardo Villa encontradas en el chalé Adelaida.

A último momento, fue a su cuarto y tomó el libro de Ned Ballinger que estaba sobre la mesa de luz, *Asesino a sueldo*, su novela inspiradora. Tal vez fuese el factor que uniría todo para Tomasa. Lo guardó en el morral, junto con el ejemplar usado y subrayado por Salvador Morata de *Crimen y castigo*. Era un detalle que se le acababa de ocurrir. Antes de salir, tomó una navaja suiza que era de Leonardo y la guardó en el bolsillo de la campera. Por último, se anudó al cuello una bufanda de lana que le cubría parte del rostro.

Eran las cuatro menos cuarto de la tarde cuando salió del edificio Valencia y miró con disimulo a ambos lados de la calle para descubrir algún auto estacionado con el chofer al volante. Buscó a alguien que se moviera lento, como sin rumbo, o hiciera tiempo en las veredas, pero nada le llamó la atención. En la tarde fría se puso a caminar en dirección a Gonzalo Ramírez, mirando de vez en cuando por sobre su hombro para ver si lo seguían.

En una ferretería ubicada media cuadra antes de llegar a la avenida, compró un paquete de masilla para fijar vidrios. Después, detuvo un taxi y se hizo conducir a la Estación Central del Ferrocarril.

Quince minutos después se bajó delante de la entrada principal, custodiada por las estatuas de Stephenson, Watt, Volta y Papin, inventores vinculados a los trenes y a las máquinas de vapor. Las enormes figuras de metal lo impresionaban desde que, siendo un niño, viajaba con sus padres hasta la ciudad de Minas, para desde allí ir hasta Villa Serrana. También lo asombraba el enorme portal de la playa de maniobras y la gran entrada de las vías por donde llegaban o partían los trenes de pasajeros y se extendían los andenes.

Ya en el vestíbulo de la estación se dirigió a la boletería y sacó un pasaje para Parque del Plata

en el tren que partía a las 17.07 rumbo a Rocha. Era el mismo que había tomado la vez anterior, obligado por la circunstancia de tener que transportar una pala para poder enterrar al futuro cadáver de Ricardo Villa. Había llegado al balneario cuando estaba anocheciendo y caminado algunas cuadras con la pala en la mano hasta el chalé Adelaida, ubicado frente al arroyo Solís Chico. Hoy no necesitaba la pala, pero el viaje en tren le pareció más adecuado que el del ómnibus, que lo trasladaba por la ruta Interbalnearia y por tanto lo dejaba más lejos del chalé.

Cuando faltaban quince minutos para la partida, Keller se sentó en uno de los bancos del vestíbulo y con disimulo buscó en el entorno alguien que tuviera aspecto de estar siguiéndolo. Como ya sabía el número del andén del que partía el tren, decidió esperar hasta último momento para subirse al vagón de segunda clase en el que iba a viajar.

A esa hora, la estación estaba bastante concurrida porque había muchos pasajeros para los destinos de cercanía: personas que venían a la capital por trámites y luego regresaban a barrios como Peñarol, Sayago o un poco más lejos. Keller podía pasar por uno de esos viajeros que preferían la comodidad del tren a los lentos traslados en ómnibus, por lo general atestados de público y obligados a detenerse cada tres cuadras.

Mientras esperaba, repasó mentalmente su plan. Pudo recordar con claridad el chalé ubicado sobre la calle que bordeaba el arroyo, erigido en una parte alta del terreno. El lugar era solitario y por lo que había visto la vez anterior, no había otras casas en las cercanías: solo el bosque de pinos en los lotes que se sucedían sin nada que los diferenciase. Enseguida compuso mentalmente un plano de Adelaida y ubicó los ambientes y la distribución: después de matar a Villa y enterrarlo en el fondo del terreno, se había dedicado a limpiar toda posible huella de su presencia y a buscar los títulos de los apartamentos de la tía y los padres de Beatriz –el 302 y 304– que Villa había sustraído. También había recuperado la fotografía de Beatriz a los quince años que su tío se había llevado del apartamento –al que pudo entrar porque todavía conservaba su llave– y que esa tarde habría de dejar en el chalé. Iba a dejar otras cosas, claro. Esa era la parte más engorrosa del plan porque aportaba el detalle decisivo para engañar de una vez por todas a Tomasa.

El tren salió puntual y el viaje transcurrió con normalidad, salvo por la bulla de cuatro adolescentes que viajaban a Rocha y que iban munidos de una radio portátil en la cual escuchaban estridentes temas de música *beat*. Ese ritmo era furor en el mundo gracias al advenimiento del grupo The Beatles y sus émulos de Gran Bretaña y Estados Unidos. El aparato que los jóvenes llevaban se había impuesto algunos años antes con la invención del transistor y la pujanza de la industria japonesa que fabricaba radios diminutas alimentadas con pilas.

Keller los miró divertirse sin expresar gesto alguno, pero agradeciéndoles que ocupasen la atención de todo el vagón y lo dejaran a él, anónimo y difuso en un asiento del fondo. Pese a que el revisor les había pedido que apagasen la radio, no bien el funcionario siguió su recorrido por los vagones, la música volvió a sonar y a fastidiar a aquellos que no la disfrutaban.

Cuando llegaron a la estación Parque del Plata, más de cincuenta kilómetros después de la partida, Keller fue el único pasajero del vagón que descendió. Otras tres personas se bajaron de otro vagón: una pareja con un niño pequeño y un par de valijas. Keller esperó que el tren arrancase de nuevo y que la pareja con el niño abandonara el andén. Quería estar completamente seguro de que nadie lo había seguido desde Montevideo.

Sacó la gorra del morral y se la puso. Luego se cubrió la mitad de la cara con la bufanda. Esas eran las ventajas del invierno: poder ocultarse detrás de la ropa. Abandonó la estación en busca de la calle que bordeaba la costa del arroyo. Tal como la última vez, el balneario parecía deshabitado.

Las pocas casas que marginaban la calle estaban cerradas a cal y canto y el único sonido que se escuchaba era el trino de los pájaros que, en el atardecer, regresaban a sus nidos. Con paso firme y distendido, Keller se encaminó hacia la zona donde estaba Adelaida, como un paseante que recorre la ribera y se solaza con la calma de la hora. Con el sol ya oculto tras el bosque, el frío aumentaba pese a que no había viento. Pronto Keller dejó atrás el puente ferroviario y después de doblar por el recodo del camino de la ribera, divisó el chalet de Villa.

A la distancia le pareció que todo estaba como lo había dejado. Sin embargo, a medida que fue acercándose la aprensión lo ganó. ¿Y si todo era una trampa que le tendía Tomasa para hacerlo llegar hasta allí llevando las pruebas de sus crímenes? Quizá el inspector ya lo sabía todo sobre Villa porque el soplón Astengo le había revelado que el tío de Beatriz vivía en el chalé, y lo demás lo había averiguado con la propia sobrina. Tomasa le había dejado una suma de

presunciones para que él pensase que por fin aparecía un culpable y no era él. Tal vez el comisario Romero estuviese al tanto del ardid y los dos lo esperaran ahora, ocultos en el bosque, para sorprenderlo.

A veinte metros del chalé, Keller se detuvo. Tenía que serenarse. Lo que pensaba era absurdo: Tomasa no podía ser tan sagaz.

A lo lejos vio que un automóvil con las luces largas encendidas avanzaba por el camino de la costa. Con rapidez, Keller salió de la calle y se metió en el bosque para ocultarse. El automóvil enlenteció su marcha. Era un Volkswagen color crema que se estacionó justo delante del chalé. Manejaba un hombre y a su lado iba una mujer. A la luz menguante de la hora, era imposible distinguir la edad de la pareja. Las luces del automóvil le impedían ver bien lo que sucedía en el habitáculo.

Apretado contra un tronco, a Keller le pareció que discutían, aunque no podía oír qué decían. El hombre gesticulaba y golpeaba con sus manos el volante del auto. La mujer hablaba, pero no miraba al hombre y no se movía del asiento. Así estuvieron por un tiempo que Keller no pudo precisar. Por momentos, la voz del hombre se escuchaba, airada y monótona.

La portezuela del conductor se abrió con violencia y el hombre bajó. Era un individuo delgado y vestido de traje. Llevaba corbata y camisa clara. No era joven, o su calvicie le daba cierta edad. Encendió un cigarrillo y cerró la portezuela. La mujer permaneció en el auto. El hombre dio unas pitadas y se encaminó hacia el arroyo, atravesando el pastizal de la ribera. Keller lo siguió con la mirada y se apretó más contra el árbol. Estaba transpirando. La noche ya casi había llegado y el resplandor final del ocaso detrás del bosque se había extinguido. La mujer permaneció en el auto, inmóvil.

Después de largos minutos en los que Keller estuvo paralizado y atento a la escena, el hombre regresó desde el arroyo. La mujer se bajó del auto y salió a su encuentro. Las luces del auto la iluminaron. Era joven y llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Vestía un tapado amplio y oscuro. Se encontraron y se abrazaron. Él le dijo que le diera tiempo, que todo iba a solucionarse, pero ella le recriminó algo que Keller no pudo oír. El hombre entonces la apartó y le pegó en la cara con la mano abierta. La joven trastabilló y el calvo la sacudió por los hombros y volvió a golpearla. Al fin pudo verlos a ambos con todo detalle. A Keller le pareció inaudito que otra vez estuviese viendo a un calvo pegándole a una mujer.

Tomándose la cara y llorando, la joven corrió por la calle de balastro en dirección al puente del ferrocarril. El hombre le gritó que regresara: Susana, gritó tres, cuatro veces, pero no la siguió. La joven continuó corriendo y Keller vio cómo se perdía en la oscuridad.

El hombre se subió al automóvil, encendió el motor y arrancó, dobló en semicírculo a la izquierda para regresar por donde había venido.

La deja ir, pensó Keller, mientras el automóvil se alejaba hacia la ruta Interbalnearia. Recostado en el árbol pero ya sin ocultarse, esperó varios minutos que la mujer o el auto

regresaran.

Por fin, salió de su escondite y se dirigió al chalet.

Lo que acababa de presenciar desconcentró a Keller y cuando llegó a Adelaida, trató de recuperar la sangre fría para focalizarse en lo que tenía que hacer allí: entrar al chalé por la puerta trasera que daba a la cocina y, una vez adentro, “plantar” las pruebas para que Tomasa pensara que Ricardo Villa era Milo Epstein. Esa idea, por lo que habían hablado en el reservado de Bonanza, ya estaba en la mente del policía y lo único que se necesitaba para hacerla verdadera eran elementos materiales que la sustentasen.

Lo primero que hizo fue ir a la parte trasera de la casa y ver el sitio donde había enterrado el cadáver de Villa. Ayudado por la linterna inspeccionó el terreno y comprobó que todo estaba como lo había dejado y que la capa de pinocha que echara por encima del sitio excavado se había acrecentado por la caída natural desde los árboles. En apariencia, nadie había pasado por allí en todos esos días y el lugar lucía tal como él lo había preparado. No obstante, buscó algunas ramas y las colocó sobre la pinocha para disimular aún más el sitio en el que había excavado.

Mirando en torno para detectar movimientos o luces en las cercanías, Keller se encaminó otra vez hacia la casa. Se lamentó de haber arrojado a las aguas del arroyo, la vez anterior, las llaves y la billetera del tío de Beatriz. Ambas le hubieran servido ahora para sus propósitos, pero lo hecho no tenía vuelta atrás y tendría que ingeniárselas para forzar la puerta de la cocina y entrar a la casa.

La puerta era de madera y tenía en la mitad superior vidrios esmerilados dispuestos en una estructura de marcos en cuadrícula y fijados con masilla. No tenía cerradura y por lo que podía recordar Keller, se cerraba desde adentro con un pasador de hierro. Para abrirla, debía quitar uno de los vidrios, meter la mano y correr el pasador.

Con la navaja empezó a aflojar un contramarco y luego a raspar y quitar la masilla. Después hizo lo propio con los otros tres lados hasta que, con mucho cuidado, movió el vidrio para sacarlo. El trabajo le insumió unos diez minutos de paciente trabajo a la luz de la linterna. Por fin pudo introducir la mano a través del hueco dejado por el vidrio y mover el pasador. Abrió la puerta y entró en la casa.

Dejó el vidrio recién quitado y el morral sobre la mesada de la cocina. La casa olía a encierro y a frío. Tras reflexionar algunos momentos, Keller sacó del morral los lentes, el bigote falso con su frasquito de pegamento y el sombrero y se dirigió hacia el baño. Allí encendió la luz y abrió la puerta con espejo del botiquín que había sobre el lavatorio. Colocó los lentes sobre uno de los

estantes y el bigote y el pegamento, en otro. Era lógico que estuvieran allí, porque Milo Epstein se los ponía delante del espejo. Antes de cerrar la puerta del botiquín tomó los lentes con su mano enguantada y sacó el pañuelo del bolsillo para pasárselo y quitar toda posible huella dactilar.

Colgó el sombrero en un perchero adosado a las baldosas del baño, junto al botiquín. En él todavía estaban la navaja con la que Villa se afeitaba, la brocha y el pote con jabón de rasurar. Había también un frasco de desinfectante Espadol y una loción Dr. Selby. Keller pensó que sobre todos esos objetos estaban las huellas de los dedos de Villa.

Apagó la luz del baño y guiándose con la linterna volvió a la cocina, y del morral sacó el envoltorio de diario con el revólver 32, el que había utilizado para ultimar a cinco personas en pocas semanas. El Smith & Wesson no tenía números de serie porque se los había limado uno por uno antes de la faena en el hotel, en la que le disparó a la cabeza de Olavarría a través de una almohada. Esa precaución que tuvo entonces le venía ahora de perlas. Era el arma que Tomasa necesitaba encontrar para luego examinarla, cotejar las balas extraídas de los cuerpos asesinados y comprobar –luego de disparar las tres balas que todavía quedaban en el tambor– que era la misma con la que habían matado a Brentano, Moreira y Olavarría.

El lugar más lógico para guardar el revólver era la mesa de luz del cuarto en el que había dormido Villa. Entró alumbrándose con la linterna y abrió el cajón de la mesita. No había nada en él. Limpió con un pañuelo posibles huellas suyas que hubieran quedado en el arma y la dejó en el cajón junto con la caja de balas, que también limpió con el pañuelo. Solo le faltaba pensar dónde colocaría la foto y los dos libros.

En ese momento escuchó el sonido inconfundible del motor de un Volkswagen que pasaba frente a la casa. Vio el resplandor de sus luces deslizarse por los intersticios de la persiana cerrada. Por un momento se paralizó, pero el sonido se fue perdiendo en la noche. Supuso que era el calvo que regresaba para buscar a Susana.

Cerró el cajón y volvió a la cocina. Sacó del morral la fotografía de Beatriz y a la luz de la linterna la miró. La apoyó en la mesada y le pasó el pañuelo para borrar sus huellas. Fue hasta el estar y dejó la foto apoyada en la repisa sobre la boca de la estufa de leña. Era un buen lugar porque hacía visible la imagen apenas se entraba a la casa. Alumbró y miró la foto por última vez.

Buscó en el estar y vio otra repisa con estantes y una vitrina cristallero. En los estantes había unos libros alineados. Alumbró sus lomos; algunos eran historias policiales de la Colección Séptimo Círculo: Vera Caspary, Burnett, Dickson Carr, Nicholas Blake... También había novelitas de cowboys: Clark Carrados, Zane Grey, Marcial Lafuente Estefanía. No colocaría allí los que había traído porque sería difícil que Tomasa los descubriera: el mejor lugar para ocultar un libro siempre es entre otros. Decidió que no era necesario dejar el de Dostoievski.

El dormitorio de Villa sería el mejor lugar. Volvió allí y abrió el ropero. De un lado había estantes y una cajonera vacíos. Regresó al morral y sacó *Asesino a sueldo*. Revisó la portadilla por las dudas de que hubiera escrito su nombre cuando lo había comprado. Repasó sus páginas y

se cercioró de no dejar algo olvidado entre ellas, ni siquiera un boleto de ómnibus. Pasó su pañuelo sobre sus tapas y el lomo y luego lo llevó al dormitorio. Lo colocó en uno de los estantes del ropero. Cuando iba a cerrar la puerta, reparó en la campera colgada. Era de paño escocés, a cuadros grises y azules.

Según él recordaba, cuando había estado la vez anterior había puesto toda la ropa de Villa en una valija que guardó debajo de la cama. ¿Cómo no había visto la campera?

Si Villa vivía en esa casa era absurdo que tuviera su ropa metida dentro de una valija. No bien se percató de ese detalle, Keller buscó la valija debajo de la cama, la abrió y distribuyó otra vez las prendas en el ropero. Procuró disponerlas con cierto desorden natural.

Cuando terminó, descolgó la campera y buscó en sus bolsillos. En uno de los interiores encontró algo que lo asombró. No podía ser tanta su suerte. Se trataba del carné de identidad de Villa, sin duda el que llevaba encima cuando el naufragio. Era anterior a la cédula plastificada, que hacía unos años se había instrumentado. Dos tapas de cartón forrado de tela marrón y la información en el reverso, sobre cartulina blanca con la fotografía, fecha y lugar de nacimiento, nombre completo, huella dactilar, número del documento de identidad, firma del identificado y fecha de expedición y caducidad. Esa debía de ser la foto que Tomasa habría obtenido en el Departamento de Identificación Civil y cuya copia estaría haciendo circular para buscar a Villa.

La firma era un trazo borroso y casi diluido y la foto parecía velada. La cartulina estaba cuarteada y percutida y los bordes de la tapa, romos. Todo por obra del agua del Río de la Plata, pensó Keller. ¿Le había sido posible a Villa ingresar al país con ese documento? Tal vez lo había traído para tramitar una nueva cédula de identidad. No obstante, para Tomasa sería un elemento de gran valor porque todas las pruebas circunstanciales que iba a encontrar en el chalé le habrían de confirmar sus sospechas. Dejó el carné otra vez en el bolsillo de la campera y cerró el ropero.

Para cerciorarse de que todo estaba bajo control, Keller revisó el otro dormitorio, con dos camas de una plaza y una mesa de luz en el medio. En vez de ropero tenía un placar empotrado en una pared. Lo abrió y los haces de luz de la linterna lo recorrieron sin encontrar nada porque estaba completamente vacío. Tal vez Villa, pensó Keller, cuando regresó al chalé se encargó de deshacerse de todo lo que lo remitía a su vida anterior: ropa de Helena, su esposa, y otras pertenencias que los vincularan con los años anteriores a 1957. Sin duda tuvo tiempo para hacerlo, porque había llegado a Adelaida mucho antes de lo que Keller pensaba, según lo que Tomasa averiguara en la conversación con Astengo.

Por último, Keller abrió el refrigerador que estaba en la cocina. Había huevos, agua mineral, un pedazo de queso, tomates y una botella de vino blanco sin abrir. No era mucho y no indicaba nada, salvo que el dueño de casa era alguien frugal. Dejó todo como estaba y cerró.

Satisfecho con lo realizado hasta el momento, Keller se abocó a colocar otra vez el vidrio. Para hacerlo tenía que salir de la casa y acomodarlo con la puerta ya cerrada con el pasador. Era el

detalle importante para que a Tomasa no le resultara sospechoso encontrar el chalé con la puerta trasera abierta. Como último movimiento antes de salir con el morral, se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa del estar. Para que el inspector entendiera por qué no habría de encontrar huellas en el arma ni en los lentes.

Con paciencia, Keller puso el vidrio y lo ajustó con la masilla que había comprado. Fijó otra vez los contramarcos y el rectángulo de vidrio esmerilado quedó en su sitio. Luego le esparció un poco de arena para impregnar con ella los sobrantes de la masilla nueva. Cuando había terminado, vio luces en la calle que se aproximaban desde el puente ferroviario. Enseguida escuchó el sonido del Volkswagen que regresaba, quizá más rápido que diez minutos antes.

Cuando le pareció que el auto ya estaba lo suficientemente lejos, se colgó el morral, se puso la gorra, levantó la bufanda a la altura de la cara y con paso tranquilo empezó a caminar hasta la ruta Interbalnearia.

Keller llegó a la explanada que había delante del parador, en el borde de la ruta, muy cerca del puente sobre el Solís Chico. Se suponía que allí se detenían los ómnibus que venían de los balnearios ubicados más hacia el este. Consultó la hora en su muñeca: casi las ocho y media de la noche.

Estaba necesitado de un café o quizá algo más fuerte, pero prefirió no entrar al parador. No quería dejar indicios de que él había estado allí y solo necesitaba subirse a un ómnibus que lo llevara a la capital. Ni siquiera iba a preguntar por el próximo de COPSА, la empresa que cubría el servicio entre Parque del Plata y Montevideo. Por lo tanto, se dedicó a esperar la llegada del ómnibus como un pasajero más que está al tanto de los horarios y no necesita que le indiquen nada. Fue así que, en medio del frío de la explanada apenas iluminada por unas columnas con lámparas de mercurio, la voz lo acompañó. Fue distinto a otras veces, porque a Keller le pareció que provenía desde dentro del morral:

“¿No te sientes desnudo? Dejaste en esa casa todo lo que te había convertido en alguien de respeto. Ahora no eres nadie; mejor dicho, quizá vuelvas a ser el de antes, el de siempre. Muy ingenioso lo que concebiste para complacer a Tomasa, aunque como ya sabes todavía te espera lo más difícil: contarle lo que te pidió que le averiguaras. Se va a enfurecer porque la otra noche en Bonanza le mentiste y ya sabías todo. Ya sé: lo hiciste para darle tiempo a Beatriz y que huya a Europa con su amiga. Una manera de preservarla de las preguntas que el inspector tendrá que hacerle cuando se entere de lo que tú sabes. Querrá corroborar tu versión, no lo olvides, por lo que no va a cumplir su palabra de dejar a tu vecina por fuera de sus sucias maneras de interrogar.

”Pero... ¿no sientes que te traicionaste entregando lo que te hacía poderoso? Dejaste hasta el libro que te inspiró, *Asesino a sueldo*. El viejo Ned no se lo merecía. Bueno, al menos conservas el otro, el del ruso, que alguien esclarecido marcó para que sepas quién eres. Voy a recordarte algo que ya leíste y que el lápiz de Morata subrayó casi con frenesí, un pensamiento de ese hombre, Raskólnikov, un iluminado como podrías serlo tú. Él reconoce en los seres humanos dos categorías: la primera la integran individuos por naturaleza conservadores, disciplinados y que aceptan la obediencia porque les gusta vivir en ella. La segunda categoría la componen aquellos que infringen las leyes, los que son destructores o propensos a serlo. Si estos necesitan, por el bien de su idea, saltar por encima de un cadáver, por sobre la sangre, entonces ellos, en su conciencia –y esto que voy a decirte es textual, lo afirma Raskólnikov, viejo –: ‘pueden, a juicio

mío, concederse la autorización para saltar por encima de la sangre'. Pero debes recordar una cosa: los de la primera categoría conservan el mundo y lo multiplican matemáticamente, mientras que los de la segunda lo mueven y lo conducen a su fin. ¿Verdad que es estremecedor? Es lo que tú has hecho: saltarlo varias veces en poco tiempo. ¿Y ahora qué? ¿Vas a permitir que ese extraviado de Villa se lleve todos tus méritos? ¿Que el torpe de Tomasa se encuentre con la falsa solución de tus propios crímenes sin haber hecho mérito alguno para resolverlos? Has regresado a la obediencia, a lo que eras unos meses antes, cuando usabas bigote y escribías loas al lavarropas. Bienvenido al mundo perfecto y gris de los mediocres”.

Cuando la voz cesó, Keller estaba sentado en el asiento de un ómnibus semivacío, oloroso a abrigo fríos y húmedos, que avanzaba por la ruta Interbalnearia. Las últimas palabras todavía resonaban en su mente, con un dejo de burla, de calculado desdén. No podía recordar cuándo y cómo había subido al ómnibus y comprado el boleto, pero estaba allí, con el morral sobre las piernas y a punto de sofocarse por la bufanda sobre la boca. Desanudó la bufanda y miró en torno como si se acabara de despertar en un sitio desconocido. Los pocos pasajeros viajaban absortos e indiferentes. Alguno tenía su radio portátil pegada a la oreja y por el murmullo urgente y asordado que difundía lo que escuchaba parecía ser la transmisión de un partido de fútbol nocturno.

Llegaron por fin a la Terminal de Dante y Arenal Grande y Keller se bajó como si regresara de un viaje agotador por una comarca de sombras. Abrió el morral y vio la tapa del libro de Dostoievski. Junto a él estaba el paquete con la masilla sobrante. Lo tocó y le pareció algo extraño, blando y repugnante. Enseguida detuvo un taxi para que lo llevara hasta su casa. Necesitaba con urgencia un baño de inmersión.

Keller durmió hasta las nueve de la mañana, algo insólito en él. Se levantó y de inmediato se duchó y afeitó. Cuando enjuagaba la maquinita bajo el chorro de la canilla del lavatorio, recordó que era sábado y Beatriz partía hacia Europa. De inmediato se pasó un peine por el pelo, se visitó rápidamente y fue hasta la puerta del apartamento. Acercó el ojo a la mirilla y observó el palier. ¿Se habría marchado ya su vecina? Cuando estaba a punto de accionar el picaporte, vio el pequeño sobre blanco en el piso. Lo recogió y abrió para extraer la nota que había adentro. Era apenas una tarjeta:

“Ayer por la tarde pasé a despedirme. Hoy me voy temprano hacia el aeropuerto. El padre de Alicia nos lleva. Tal vez le mande alguna postal. No tengo plantas ni mascotas para dejarle una llave y pedirle que las cuide. A mi regreso hablaremos. Cuídese. B”.

Telegráfico y esencial, el mensaje sacudió la modorra de Keller. Beatriz había pasado a despedirse mientras él iba en tren a Parque del Plata o esperaba que el Volkswagen color crema se alejase de donde él acechaba. No tuvo más remedio que sentirse patético y con un viaje entero por delante para extrañarla.

Había renunciado a los atributos de Milo Epstein y, como le había dicho la voz, ahora era un hombre gris y mediocre cuya actividad más importante era ser el alcahuete de Tomasa.

“A mi regreso hablaremos”, decía la nota. ¿Hablar sobre qué?, se preguntó Keller mientras tomaba su jarro de café acompañado de unas galletas marinas. Como en los primeros días en el edificio Valencia, se sintió vacío y sin un propósito. Entonces recordó que el asunto con Zoraida había quedado en suspenso. El encuentro con Tomasa en Bonanza lo había desviado de su plan inicial, que era ver otra vez a la modelo.

Media hora después, Keller no soportó más el silencio ni el encierro de su apartamento. Se puso la campera abrigada y salió para empezar una caminata. Antes buscó el papel con el teléfono de Zoraida que le había dado Laverdière y se lo guardó en un bolsillo.

La mañana era fría pero soleada. Decidió caminar hasta el bar ubicado sobre la Rambla, al que hacía tiempo no concurría. Las últimas veces que había estado allí todavía leía *Asesino a sueldo*, la novela que había dejado en el chalé de Villa. Volvió a pensar que esa renuncia –como la del bigote falso, el sombrero y los lentes, además del revólver y la caja de balas– lo había dejado desguarnecido y de ahora en más todo dependía de lo que hiciera en tanto Gabriel Keller.

El juego de ser Milo Epstein ya no iba a repetirse porque si Tomasa terminaba por creer en lo

que él le contaría y luego descubriría las pruebas plantadas en Adelaida, el disfraz y el nombre habrían de pertenecerle al hombre que yacía enterrado en la arena a diez metros de la casa. ¿Se arrepentía de esa maniobra que Tomasa le había facilitado? Si la veía como la salida de un peligroso atolladero, quizá pudiera conformarse, pero debía admitir que Milo Epstein era también el salvoconducto a otra realidad, en la que el rutinario y previsible Keller se desvanecía por el vértigo que sentía con un arma en la mano y a punto de apretar el gatillo. Como le había dicho la voz con desoladora sencillez: había regresado a la obediencia.

CUARTA PARTE

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Mirando el horizonte del Río de la Plata desde una mesa junto a la ventana del bar, Keller bebió un café tras otro hasta completar cinco. En todo ese tiempo le fue dando forma a una idea que volvía a abismarlo en un posible vértigo, si no del asesinato al menos del riesgo de algo que todavía no era capaz de definir: la ayuda para una operación de cataratas y la revancha ante la prepotencia de Héctor Delaso. Era una idea todavía desprovista de detalles prácticos. Apenas veía una sucesión de momentos abstractos, de intuiciones que tendría que procesar en una estrategia para la cual sería imprescindible contar con una socia todavía improbable: Zoraida. Pero aun en esa precariedad, la idea ya lo había subyugado y eso podía sentirlo en una electricidad que le corría por la piel como el escalofrío que provocan ciertas revelaciones.

Luego de pagar los cafés fue al mostrador y pidió el teléfono. Miró el papel anotado por Laverdière y discó. Sonó varias veces el tono de llamado hasta que una voz de mujer un poco somnolienta dijo:

–¿Aló?

Decir “aló” en vez de “hola” al atender el teléfono era un distintivo de cierta sofisticación de la época. También se decía “disti” en vez de fino, y “mersa” por ordinario. El “aló” le calzaba a Zoraida a la perfección.

–Zoraida... Soy Gabriel Keller, ¿cómo está?

Hubo un silencio del otro lado, seguido de un suspiro.

–¿Keller? Usted... ¿qué hora es?

–Disculpe si la desperté. Quedé preocupado desde el otro día. ¿Está bien?

Otra vez el silencio. Luego una tos. Otro suspiro.

–¿Me había llamado antes? Estaba muy dormida... Sí, estoy bien, no se preocupe. Y no me llame Zoraida. Soy Mabel.

Keller no le dio importancia a la aclaración.

–¿Sigue necesitando el dinero para la operación de su madre? –preguntó para ir directo al grano. Escuchó otro suspiro. Luego un asomo de risa.

–¿Qué? ¿Me llama para eso? Pensaba que...

–Usted pensaba que yo iba a desaparecer. La otra noche estuve en Bonanza, pero usted no fue.

–No, no fui. ¿Cómo tiene mi teléfono?

–Eso no importa. ¿Cuándo podemos vernos? Quiero proponerle algo que a lo mejor paga la

operación y mucho más.

–¿Proponerme qué? ¿Usted a mí?

–No se sorprenda. Lo suyo fracasó. Ahora déjeme pensar a mí. Puedo ayudarla si me deja que se lo explique.

–Oiga... no entiendo nada y hoy es sábado, necesito descansar.

–¿Sigue precisando el dinero? Diga sí o no. ¿O era todo mentira? No había viaje, tampoco operación...

–No... lo de la operación es verdad, ¿pero cómo usted..?

–Por teléfono no puedo decírselo. Tenemos que vernos para que se lo cuente. Es solo una idea, nada más...

–Usted está loco, ¿qué pretende?

–Se animó a extorsionarme. Acepté la primera cita, ¿lo recuerda? Me lo debe... Mabel. Podemos congeniar, ser buenos socios. Y está lo del dinero, ¿verdad? No pierde nada si me escucha.

La pausa esta vez fue más prolongada y el suspiro más hondo.

–Está bien. Nos encontramos en una hora en Le Toucan.

Zoraida llegó puntual cuando Keller hacía diez minutos que ocupaba una de las mesas exteriores de Le Toucan. Por ser sábado a mediodía el bar no estaba muy concurrido, ya que su clientela habitual eran empleados bancarios, dependientes de las tiendas de la zona y algunos encargados de los anticuarios cercanos que, o bien trabajaban hasta el viernes o tras la media jornada del sábado se iban de la Ciudad Vieja.

Keller se incorporó cuando ella estuvo junto a la mesa y le apartó la silla para que se sentara. Zoraida vestía un gabán de abrigo color marrón, pantalones negros muy justos y botas de gamuza de media caña. Llevaba el pelo recogido en un moño y los grandes lentes de sol que él ya conocía y que no se habría de quitar durante toda la conversación. Se saludaron solo con un gesto y Keller llamó al mozo. Zoraida pidió un capuchino y Keller, una Coca Cola.

–Pensaba que después del otro día no íbamos a volver a vernos –dijo ella mientras encendía un cigarrillo con un varonil encendedor Zippo.

–Yo pensé lo mismo pero, como ve, me arrepentí. No fue agradable lo que pasó, si a eso se refiere. Aquella libretita ya no existe y sus planes se arruinaron por culpa de... ¿cuál es el vínculo que tienen? No importa cuál, pero sin duda es un hombre peligroso. Me amenazó con un arma, ¿lo recuerda?

–¿Me citó para que hablemos de eso?

–No, pero es un buen comienzo para lo que quiero proponerle.

Sin darle tiempo a que lo evitara, Keller alargó su mano hacia el rostro de Zoraida y le quitó los lentes. Enseguida vio el estado de su ceja, el párpado y el pómulo derecho. El puño de Delaso había dejado su marca. Era de un color morado con zonas amarillentas.

–¡Espere! ¿Qué hace? ¡Déjeme!

Keller le devolvió los lentes, que ella se puso de inmediato.

–Lo imaginaba. ¿No piensa denunciarlo?

–No es asunto suyo. No pierda más tiempo. ¿De qué se trata?

–De eso que oculta, precisamente. Le tiene que dar un beneficio mayor que un apartamento y palizas. Se lo dije el otro día en el Sorocabana: se equivocó al querer extorsionarme a mí. Es Delaso el que tiene dinero.

–Usted está loco, con Héctor eso no se puede. Y menos conmigo de por medio. No sé cuál es su idea, pero no sabe con quién está metiéndose.

–Eso ya me lo advirtieron. Además, pude comprobarlo en su apartamento. Usted me tendió una trampa. Me condujo como un corderito al matadero. ¿Por qué? ¿Él la obligó? Debí darme cuenta de que no es tan fácil que usted invite. Aunque en realidad...

–¿Qué insinúa? No tuve más remedio. Le había contado todo a Héctor y él me prometió resolver el asunto, darme el dinero que precisaba a cambio de asustarlo a usted y que desapareciera.

–Ya veo. Y no le dio nada. O, mejor dicho, sí le dio, mire su cara. Pero yo no desaparecí, ¿verdad? Aquí estoy y de veras me gustaría ayudarla. No me importa la razón por la cual está con Delaso ni el vínculo que tienen.

–A ver si lo entendí: usted quiere ayudarme a conseguir el dinero para la operación de cataratas de mi madre. Lo hace por mi linda cara, pese a que ahora está un poco estropeada. Es muy raro, teniendo en cuenta lo que yo intenté hacerle a usted. Mire, no me creo que usted no conocía a Flavio; si él lo tenía en su agenda por algo era. Puede que me peguen y me impidan trabajar por una semana, pero no soy ninguna tonta, señor Keller. Usted también busca plata, ¿verdad? Si quiere que sigamos hablando más vale que me cuente qué asunto tenía con Olavarría. Si no, gracias por el capuchino.

Keller sonrió y dio un sorbo a su Coca Cola mientras Zoraida revolvía el azúcar del capuchino.

–Está bien. Pero en ese caso usted deberá contarme cuál es su vínculo verdadero con Delaso. No el que cualquiera puede imaginar.

Sin pensarlo demasiado, Keller improvisó:

–Es sencillo. Olavarría prestaba dinero, no sé si sabe. Tengo un cuñado que es escribano y le ha ido mal. Contrajo muchas deudas. Hace un tiempo recurrió a Olavarría, a quien conocía del Hipódromo. Consiguió el dinero pero le dio mi nombre y mi dirección cuando Olavarría le exigió un posible garante. Nada firmado, solo alguien a quien amenazar y exigir llegado el caso. Yo no estaba enterado. Pero mi cuñado no podía levantar un pagaré que le había firmado. Olavarría me ubicó y me citó en el Sorocabana la noche que lo mataron. Me dijo que mi cuñado no había cumplido y que yo tratase de que cumpliera, porque de lo contrario el que pagaría sería yo. Usted lo conoció: podía ser un tipo muy desagradable. Le dije que no tenía plata y que con mi cuñado no me llevaba, lo cual es verdad. Eso no le gustó. Me amenazó y me dio un plazo para que consiguiera el dinero. Ni siquiera sabía escribir bien mi nombre, pero hubiera sido capaz de matarme por esa deuda.

–Pero entonces, lo mató su cuñado.

Keller volvió a sonreír porque su historia había funcionado.

–No... Fue ese tipo que buscan, Epstein, quién sabe por qué. Salió en los diarios. Me parece que Olavarría tenía muchos enemigos. Mi cuñado es un infeliz, incapaz de otra cosa que equivocarse en todo. Por eso Olavarría me insultó estando con usted, ¿comprende?

–¿Por qué no me lo contó la primera vez que nos vimos?

–¿Qué hubiera ganado? Usted estaba muy decidida y tampoco fue sincera. Habló de un viaje, no de una operación. Además, lo reconozco, su presencia me paralizó. Quizá no presté atención a lo que me decía, solo podía ver a una mujer hermosa que parecía no tener escrúpulos. Esa es una combinación irresistible para hombres inexpertos como yo.

Por primera vez Zoraida sonrió, como si no hubiera esperado el halago.

–Ya cumplí mi parte del trato. Ahora le toca a usted –dijo Keller.

–¿De veras le interesa saber quién soy?

–Lo que se dice en *TV Guía* me parece poco.

–Eso es solo... para los televidentes.

–Pero yo no tengo televisor. Me interesa usted, ahora, sin la peluca rubia y sin la obligación de sonreír. La otra noche Delaso dijo cosas que le dolieron, ¿no? O tal vez son ciertas y él fue el que la inventó. Eso de la equitación y los perfumes franceses, ¿también es idea de él? Vamos, al menos

defiéndose, Zoraida. Y deje que la llame así, va mejor con su figura, aunque no lleve la peluca y tenga que esconder un ojo negro.

—No me gusta hablar sobre mí y lo que dijo Delaso de alguna manera es la verdad. Nací en Montecoral, al norte de Florida. A los siete años mi madre, mi hermano y yo nos mudamos a la capital departamental. Mi hermano Juan es cuatro años mayor que yo. Mi padre hacía tiempo que se había ido. Era un vendedor viajante al que veía una vez por semana, dos a lo sumo. Un día no vino más y dejé de ayudarnos económicamente. Mi madre es maestra rural. Cuando tenía dieciséis años lo conocí a Héctor en un baile del Club de Leones, en los festejos del centenario del departamento. Era el dueño de una de las orquestas que animaban el baile, un grupo de música tropical. Lo hacía por *hobby*, porque ya tenía otros negocios. Me doblaba en edad, pero eso fue lo que me atrajo de Héctor: era fuerte, varonil, olía bien y se vestía como un artista de cine. Esa noche quedé deslumbrada. Yo solo había conocido a los muchachos típicos de pueblo, guarangos y siempre buscando lo mismo: una revolcada y adiós. O los niños bien, que piensan que todas somos hijas de los peones de la estancia, sirvientas para todo servicio. Héctor estaba casado y ya tenía hijos, pero no me costó nada convertirme en su amante. Como había abierto una casa de venta de automóviles en Florida, venía todas las semanas y se quedaba en el hotel, donde nos veíamos. Íbamos a cenar o al campo que tenía en Sarandí Grande. Al poco tiempo me convenció de venir a Montevideo, para que estuviera más cerca de él. Es cierto: me sacó de aquel pueblo de mierda en el que vivía y me inventó una profesión. Me hizo estudiar inglés y me instaló en un hotel. Me presentó personas de influencia y me dio la idea del nombre artístico. Yo solo le exigí ser rubia. No quería que en Florida supieran que Zoraida era yo, fijese qué pretensión. La peluca es de pelo natural y la consiguió en Brasil. Después vinieron los concursos de belleza, los desfiles, las fotos publicitarias, la televisión. Y el apartamento de aquí. No hay mucho más para contar.

Keller había escuchado todo sin interrumpirla, acaso impresionado por las lágrimas que habían ido cayendo detrás de los lentes oscuros, sin que Zoraida se preocupara por secarlas o reprimirlas. Su voz, que nunca se había quebrado, desmentía las lágrimas o las convertía en preguntas que en ese momento no tenían respuesta.

—¿A Olavarría se lo presentó Delaso? —preguntó Keller.

Zoraida no respondió. Había quedado ensimismada luego del breve resumen de su vida y Keller no supo cómo interpretar ese silencio ante su pregunta, si otorgaba o negaba. ¿Estaba ante otra de las casualidades que tanto inquietaban al inspector Tomasa?

—A Flavio lo conocí en Bonanza —murmuró Zoraida mientras aceptaba el pañuelo que Keller le ofrecía para secarse las lágrimas.

¿Qué parte de lo que contó pudo emocionarla tanto?, pensó Keller.

—¿Cuánto hace que Delaso le pega? —preguntó enseguida y sin miramientos.

—Siempre lo hizo.

La respuesta significaba muchas cosas que a Keller se le agolparon en la mente. No podía concebir cómo alguien podía agredir un rostro como el de Zoraida. Enseguida recordó la publicidad del desodorante: era probable que la modelo no depilase sus axilas porque así le gustaban a Delaso. También imaginó, sin asidero alguno, que Delaso despreciaba a Mabel pero era devoto de Zoraida, su creación. Le pegaba a la primera para después consolar a la segunda. ¿Era Delaso el que la había introducido en el ambiente de la *boîte* y la había instalado en el apartamento cercano para que trabajase para él? Solo eso podía explicar que el canalla de Olavarría la conociera y visitase.

—¿Por qué lo hizo esta vez?

Zoraida le devolvió el pañuelo a Keller y encendió un segundo cigarrillo.

—Había bebido. Quizá porque no le pegó a usted. Estuvo a punto de salir a buscarlo para darle un tiro. Yo lo contuve y le rogué que se olvidara, que usted no era importante. Me preguntó para qué necesitaba el dinero. Cuando le dije lo de la operación primero se rio a carcajadas, pero luego empezó a decir que era mentira y que quería la plata para dejarlo. Entonces me golpeó, primero en el vientre y las costillas, después en la cara. Yo pude escapar y me encerré en mi cuarto. Enseguida me rogó que lo dejara entrar y empezó a pedirme perdón a gritos. Para no escucharlo me metí en el placar. A la mañana salí de mi cuarto y él ya no estaba. No sé cuándo se fue.

—¿No volvió a verlo?

—Hablamos por teléfono. Ahora está de viaje. Fue a San Pablo por negocios. Volverá cargado de regalos, se arrastrará para que lo perdone, me llevará flores al canal y de rodillas me jurará no volver a hacerlo. Por un tiempo vuelve a ser el hombre que conocí cuando yo era adolescente.

–¿Por qué no lo denuncia a la policía? Yo podría ser testigo.

Zoraida hizo un gesto de impotencia. Se pasó la mano por el pelo y se ajustó el moño que lo recogía. Amagó quitarse los lentes, pero luego se arrepintió.

–No me ha contado nada sobre usted –dijo.

–Lo que quería saber se lo dije.

–Dígame más. Sigo sin entender por qué está aquí.

–Enviudé hace unos meses. Mi hijo emigró a Australia. Vendí mi casa y alquilé un apartamento. Renuncié a mi empleo y vivo del capital de la venta de la casa. Tengo tiempo y me intereso por cosas que antes ignoraba. De usted me asombró la audacia para intentar extorsionarme. En otro momento de mi vida a lo mejor habría recurrido a la policía. Sin embargo, preferí indagar por mi cuenta y llegué a Delaso, a su nombre de fantasía y a verla en Bonanza. Bebimos y bailamos, y eso me gustó. Le creo lo de la operación. Delaso la aterra, pero no se anima a dejarlo o a defenderse. Me gustaría ayudarla, que al menos le saque el dinero que precisa. Creo, por lo que me dijeron, que Delaso tiene mucho y que usted podría obtener de él mucho más que para una cirugía de cataratas. Le aclaro que para mí no quiero nada y no lo necesito. Créame, lo haría por placer. ¿Por qué no lo piensa?

Zoraida esbozó una sonrisa, como si lo que Keller acababa de proponerle fuera una especie de broma. Sin embargo, a él no se le había alterado un solo músculo de la cara y permanecía tan serio como un forense realizando una autopsia.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo a la mujer y no supo en ese momento qué responder. Keller la siguió mirando, impávido y calmo, como si hubiera estado hablando de una receta para cocinar pescado.

–Lo que pienso es que usted debe de estar loco.

–No más de lo que estuvo usted cuando me citó en el Sorocabana. Sabe de lo que hablo. No voy a insistir más con la idea. Si se decide, puede ubicarme, conoce mi dirección.

Luego de pagar lo que habían consumido y sin promesa alguna de volver a verla, Keller se alejó de Le Toucan dejando a Zoraida ensimismada en su capuchino aún sin terminar. Supo exactamente cuál era el momento para hacerlo y la actitud con la que debía proceder. Ya todo había sido dicho y cada uno sabría después a qué atenerse. Keller estaba seguro de que la modelo a la larga iba a reaparecer. Todo era cuestión de que la propuesta que le había hecho se asentara en su mente hasta convertirse en necesidad.

El resto del fin de semana fue una larga espera del lunes. Con Beatriz lo suficientemente lejos y tras la faena de Parque de Plata, Keller tenía que dar cumplimiento al arreglo con Tomasa y revelarle, por fin, todo lo que sabía sobre Ricardo Villa. Era una jugada riesgosa porque lo primero que iba a reprocharle el inspector era que, cuando conversaron en Bonanza, Keller ya conocía lo que él ignoraba. Sin embargo, esa charla no había sido formal y se había desarrollado en el reservado de una *boîte*, tragos de por medio y por fuera de la investigación oficial. Lo que se decía en el lenguaje popular: una charla de boliche. Y era eso, precisamente, lo que Keller habría de proponerle al inspector cuando lo llamase para concretar otra cita.

Luego de ducharse y afeitarse, decidió ir a desayunar al bar de Jackson y Gonzalo Ramírez. Guardó en el bolsillo del pantalón la tarjeta que Tomasa le había dado noches antes y salió del apartamento. Al pasar ante la puerta de Beatriz se detuvo casi por hábito. De acuerdo con el itinerario que ella le había descrito, debía de estar en ese momento en París, con la cual había cinco horas de diferencia y varios grados de temperatura.

Al llegar a la puerta del edificio, el empleado de la limpieza le entregó una carta de Leonardo que el cartero acababa de traer. El sobre con la guarda colorida y la letra de su hijo le impusieron la sensación de que todo lo que de veras le importaba estaba demasiado lejos: Perth y París, distantes y misteriosas para él, cuyo viaje más largo no había pasado de Río de Janeiro.

Mientras caminaba hacia el bar, desgarró el sobre y leyó la carta, apenas dos carillas con caligrafía grande. Al parecer, a Leonardo le iba muy bien: detallaba el trabajo, los amigos, las escapadas a algunas playas, el asombroso tamaño de las olas, el calor, los rigores del idioma, una chica que había conocido –holandesa e inmigrante como él, llamada Anna–, los ahorros y la pregunta de si por fin su padre se había decidido a viajar a Australia. Por primera vez a Leo esa posibilidad no le parecía una locura. Debajo de la firma y la despedida, la posdata le aclaraba que ahora tenía teléfono y podía llamarlo durante la noche de Perth, por las horas de diferencia.

Tenía demasiados números, muchos más que los de un teléfono local.

Keller ensobró de nuevo la carta y entró al bar.

Se sentó en la mesa habitual y pidió un cortado con medialunas y el diario de la casa. Enseguida el mozo regresó con el pedido y el ejemplar de *El Día*. La tapa traía noticias internacionales que se alternaban con información local: la carrera espacial, un incendio con pérdidas totales en una importante mueblería de la capital cuyas dramáticas imágenes se mostraban, la guerra de Vietnam, un posible aumento en las pasividades, diferencias en el Colegiado, resultados del campeonato de fútbol, un plato volador avistado sobre la bahía de Guanabara... Nada de eso le interesó a Keller, salvo un recuadro en la mitad inferior de la hoja cuyo título aludía al suicidio de un contador en el Parque Roosevelt ocurrido el viernes por la noche.

Leyó el texto de la noticia:

“El sábado, en horas del mediodía, en la zona sur del Parque Roosevelt, dentro de un automóvil marca Volkswagen color crema matriculado en la capital, se encontró el cadáver de Alfredo Salvador Morata Torres, de 56 años, Contador Público y funcionario del Ministerio de Hacienda. El cuerpo presentaba una herida de bala a la altura del pómulo derecho sin orificio de salida. Al costado de Morata Torres, sobre el asiento del acompañante, estaba el arma con la que presumiblemente se autoeliminó. Se desconocen las razones de esa decisión y los trámites forenses han confirmado que fue Morata Torres el que disparó el arma, por lo cual no quedan dudas de que se está ante un caso de suicidio. No se encontró en el automóvil mensaje alguno que justifique la dramática decisión. El contador era casado y padre de tres hijos, todos ellos menores. Ampliaremos en la medida que la policía dé más detalles sobre este infausto suceso”.

Keller dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. “Salvador Morata”, se dijo, sin poder salir del estupor que le había provocado la noticia. Ese mismo viernes había tenido en sus manos el libro de Dostoievski subrayado por quien bien podía ser el hombre que discutía con una joven frente al lugar donde Keller aguardaba oculto detrás de un árbol. Horas después y tras alejarse de Parque del Plata en el automóvil que la noticia describía, Morata se había volado la tapa de los sesos. ¿Por qué experimentaba esa certeza? No lo sabía, pero algo lo hacía intuir que Morata y el calvo que discutía con la joven eran la misma persona.

De pronto se sintió un imán de casualidades o alguien predestinado a las coincidencias más banales o atroces. Era pesadillesco, sobre todo porque pudo haber dejado el libro subrayado por Morata entre las pertenencias de Villa, con lo cual esa coincidencia –inútil para el caso– habría desquiciado a Tomasa en caso de que, a último momento, Keller no hubiera decidido conservar *Crimen y castigo*.

Cherchez la femme, pensó Keller y recordó a la chica de la cola de caballo, primero impertérrita dentro del auto, mientras el calvo –¿Morata?– gesticulaba, gritaba y golpeaba el volante. Después la evocó saliendo al encuentro del hombre para abrazarlo, cuando él volvía de la orilla del arroyo. Luego el bofetón y la huida de ella rumbo al puente ferroviario. Todo visto

como en una extraña película que se exhibía solo para él. Evocó el automóvil partiendo rumbo a la ruta Interbalnearia y al rato regresando en dirección a donde se había ido la joven. Esos eran los hechos que podía recordar y que a la policía iban a interesarle si él se presentaba a declarar lo que había visto. La única razón por la que no habría de hacerlo era la de no poder justificar su presencia allí, en la costa del Solís Chico, ese día y a esa hora. En realidad, él jamás había estado allí. Nunca.

La idea de llamar ese mismo día a Tomasa para contarle lo que sabía sobre Villa –lo que Beatriz le había dicho sobre su tío político regresado, el asedio al que la sometiera, la invasión de su apartamento, el robo de los títulos y su fotografía, la cita en la confitería La Alhambra, etcétera– le pareció a Keller una traición a la joven, que habría de ignorar, por lo menos hasta su regreso de Europa, esa indiscreción de su vecino. No tenía por qué confiarle nada de eso al inspector. En cambio, podía hacer algo eficaz para que la sospecha de Tomasa sobre Villa se confirmase un poco más. Tendría que recurrir, otra vez, al hábil periodista Humberto Dolce.

Había sido Dolce el que armara la historia del asesinato de Olavarría, y *El Diario*, el primer medio escrito en hacer trascender que el autor de ese crimen había sido Milo Epstein. También, había hecho circular nuevamente el famoso identikit del asesino de bigote, lentes de gruesa armazón y sombrero, y especulado con la conexión de este sujeto con el crimen del abogado rosarino Osvaldo Gauna, que Olavarría había pagado. Todo ese despliegue había comenzado con una simple llamada telefónica anónima de Keller a Dolce.

La información aparecida en *El Diario* había cambiado el eje de la investigación de Tomasa, que luego de sospechar de Keller tuvo que revisar esa especulación y admitir, quizá a regañadientes, que el vecino del edificio Valencia no podía dar la talla para los crímenes más complejos que se habían sucedido: nada lo vinculaba con Olavarría y mucho menos con el abogado Gauna. De esa manera, Keller había escapado del haz de luz que lo perseguía. Ahora, el cometido de la llamada sería otro: transmitirle a Tomasa, a través de Dolce, los datos que habrían de confirmarle que Ricardo Villa era Milo Epstein. Solo después de que *El Diario* lo insinuara, se encontraría con Tomasa para no decirle nada.

Con esa decisión tomada, Keller aguardó hasta el mediodía para llamar a Dolce. Pero en vez de hacerlo desde el teléfono del bar, compró unas fichas de monedero en un kiosco para comunicarse desde un teléfono público ubicado en la Terminal de Ómnibus de Dante y Arenal Grande. Había llegado hasta allí caminando y, en el trayecto, repasó con cuidado lo que iba a decirle al periodista. Tenía fichas suficientes como para contarle a Dolce una novela.

Luego de discar y comunicarse con la centralita de *El Diario*, pidió que le pasaran con Humberto Dolce. Aguardó varios segundos antes de escuchar la característica voz del periodista. La vez anterior, Keller había fingido un tono aporteñado muy creíble con lo que tenía que decir. Ahora debía adoptar otra voz y otra intención: hablar como lo hubiera hecho Ricardo Villa. Pero

entonces, algo lo detuvo. Mientras Dolce decía varias veces “¿hola?”, Keller comprendió que iba a cometer un error. Colgó el tubo y quedó unos instantes inmóvil, descifrando ese impulso que a último momento le impidió hablar con el periodista haciéndose pasar por Villa.

Mientras caminaba por Arenal Grande hacia 18 de Julio, se sintió transpirado, tenso. Tenía que controlarse si no quería cometer errores. Para hacer la siguiente movida ante Tomasa necesitaba ver con claridad la mejor chance para engañarlo. Y ese movimiento debía ser simple y eficaz, no podía dar lugar a la duda del inspector. Y, lo más importante: tenía que ser un movimiento inesperado.

Desde un locutorio para llamadas de larga distancia, Keller se comunicó con la comisaría de Parque del Plata y pidió hablar con el agente a cargo para hacer una denuncia. No necesitó fingir la voz. Habló como cualquier vecino de la zona, tratando de usar palabras comunes y acaso verbos mal conjugados. Lo hizo con un tono urgente y por momentos atropellado.

Lo que dijo fue poco pero decisivo: contó que hacía unos días estaba pescando en el arroyo, cerca del puente ferroviario, frente a un chalé llamado Adelaida. Cuando terminó la pesca y se dispuso a regresar a su casa, vio salir del chalé a un hombre cuyo aspecto coincidía con un dibujo que había estado difundiendo la policía y que publicaron los diarios. Llevaba sombrero, lentes, usaba bigote y un abrigo oscuro. Se subió a un viejo automóvil color negro del cual no retuvo la matrícula. Cuando el agente preguntó cuándo lo había visto, Keller le dijo que hacía ocho o nueve días, no podía precisarlo. ¿Y por qué no lo denunció antes?, fue la siguiente pregunta. Porque recién ayer había visto el dibujo en un diario viejo en el que le envolvieron unas papas que compró en el almacén fue la respuesta. Le pareció que era el mismo tipo que había visto salir del chalé Adelaida, dijo el denunciante. A qué hora, preguntó el agente, y la respuesta fue vaga: “de tardecita”.

Cuando el agente le preguntó el nombre y la dirección, dijo que era un vecino y que había llamado solo por las dudas; a lo mejor el hombre que vio podía ser alguien parecido, nada más. En realidad no quería denunciar a nadie, pero ante la duda prefería avisar. Y colgó.

Era una botella al mar. Ahora todo dependía del grado de atención que el agente le había prestado a sus palabras, a su precaución de anotar ese nombre decisivo, Adelaida, y a la responsable actitud de comentar la denuncia anónima con el comisario u otro superior. También era importante que el identikit de Milo Epstein estuviese a la vista, fijado con chinchas en algún panel de delincuentes prófugos o buscados para que la información del vecino cobrase interés. Por último, que a alguno de los que revistaban en la comisaría se le ocurriese poner al tanto de esos datos a la gente de Jefatura de Montevideo. Solo Monestier, el as del billar del momento, era capaz de realizar una carambola tan complicada.

De lo que estaba convencido Keller era de que no habría de llamar a Tomasa como le había prometido. Lo iba a dejar esperando, aun a riesgo de que el inspector regresara al edificio Valencia para indagarlo. Acababa de hacer el único movimiento posible del juego que había empezado en Bonanza. Si la carambola se cumplía, tras rebotar la bola en varias bandas, la

información que le había dado a la policía de Parque del Plata tendría que impulsar una serie de acciones del inspector: por lo menos ir hasta la calle de la costa y ubicar el chalé Adelaida. Luego, obtener una orden de allanamiento para ingresar, al ver que allí no vivía nadie. Mientras la obtenía, debía dejar a un par de agentes custodiando el lugar, en tanto algún otro recorría las casas cercanas para indagar entre los vecinos más próximos, llevando la antigua foto de Ricardo Villa de 1957, y preguntar si lo habían visto. Paciencia y rutina, pensó Keller, y con un poco de suerte el dueño del almacén más cercano le diría al agente que sí, que le parecía haber visto a ese hombre comprando en el almacén, sin poder precisar cuándo.

Lo verdaderamente decisivo sucedería una vez que la orden del juez le permitiera a Tomasa entrar en la casa y descubrir, una por una, las pruebas de lo que ya sospechaba, en especial el arma homicida. Lo único que no habría de entender era dónde estaba Villa y por qué, si se había fugado, no se había llevado el revólver y los elementos del disfraz. Eso no iba a cerrarle por ningún lado al inspector.

Será su problema, porque el mío quedará resuelto, se dijo Keller y entró en el bar Sportman, necesitado de ir al baño y tomarse una ginebra en el mostrador.

El velorio de Salvador Morata estaba a punto de culminar cuando Keller llegó a las instalaciones de la empresa Martinelli. Por lo que había leído de mañana en la sección de avisos fúnebres de *El Día*, el sepelio se realizaría a las cuatro de la tarde en el Cementerio Central. Era probable que, luego de las pericias forenses, el cadáver hubiera sido liberado la tarde anterior, por lo cual la familia debió organizar un rápido velatorio y exhumación porque un suicida siempre es un muerto incómodo para sus deudos.

Las razones que lo llevaron hasta la sala 102 de Martinelli no estaban claras para Keller. Solo sintió la necesidad de concurrir, por la rara casualidad de tener un libro de Dostoievski subrayado por el muerto y la más extraña aún de haber contemplado la discusión del contador con la joven de la cola de caballo frente al chalé Adelaida. También entendió que había llegado hasta ahí para saber si la muchacha estaba; sentía una inédita sensación de poder por haber sido el único testigo de lo que en parte podía explicar la decisión extrema de Morata.

Con aire sombrío, acorde al clima que se vivía en la sala, Keller se mezcló con personas que no conocía y trató de identificar a la familia directa del contador: su mujer y alguno de sus tres hijos. No intentó saludar a nadie ni dar el pésame a la viuda. Solo quería mirar, saber si la chica había venido, si acaso era una persona próxima al círculo de Morata. Lo que estaba haciendo era una especie de raid, una pasada rasante por el velorio para sacarse la duda de que la joven que estaba en el Volkswagen hubiera tenido el temple suficiente para comparecer allí. Pero, por más que la buscó entre la gente de esa sala que olía a coronas florales y humo de cigarrillos, no la vio.

Volvió a plantearse el dilema de contar lo que había visto esa tardecita en Parque del Plata y otra vez comprendió que desde ningún punto de vista podía hacerlo, porque comprometería el operativo realizado en Adelaida. La única opción era darlo a conocer en forma anónima, como la llamada telefónica a la comisaría. Comunicarse con la casa del contador, al otro día o una semana después, para hablar con la viuda y enterarla de la joven. Pero, ¿para qué? ¿Solucionaría en algo la pérdida que esa familia estaba sufriendo? ¿Explicaba su decisión? Acaso esa relación ya se conociera y formara parte de lo que Morata había dejado atrás. Incluso, a Keller le habría gustado saber más sobre los motivos de los subrayados del libro —que parecían hechos por alguien que también enfrentaba y sufría la pulsión irresistible del crimen— que el tipo de vínculo que lo unía a la joven.

Cuando vio llegar al personal de la funeraria para proceder a retirar el féretro y trasladarlo a la

carroza, Keller decidió abandonar el velorio. En un espacio común a todas las salas en el que se mezclaban personas de los velatorios que se estaban realizando, vio al comisario Alejandro Romero. Conversaba animadamente con dos individuos de sobretodo y no podía verlo a Keller, que apuró su salida de Martinelli.

Mientras se alejaba por la calle Canelones rumbo a Ejido, reflexionó sobre la presencia del comisario. Fue una suerte que no se encontraran, porque él no hubiera podido explicarle al policía su vínculo con Morata. No había considerado, antes de llegar al lugar, que Romero estuviera en el velorio del contador, aunque debió de pensarlo antes, ya que no había sido una muerte clara, libre de presunciones. ¿Se sospecharía algo turbio detrás del suicidio? Cuanto más se alejaba del lugar más lo inquietaba no haber visto a la joven de la cola de caballo. El punto era que no sabía por qué.

Los días siguientes fueron para Keller anodinos y vacíos y estuvieron signados por la espera. Esperaba señales de Tomasa, que a su vez esperaba que él indagase a Beatriz para que le diera datos sobre Villa. El inspector ignoraba que la joven estaba en Europa y que tardaría algunas semanas en regresar. También esperaba que Zoraida hubiese asimilado su propuesta y reapareciera –no sabía cómo– para urdir juntos un plan y obtener dinero de Delaso. Por último, tenía la esperanza de que la prensa informara que la policía había descubierto que Milo Epstein había estado oculto en un chalé de Parque del Plata y lo había abandonado misteriosamente.

Mientras, Keller le escribió una extensa carta a su hijo en la que le contaba detalles imaginados de una vida que no era real: paseos, encuentros con antiguos amigos, trabajos de publicidad para la tienda La Ópera, caminatas de salud por la Rambla y lectura de novelas clásicas, como por ejemplo *Crimen y castigo*. Prometió llamarlo un día por teléfono, calculando las doce horas que había de diferencia y le recomendó mucho cuidado con las olas. Le dijo que lo extrañaba y que en cualquier momento se compraba un pasaje para ir a verlo.

Esa misma tarde fue a una agencia de correos a despacharla. De regreso, compró *El Diario*. Ya en el apartamento, en su repaso de las páginas del vespertino, encontró una noticia que lo movilizó. Había una fotografía de una chica joven que creyó reconocer. El retrato estaba sobre un titular que decía: “Falta de su domicilio”.

La joven fotografiada se parecía bastante a la muchacha que estaba con el contador Morata en el Volkswagen. El texto que acompañaba la foto era breve y, en apariencia, más que una noticia: se trataba del pedido de la familia que con angustia solicitaba datos sobre la desaparecida:

“Desde la noche del viernes falta de su domicilio Leila Susana Fantino Viera, oriental, soltera, de 28 años, domiciliada en Lucas Obes 3234. Fue vista por última vez por su madre en la esquina de Agraciada y 19 de Abril, esa mañana, cuando la acompañó a la parada del ómnibus que debía tomar para ir a su empleo en un consultorio odontológico del Centro, en el que se desempeñaba como secretaria. La joven vestía abrigo oscuro y zapatos de taco. Los familiares ya han realizado la denuncia correspondiente y solicitan que cualquier dato que sirva para localizar a la joven les sea comunicado al teléfono 3 46 18 o a cualquier seccional policial”.

Keller recordó el nombre, Susana, invocado por Morata cuando la chica, luego que él la golpease, huyera por el camino de la ribera rumbo al puente ferroviario. Por un momento pensó en lo que debía hacer con lo que sabía. Otra vez el anonimato lo favorecía y lo importante no sería el

mensajero sino el mensaje.

Arrancó el trozo de página con la noticia, lo guardó en el bolsillo y salió otra vez a la calle en busca de un teléfono público. Todavía le quedaban fichas de la llamada anterior, de la interrumpida comunicación con Humberto Dolce. Contaría otra vez la historia del pescador en el arroyo Solís Chico y la casualidad que le había permitido ver lo que la familia de Susana ignoraba.

Lo atendió una voz masculina, grave, atribulada quizá. Keller no se identificó. Solo dijo que llamaba para aportar un dato sobre esa chica, Susana, cuya foto había visto en un periódico, junto con la información que incluía ese número de teléfono al que se había comunicado. El hombre dijo que era el padre de Susana, que por favor le dijese lo que sabía y cuál era su nombre.

Keller dejó pasar algunos segundos en los que solo pudo oír una respiración agitada del otro lado de la línea. Por fin le dijo que el viernes anterior, de tardecita, en el camino de la costa del arroyo Solís Chico en Parque del Plata, cerca del puente ferroviario, había visto un Volkswagen color crema detenido y dentro una pareja que discutía. Él volvía de pescar y se encontró con esa escena. Tal vez la joven de la pareja fuera la persona de la foto. La describió: llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y tendría unos veinticinco años. El hombre era un poco mayor y calvo. Ellos no lo vieron porque él estaba detrás de unos arbustos. Sin que la pareja se percatase de que era observada, él se alejó de inmediato en dirección a la ruta Interbalnearia caminando por la orilla del arroyo. Eso era todo lo que podía decir. “Ojalá puedan encontrarla”, dijo Keller antes de colgar.

Ya estaba. Había cumplido en contar parte de lo que había visto. Ahora alguien debería unir los datos: el calvo, el Volkswagen color crema, el día, la hora, el hallazgo en el Parque Roosevelt, Susana desaparecida tras discutir y ser agredida por el hombre que después se había suicidado. Incluso era posible que el padre de Susana supiera de la relación aunque sin conocer el nombre del calvo. De lo contrario, si se hubiera enterado del suicidio de Morata, tendría que haber alertado a la policía al comprobar que su hija no había vuelto a su casa. Pero esas eran especulaciones que a Keller en ese momento no podían distraerlo porque había otros asuntos que lo preocupaban más. No obstante, pensó, él había sido el único testigo del episodio del arroyo. ¿Cuál era el motivo por el cual se convertía en la única persona capaz de unir los dos hechos, el suicidio y la desaparición?

Se alejó de la cabina telefónica y recordó aquel domingo cuando había comprado en la feria la edición usada de *Crimen y castigo* subrayada por Salvador Morata. Ahora ese acto –impulsado por el comentario del intelectual chupatintas de El Palacio del Libro– cobraba un sentido absurdo e inquietante. Morata suicidado, su amante joven desaparecida y él enterado del vínculo secreto entre ambos sucesos. Salvo la llamada anónima que acababa de realizar, no podía compartir con nadie más ese conocimiento, quizá decisivo para que los dos misterios se aclarasen.

Volvió al apartamento. El silencio del palier, en especial el del apartamento de Beatriz, lo agobió. Estuvo un par de minutos sin decidirse a abrir la puerta del suyo. Muy débilmente escuchó la voz de Hernández, el vecino de piso, que parecía discutir con su esposa.

Finalmente, se decidió e introdujo la llave en la cerradura y abrió. La discusión de los Hernández pareció subir de tono, algo que, desde que se mudara, nunca había sucedido. Con la mano en el pestillo de la puerta a medio abrir, aguzó el oído para escuchar mejor. Inevitablemente, la situación lo llevó a recordar la discusión de Morata con Susana –Leila Susana Fantino Viera, más precisamente, ya que recordaba el dato del periódico– y el bofetón que el calvo le había dado para finalizarla. ¿Qué había sucedido después?

Entró al apartamento y cerró la puerta con llave. Pensaba en Susana corriendo hacia el puente ferroviario y al calvo maniobrando el Volkswagen para doblar y regresar hacia la Interbalnearia. Pero minutos, o quizá una hora después, el auto había regresado para pasar por delante del chalé Adelaida, cuando él estaba en plena faena. Seguramente volvía para buscar a la chica. Hasta ahí lo que él podía atestiguar; lo demás sería solo especulación.

Unas noches después, luego de una cena liviana, se bañó y se vistió con el atuendo que había elegido para las noches de Bonanza. Necesitaba volver a su penumbra y vivir la esperanza de encontrarse con Zoraida, además del temor de volver a cruzarse con Tomasa. Prefería la lotería del riesgo a quedarse en el living buscando en los subrayados de Morata las claves de su futuro.

Cuando estaba a punto de ponerse el saco para salir, sonó el timbre de la puerta de calle. Miró su reloj pulsera y le extrañó la hora en la que alguien venía a visitarlo. Supuso que habían tocado el timbre equivocado, por lo que decidió no bajar a abrir. Un minuto después el timbre volvió a sonar, más prolongado, dos veces. No tuvo más remedio que averiguar quién tocaba.

Bajó los dos pisos empujado por la duda. Al llegar a la puerta de dos hojas, con reja y vidrios, lo reconoció enseguida. Ya no vestía como la última noche en que se habían encontrado. Llevaba el gabán de cuero con la solapa levantada que él ya conocía y sostenía un cigarrillo en la comisura de sus labios. Era el inspector Dardo Tomasa.

Keller le abrió la puerta sin saludarlo ni preguntarle qué se le ofrecía. Habría sido inútil no recibirlo o decirle que volviera otro día porque él se disponía a salir. Negarse a esa visita no tenía sentido en ese momento; era evidente que Tomasa no estaba haciendo horas extras ni lo respaldaban los esbirros que habían llegado con él la vez anterior, cuando le dieron vuelta el apartamento buscando las pruebas de que él era Milo Epstein. El inspector venía solo y a una hora impropia, razón de más para invitarlo a entrar con un simple gesto, entre resignado y gentil.

Una vez en el apartamento, Keller le señaló el sofá para que se sentara y por fin dijo:

—¿A qué debo su visita, inspector?

—¿Recién llegaba o estaba a punto de salir? —preguntó Tomasa al ver la camisa blanca, la corbata y los zapatos negros bien lustrados de Keller.

—Estaba saliendo, sí.

—Ya veo. No voy a demorarlo mucho. El otro día quedamos en que usted iba a averiguarme algo y quisiera saber si lo hizo.

—Yo debía llamarlo cuando supiera algo, si no lo hice es porque no sé nada.

—¿Habló con su vecina?

—En realidad no pude. Al otro día que nos vimos en Bonanza, ella se fue de viaje.

—¿De veras? ¿Adónde?

—Lejos. Europa. Ahora debe de estar en París o Roma.

–¿Y eso usted lo sabía? Me refiero a la otra noche.

–Sabía que viajaría, pero no tenía idea de la fecha.

–¿Y cómo se enteró de que se fue?

–Me pasó una esquila por debajo de la puerta para despedirse, el otro sábado, temprano.

¿Quiere verla?

–¿Viajó sola?

–Tengo entendido que con una amiga. Un viaje de un mes o más.

–¿Si sabía todo eso por qué la otra noche no me lo comentó?

–No tenía por qué. Tampoco estoy obligado a recibirlo en mi casa a esta hora ni a contestarle todo lo que me pregunta. ¿Qué más se le ofrece? Como le dije, estaba a punto de salir cuando usted llegó.

Tomasa lanzó un largo suspiro, se incorporó del sofá y apagó la colilla de su cigarrillo en un cenicero que había sobre la mesa del comedor. Por un momento, las facciones de su cara se tensaron. Keller fue a su dormitorio y regresó con el saco puesto.

–¿Por qué cada vez que hablo con usted siento que es una especie de anguila resbalosa que nadie puede agarrar? –preguntó el policía.

–No lo sé, inspector. No tenía idea de que le provocase eso.

–¿Adónde va? ¿Se puede saber?

–A Bonanza.

–Parece que le tomó el gustito a la diversión. No lo imaginaba en un lugar así.

–Yo a usted tampoco. El otro día me sorprendió.

–Estaba trabajando, pero en algo que no tiene nada que ver con usted. No esperaba encontrarlo, se lo aseguro. Vamos saliendo, no lo entretengo más. ¿Con quién va a encontrarse en Bonanza?

–Con nadie en especial, veré si surge algo. Solo quiero tomar unas copas y ver el show. ¿Se va así como así? ¿Vino solo para preguntarme algo que yo no le puedo responder?

Tomasa asintió y sonrió. No era una sonrisa simpática o amable, había algo sádico en ella.

–Le diré la verdad: pensaba carearlos a ambos. Hablar primero con usted y luego tocar el timbre de su vecina y tenerlo sujeto para que no se escapara. Comentarle a la mosquita muerta sobre la foto que descubrimos –la de ella y la del novio, claro–, preguntarle por su tío, comprobar por boca de ella qué tanto sabía usted sobre ese individuo. Armar una reunión amena entre los tres y aprovechar la sorpresa. Ya sé que el comisario Romero desaprueba mis métodos, en especial mis corazonadas y mi manía de saltarme los procedimientos. Pero a veces no queda más remedio. No sé si no lo haré. ¿De veras se fue de viaje o es una mentira suya para cuidar a su vecinita?

Keller abrió la puerta y salió al palier para tocar el timbre de Beatriz. Lo hizo varias veces con ostensible empeño. Tomasa lo miró hacer y encendió otro cigarrillo. Al ver que nadie respondía en la puerta de al lado, salió del apartamento.

–Está bien, ya veo, no se gaste. De todas maneras, creo que el asunto está resuelto, aunque no

voy a decirle cómo ni por qué. Ya no necesito que me averigüe nada. ¿Alguna vez su vecina le contó sobre un chalé en Parque del Plata?

Keller lo miró sin responder. Luego entró al apartamento a apagar las luces. Salió y cerró la puerta con llave.

–Pregúnteselo a ella cuando vuelva de Europa.

Bajaron en silencio la escalera hasta la planta baja y salieron del edificio.

–Que se divierta, señor anguila –dijo Tomasa y se alejó hacia donde estaba estacionado su auto.

Keller respiró aliviado. La mención al chalé indicaba que la comisaría de Parque del Plata había pasado el mensaje y que Tomasa lo había recibido. Razón de más para celebrar esa noche en Bonanza.

Mientras viajaba en un taxi rumbo a la Ciudad Vieja, Keller reflexionó sobre lo que Tomasa le había dicho, y se convenció de que el inspector solo pretendía confirmar lo que ya sabía. Por esa razón su actitud no había sido apremiante ni insolente, salvo cuando le mencionó la intención de realizar un careo no oficial entre él y Beatriz. Hubiera sido un completo abuso. Pero por suerte Beatriz estaba lejos y si, como todo parecía indicar, el afán de Tomasa se cumplía con los hallazgos del chalé Adelaida, para cuando la viajera regresara el caso de los crímenes de Milo Epstein estaría cerrado y el culpable sería un muerto que yacía bajo la arena a diez metros de la casa.

De todas maneras, no debía confiarse en ese cierre de las averiguaciones hasta que todo apareciera en la prensa y los investigadores se ufanaran de haber resuelto por fin la serie de asesinatos que por varias semanas los habían desvelado. Keller sabía por propia experiencia que Tomasa podía ser un obsesivo, en especial cuando se trataba de atrapar a una anguila.

El taxi lo dejó junto a la Puerta de la Ciudadela y tras pagar el viaje, caminó hacia Bartolomé Mitre. La noche de ese viernes era fría pero serena y sin duda ideal para unos tragos al abrigo de la *boîte*. Keller no se engañaba: contrariamente a lo que le había dicho a Tomasa, quería encontrarse con alguien. Los días transcurridos desde el mediodía en que había estado con Zoraida en Le Toucan estimularon el deseo de verla otra vez. Quería volver a contemplar su cara, ojalá sin las huellas del castigo de Delaso, y sumirse en el perfume inolvidable que siempre la rodeaba.

Al llegar a la puerta de Bonanza vio a dos hombres de traje oscuro que fumaban apoyados en un automóvil grande y lujoso estacionado frente a la *boîte*. Lo miraron con cierto interés, pero no se movieron ni hablaron entre ellos. Cuando Keller entró al vestíbulo que precedía a la escalera de acceso al sótano, el portero habitual le advirtió:

—La *boîte* está cerrada señor, lo lamento.

—¿Cerrada? ¿Por qué?

—Está *Jango Goulart*, con invitados.

Keller enseguida entendió que se trataba de João Goulart, el presidente brasileño depuesto por un golpe militar el pasado 31 de marzo, que se había exiliado en el país. Eso explicaba el automóvil en la puerta y los dos individuos con aspecto de guardaespaldas. Tal vez, en la época que era cronista de *El Plata*, la información del portero le hubiera servido para una jugosa

crónica que mezclase la política con la noche. Ahora solo significaba una contrariedad. ¿Estaría Zoraida en esa velada privada de Bonanza?

Resignado a no poder entrar, Keller salió otra vez a Bartolomé Mitre. Los hombres seguían impertérritos, apoyados en el auto. Probablemente hubiese algún guardaespaldas más en el salón del sótano.

Caminó hacia Sarandí y luego de cruzarla ingresó por el corredor de la galería del Ciudadela hacia el bar Le Toucan, que todavía estaba abierto. Algunas mesas instaladas fuera del local estaban ocupadas. Pero Keller no iba a consumir, solo necesitaba hacer una llamada telefónica.

En el mostrador solicitó el aparato y discó el número de Zoraida. Aguardó unos instantes y después de cinco señales de libre, la modelo atendió. Al escuchar el cantarino “aló”, Keller fue directo:

–Habla Keller. Estoy abajo, en Le Toucan, me gustaría verla.

Keller llegó al edificio, oprimió el timbre del 1503 y aguardó la señal eléctrica que destrabó el cerrojo de la entrada. Enseguida se metió en el ascensor que ya estaba en la planta baja. En ese momento se sintió como un niño a punto de abrir un regalo. Mientras subía se ajustó el nudo de la corbata y desabrochó el botón del medio de su saco. Cuando llegó ante la puerta de Zoraida no necesitó timbrar: ella abrió y entonces, como si lo hubieran concertado antes, se abrazaron y besaron en el vano; parecían dos amantes consumados que hace tiempo no se ven. Antes, Keller observó la bata de seda roja, el pelo negro suelto y ondulado como un mar azabache, los ojos maquillados y la boca encendida por el *rouge*. Ya no había señales de los golpes de Delaso en el rostro de Zoraida.

Tras el llamado telefónico Keller había permanecido media hora esperando en Le Toucan y el par de ginebras bebidas en una mesa del interior del bar le sirvieron para templar el ánimo y prepararse para lo que el tono insinuante de la voz de Zoraida le había prometido. Los treinta minutos habían producido lo que en ese momento estaba disfrutando: era el tiempo que la modelo necesitaba para lucir como Ava Gardner recién bajada de la pantalla.

Lo que siguió al recibimiento fue una secuencia de forcejeos con su ropa, para Keller, y una experta colaboración de Zoraida. Camino al dormitorio quedaron su corbata, el saco y la camisa. Ya en la alcoba, pantalón y zapatos fueron quitados por él mismo mientras contemplaba a su anfitriona sobre la cama, desprovista ya de la bata y luciendo una combinación interior negra que incluía portaliagas y unas medias de seda al tono que Keller quitó con lenta maniobra, como si necesitara que la apertura de ese regalo durase para siempre. Después terminó de desnudarla y desnudarse, ya sin demora ni contemplación ritual. Lo último que percibió antes de que ella empezara a cabalgarlo fue que tenía las axilas depiladas. Y no le extrañó que, antes de subirse, le colocase con diestra maniobra un preservativo sacado de quién sabe dónde.

No hubo palabras en todo ese prelude de la pasión ni en la explosión, solo el entregarse al juego de los cuerpos y las bocas que se buscaron con sedienta necesidad. Sin poder discernir si en Zoraida todo eso era real o fingido, Keller se dejó llevar por la urgencia acumulada desde que la viera por primera vez. Necesitó creer que ese momento era verdadero para ambos y que su vida recomenzaba en ese instante en que los senos de ella temblaban como mundos en expansión.

Cuando sobrevino el cataclismo, Zoraida lanzó un grito ronco y liberador que luego se convirtió en quejido, en risa entrecortada, en balbuceo de palabras ininteligibles y por fin en

sincopados sollozos que lentamente se extinguieron con un gemido tierno y agradecido. Luego se deslizó para tenderse junto a Keller y medio minuto después se quedó dormida. Él volvió a contemplarla, saciada y serena, y entonces descubrió las marcas de las quemaduras de cigarrillo en el vientre y debajo de sus senos. No eran muchas, pero realizadas con cierto método, por no decir simetría.

Supo que la próxima vez que viese a Delaso, era probable que lo matara. Supo también que, en esa cama en la que estaba, había yacido ese gordo sádico, y quizá Olavarría. Se obligó a que, en ese momento, eso no importara: era pasado o una dimensión de la vida en la que él no existía.

Con cuidado de no despertar a Zoraida se levantó y empezó a vestirse. Las marcas de cigarrillo lo habían inquietado. Quizá debió besarlas, pasarles su lengua para sanar cualquier resabio de dolor que todavía quedara.

Ya vestido resolvió que debía irse porque de pronto se sintió un intruso o alguien a quien Zoraida había recibido por error o movida por un motivo que todavía no podía discernir. Tampoco podía descartar que en algún momento apareciera Delaso. No le temía, pero no quería que le arruinase esa noche.

Guardó la corbata hecha un ovillo en el bolsillo, se puso el saco y miró el ambiente del living comedor: no había nada personal o íntimo en su decoración, ningún objeto o fotografía que pudiera vincularse con quien allí vivía. Tampoco lo había en el dormitorio, como si se tratara de la habitación de un hotel, bien puesta y funcional, pero anónima. En realidad, todo el edificio Ciudadela inspiraba eso: una modernidad desoladora y abstracta que rezumaba frialdad y la despersonalización de una enorme colmena artificial.

Cuando estaba a punto de salir sin despedirse, la voz de Zoraida lo detuvo:

–Esperá, no te vayas todavía.

Se volvió y la vio desnuda, recostada sobre el marco de la puerta del dormitorio.

–No quería despertarte.

Era lo primero que se decían desde que Keller había llegado.

Zoraida se puso otra vez la bata de seda roja e invitó a Keller a sentarse en el sofá del living. Después sirvió dos vasos de whisky *on the rocks*, pero no hubo brindis antes del primer sorbo.

–Hablemos de negocios –dijo.

Keller sonrió, porque su intuición había estado justificada. Había algo más detrás de la invitación a subir y luego hacer el amor, pero comprobarlo no rebajó el placer vivido.

–Hablemos de lo que quieras –repuso Keller, haciendo bailotear los hielos de su vaso.

Enseguida entendió la pausa en el torbellino para colocar el preservativo. La lencería tal vez era el uniforme de tareas. Acaso lo único auténtico había sido el concierto de quejidos, murmuraciones, risas y llantos finales, salvo que además de modelo Zoraida fuera una actriz al nivel de la Castro o la Santullo. Tenía derecho a pensar que él había hecho su parte y había cumplido quizá mejor de lo que ella esperaba. Pero eso ahora no estaba en juego porque, tal cual se lo anunciara, hablarían de negocios.

–Héctor tiene mucho dinero, pero no confía en los bancos –empezó diciendo Zoraida, algo que Keller ya sabía porque su cuñado se lo había advertido. Evidentemente, ese detalle era fama.

Lo que siguió después fue la propuesta de Zoraida para hacerse con parte de ese dinero si él la ayudaba. Era un plan en el que ella debía colaborar y para el cual contaba no solo con la complicidad de Keller sino también con su disposición a compartir la mitad de lo obtenido una vez que el robo se consumase. Sin duda, en todos esos días en los que no se habían visto, pensó Keller, Zoraida había madurado la idea, impulsada por la descarada instigación del hombre al que había querido extorsionar.

En su segundo encuentro en el Sorocabana, cuando se suponía que debía pagarle para recuperar la agenda de Olavarría, él le había dicho sin empacho alguno que ella estaba equivocada: el dinero que necesitaba lo tenía el hombre que en ese momento los vigilaba desde el mostrador del café. Cuando se vieron en Le Toucan aquel sábado al mediodía, la propuesta había sido más directa aún: quería ayudarla a conseguir el dinero de Delaso porque de alguna forma ella tenía que cobrarle las palizas que le daba. Por lo que acababa de oír, aquella siembra había dado sus frutos y la propuesta de Zoraida se lo confirmaba.

Ella le habló de una caja fuerte oculta en un chalé de Punta del Este, de una llave que colgaba siempre del cuello de Delaso, de la posibilidad de un fin de semana a solas con él en esa finca de San Rafael y otros detalles que a Keller le parecieron salidos del argumento de *Asesino a sueldo*.

Quizá el bienestar posterior al éxtasis que acababa de vivir lo predispuso a fantasear con que el plan de la modelo pudiera tener éxito o que seguirle la corriente significara que el vínculo entre ambos prosperaría más allá del futuro delito. Si tenía en cuenta que Zoraida se había animado a extorsionarlo con su nombre mal escrito en una agenda, el robo a Delaso demostraba que era una mujer capaz de afrontarlo todo a cambio de un dinero que por ahora carecía de cifra. De lo que no dudaba era de que tenían que ser más de los cinco mil pesos del pedido original que los había llevado a conocerse.

Tras escuchar los detalles del plan, Keller no aprobó ni desestimó la iniciativa, pero se detuvo en aspectos previos:

–¿Dónde está Delaso? ¿Por qué no vino hoy? ¿Por qué no fuiste a Bonanza?

–Héctor tuvo que viajar de urgencia a Buenos Aires. Su contador se suicidó hace unos días y le dejó algunos problemas con unos negocios. ¿No te enteraste del tipo que se mató adentro del auto en el Parque Roosevelt?

Ante la pregunta de Zoraida, a Keller le pareció que su sangre se detenía y se convertía en una sustancia sólida. Por unos instantes quedó sin palabras, pero ella no lo notó. Tal vez pensó que a él no le interesaba esa desgracia o no estaba enterado de lo sucedido. Por eso insistió:

–Yo no lo conocía, pero Héctor confiaba en él porque el tipo sabía todas las martingalas legales para zafar de los impuestos y otros líos. No sé por qué se mató y Héctor, tampoco. Con él no tenía problemas, te lo aseguro. Y no fui a Bonanza porque sabía que hoy la cerraba ese brasilero que está exiliado, Goulart. ¿Quieres saber algo más? –preguntó Zoraida con tono insinuante.

Lentamente Keller fue asimilando lo del contador, otra absurda coincidencia que se sumaba a las anteriores como para que su mente se sumiera en un oscuro abismo de incompreensión. La casualidad parecía rizar el rizo de manera innecesaria y la única imagen que se le ocurrió para visualizar ese proceso fue otra vez la de Carlos Monestier en una mesa de Los 14 Billares, tirando una carambola a siete u ocho bandas con la precisión de un cirujano. No obstante, todo eso era irrelevante ante lo que Zoraida le había propuesto. O, mejor dicho, formaba parte de toda la trama que se había iniciado con la muerte de Brentano.

–¿Por qué confiás en mí para robarle a Delaso? ¿Pensás que soy un ladrón? No me conocés y de golpe nos encamamos y enseguida me contás tu plan como si se tratara de un picnic –dijo Keller, fingiendo cinismo y vulgaridad.

–Voy a aclararte algo: Flavio me dio una idea de quién eras. “Un tipo jugado”, dijo. No entró en detalles, pero a pesar de que estaba con mucha bronca contigo, me pareció que te respetaba. Dijo que eras un hijo de puta de cuidado. No entendí por qué y en ese momento no me importó. Antes de que lo mataran estuvo contigo, y después conmigo pero lo que me contaste sobre la deuda de tu cuñado no sé si es verdad. No me importa. No necesito un amante, lo que quiero es un cómplice que me ayude a conseguir esa plata que vos decís que me merezco. Mirá que puede haber mucha en ese lugar que te conté.

Keller dio un sorbo a su whisky y tuvo la exacta sensación de que ese era el momento indicado para levantarse e irse. Todo estaba claro y encajaba con los clichés habituales de la perdición de un hombre por obra de una mujer. El tren sin frenos que era su presente quizá pudiera aminorar la embestida si se desentendía de ayudar a Zoraida en su fantástico plan, que en apariencia era simple pero también falible y cargado de riesgos. No había pensado que su propuesta de ayudarla necesitara un objetivo determinado y fuera dictada por el deseo. Ahora ella había aceptado el

envite y redoblado la apuesta. Viendo el valle que se insinuaba entre sus senos y las soberbias piernas que acababan de cruzarse, Keller supo que no tenía opción y que sería capaz de seguir a esa mujer hasta el fin del mundo.

La llave de los sueños sirve para cualquier cerradura, y como una polilla encandilada por la luz de un farol se entregó a los brazos que ella le ofrecía luego de abrir su bata y sus piernas para que hicieran otra vez el amor.

QUINTA PARTE

LA MIRADA DEL ADIÓS

Esa noche, Keller y Zoraida acordaron no volver a encontrarse salvo para cometer el robo que la modelo había planeado. No era conveniente que los vieran juntos en ningún lugar y la comunicación que mantendrían sería solo telefónica y siempre por iniciativa de él. Se habían puesto de acuerdo en un código para las llamadas, consistente en dos señales de libre, luego cortar, volver a discar y dejar sonar dos veces más; y si ella atendía, podrían conversar sin problemas. Si luego del primer llamado Zoraida respondía y preguntaba “quién habla” en vez de su habitual “aló”, significaba que no podían hablar en ese momento, sin importar la razón.

El golpe se realizaría cuando Delaso y Zoraida fueran a Punta del Este y pernoctaran en el chalé Cedro Azul del empresario, en el barrio de San Rafael. Podía ser un fin de semana o cualquier otro día, y eso iba a depender de muchos factores que Zoraida no controlaba. Delaso era un hombre casado y además impredecible en sus decisiones, por lo cual Keller se enteraría del día indicado casi sin tiempo para prepararse. No tener teléfono en el apartamento le agregaba otra dificultad al plan, porque debía llamar desde la calle y a horas distintas esperando que Zoraida estuviera sola.

Más allá de la espera y la rutina del teléfono, la otra preocupación de Keller era la confirmación de que Tomasa hubiera ingresado en Adelaida y encontrado las pruebas que inculpasen a Ricardo Villa, lo cual lo convertiría en Milo Epstein. En su última visita al apartamento, el inspector había dejado entrever que el asunto estaba resuelto, pero la prensa aún no había publicado nada al respecto. El caso parecía dormido y ni siquiera Humberto Dolce –y su habilidad para mantener latente cualquier información que le diera réditos a la página de policiales de *El Diario*– daba la impresión de seguirlo.

Hasta que una tardecita, las primeras planas de los vespertinos explotaron con la novedad: la policía había dado con la guarida de Milo Epstein. La de *El Plata* lo consignaba en ocho columnas y al titular lo acompañaba el difundido identikit del asesino y la única foto existente de Ricardo Villa. *El Diario* informaba casi lo mismo, pero agregaba más imágenes: la del frente del chalé Adelaida y otras que reproducían el revólver calibre 32 utilizado en los homicidios, los lentes y el bigote falso que habían encontrado en el botiquín del baño. Por último, al inspector Dardo Tomasa se lo veía satisfecho, conversando con los periodistas junto al nombre que identificaba al chalé grabado sobre un tronco. No obstante el éxito que trasuntaba la información, un recuadro destacado decía: “Las trabajosas pesquisas culminaron con éxito, pero el asesino

sigue prófugo”.

Keller sonrió. No quiso comprar la edición porque no le interesaba leer lo que ya sabía. A los atributos materiales de Milo Epstein hallados en el lugar, Tomasa le agregó el carné de identidad guardado en una campera. Había resuelto una parte del misterio, pero le faltaba encontrar y detener al culpable. Entonces, toda la información que la policía había liberado en aparatoso despliegue, comprendió Keller, era una manera de distraer al público y de mostrar algún tipo de logro en la –hasta ese día– infructuosa investigación.

¿Qué extraño nudo de coincidencias había en ese lugar de Parque del Plata que ahora era el centro de la información? ¿El dato sobre el vínculo entre el contador de Delaso y la joven Leila Susana ya estaba en poder de la policía? Otra vez Keller sintió que un abismo lo rodeaba, invisible e insondable, para hacerlo dudar de su cordura. Una casualidad se tolera; dos pueden llamar la atención; tres, configuran un escándalo. Cuando todo parece armarse en una secuencia de casualidades que subvierte la lógica, la mente cruje y lo casual pasa a ser la parte visible de un plan incomprensible y fatal.

Keller se alejó del kiosco de diarios en busca de un teléfono público desde donde llamar a Zoraida. Ese detalle también era importante: no hacerlo desde el mostrador de un bar donde alguien pudiese escuchar parte de la conversación. Por la hora, era probable que la modelo ya hubiese llegado al Ciudadela y quizá ese mismo día, por fin, pudiese confirmarle el viaje a Punta del Este con Delaso.

Los detalles del plan ya los habían repasado muchas veces en anteriores llamadas, y en apariencia y en lo previo, todo cerraba. Keller podía recitarlos de memoria, paso por paso, y a fuerza de pensarlos los visualizaba casi como una película. Sin embargo, sabía que todo podía fallar y venirse al piso en un instante. En especial porque había aspectos que no dependían de él y que por lo tanto no podía controlar. Necesitaba hablar con Zoraida.

Pese a que había comenzado a instalarse hacía treinta años, la ciudad no disponía de una red de teléfonos públicos importante, por lo cual Keller terminó por pedir el teléfono en el mostrador del bar de Gonzalo Ramírez y Jackson. Procuró ser breve:

–Hola... Soy yo, ¿novedades? –preguntó y esperó. Escuchó con atención y luego cortó sin decir nada más.

Agradeció al bolichero y dejó el importe de la llamada junto al negro aparato de baquelita.

Al salir, notó que la mayoría de los parroquianos estaban enfrascados en la lectura de los vespertinos; Milo Epstein y Ricardo Villa eran los protagonistas de la gran noticia de esa tarde.

Vestido con campera marrón de paño, pantalones de pana gris y la gorra de visera, Keller viajó a Punta del Este en un “Centella de Plata” de la compañía ONDA, que abordó a media tarde en la Plaza Cagancha, muy cerca del café Sorocabana.

Tras un viaje que insumió casi dos horas y media en un ómnibus semivacío en el que se sentó solo, ocupando el último asiento impar junto a la ventanilla –para no ser recordado por ninguno de los que viajaban–, descendió en la terminal de la calle Gorlero, la principal de la península, y desde allí caminó hacia la parada de taxis del Casino Nogaró, ubicado al comienzo de la Playa Brava. Enseguida subió a un Mercedes 140 y se hizo conducir hasta el Hotel y Casino San Rafael.

No iba a alojarse en él, pero era un buen punto para orientarse y llegar a Cedro Azul. Al contrario de lo que ocurría en la capital, el chofer no intentó conversación alguna con el pasajero y el corto viaje por la Rambla hacia el este transcurrió sin que intercambiaran una sola frase.

Descendió en la entrada del hotel, al comienzo de la rampa de acceso, pagó el viaje y, una vez que el taxi se fue, se alejó del enorme *château*, anacrónico –como siempre había pensado– por tratarse de un hotel de playa. Lo habían construido con una arquitectura típica de un hotel de montaña, poco acorde con la fisonomía de una playa de llanura. Por supuesto, el personal no advirtió su llegada e inmediata partida porque el invierno adormecía los reflejos de porteros y botones y con seguridad el edificio estaba semivacío.

Una creciente y fría niebla fluía desde el mar e invadía las calles arboladas del balneario, lo que le dificultaba a Keller encontrar la de Cedro Azul en el trazado algo confuso del barrio residencial, con avenidas paralelas al océano que se curvaban de manera caprichosa y calles verticales a la playa que salían como radios de un círculo, carentes de carteles indicadores.

A esa altura del año, las mansiones y chalés estaban en su mayoría cerradas a cal y canto, y sus jardines descuidados porque los encargados de mantenerlos no trabajaban con la frecuencia del verano. En la noche, los lugares que por el calor refulgían de vida y familias entregadas al ocio eran solo clausuras, espacios desiertos y sombríos. El enorme bosque, que se extendía por decenas de manzanas, recuperaba en parte su condición natural de otro tiempo, cuando los pioneros lo habían plantado como una manera de retener las dunas que el viento se llevaba.

Por fin Keller dio con la calle Los Álamos y la fue recorriendo hasta doblar por Brighton a la derecha y luego por San Remo, a la izquierda. Pese a la poca visibilidad logró encontrar la finca Cedro Azul, alejada de la calle y disimulada por un seto que la rodeaba y unos árboles añosos y

de especies diferentes que la protegían. A un costado y separado del resto, distinguió el cedro azul que le daba nombre al chalet.

La casa tenía techo a dos aguas de tejas rojas y los ventanales, postigos de madera gruesa pintada de blanco. Una ancha chimenea de piedra laja completaba la fachada. Las paredes eran de ladrillo pintado a la cal y la puerta principal, de madera tan gruesa como los postigos, salvo que estaba lustrada. Un alero de madera seguía la línea descendente del techo y formaba un porche sostenido por columnas de madera similar a la de la puerta. A un costado del cuerpo del chalé había una cochera para dos autos con sendas puertas. En la base de todo el perímetro de la pared, en un cantero hecho de piedra laja –como la chimenea–, había hortensias a las que las heladas habían quemado sus flores.

Keller consultó la hora y calculó que, de acuerdo con lo que Zoraida le había dicho, ella y Delaso llegarían en un par de horas. Se suponía que luego de cerrar la automotora, él la pasaría a buscar por el Ciudadela y desde allí tomarían la Rambla montevideana para acceder después a la ruta Interbalnearia. Lo cual le daba a Keller el tiempo suficiente para estudiar el lugar y mirar con detención el exterior del chalé, así como comprobar el movimiento en los alrededores.

El jardín de Cedro Azul se extendía casi media cuadra por delante de la casa, distanciada considerablemente del posible tránsito de la calle, que era de balastro; por lo que se preveía que ese día y a esa hora, estuviera prácticamente intransitada. Según lo que la modelo le había explicado, Cedro Azul no tenía cuidador ni casero y en invierno el jardinero cortaba el césped del parque cada dos semanas.

La iluminación de la calle era escasa –cuatro columnas con focos de gas de mercurio en toda la cuadra– y el resto de los chalés de la zona parecían vacíos y abandonados. Además, la niebla se había vuelto más espesa y todo parecía flotar entre algodones grises que cobraban una fosforescencia rara cuando rodeaban los picos de luz. Al no haber viento, el silencio era total.

Mirando antes el entorno, para descartar que alguien lo viese, y luego de abrir la portezuela de la entrada al parque, Keller se encaminó por el sendero que conducía a la casa. Cuando estuvo cerca pudo distinguirla mejor. Era un chalé típico de los años 40, como muchos de los que caracterizaban al barrio. Tomó por el costado derecho para rodear la finca y apreciar lo que había en su parte trasera.

Se encontró con un parrillero adosado a un espacio techado, en cuyo centro había una mesa de monolito. Junto a la parrilla, un cobertizo sin ventanas con una puerta de hierro y un candado en el pasador. Al fondo de lo que quedaba de terreno se veía una piscina no muy grande en medio de un espacio con piso de laja y unas poltronas de hierro cuyos almohadones debían de estar en el cobertizo. Keller se acercó: la piscina estaba vacía y su fondo, cubierto de pinocha.

Regresó a la parte trasera de la casa y vio la puerta y las ventanas de la cocina y otra puerta vidriada corrediza de dos hojas que parecía comunicar con el estar de la casa. Las cortinas interiores estaban corridas, lo cual impedía que se pudiera ver el interior de la estancia. Keller se

acercó a la puerta de la cocina y miró la extensión del parque en cuyo límite posterior no había seto. Allí comenzaba un adensamiento del bosque que parecía cerrarse en una oscuridad por la cual no se distinguían otras fincas.

En esa dirección, calculó Keller, estaba su vía de salida.

Enfrentadas a Cedro Azul no había otras casas y toda esa cuadra era un terreno ocupado por el bosque y algunos carteles de venta de los diferentes lotes que lo integraban. En la manzana en la que estaba la casa había otras dos fincas, en apariencia deshabitadas porque no se veía luz exterior ni interior.

Keller buscó un lugar desde donde observar la casa sin ser visto. La señal convenida para pasar a la acción era que se apagase la luz del porche, la que se encendería una vez que Zoraida y Delaso llegaran. Pero, para que eso sucediese, podían pasar horas y el frío y la humedad de la intemperie serían implacables.

Tal como lo habían pactado, Keller arrancó una de las hortensias quemadas y la colocó como al descuido delante de la puerta de entrada, lo cual le indicaría a Zoraida que él ya estaba allí, listo para esperar la señal. Ahora, se había adentrado un poco en el terreno de enfrente y buscado refugio entre los árboles.

Extendió sobre la capa de pinocha unos diarios viejos que encontró en el parrillero y se sentó, recostando su espalda contra un tronco. Desde ahí podía vigilar la entrada del chalé, oculto en la oscuridad del bosque. Quizá había llegado demasiado temprano a la cita, pero el horario de los ómnibus no le dio otra posibilidad porque el que había tomado era el último que llegaba a Punta del Este entre lunes y viernes. Obviamente, cumplido el plan, esa noche no podría regresar a la capital, por lo cual habría de pernoctar en algún hotel módico de la península.

La hora siguiente permaneció sentado y atento a los movimientos de la calle. En ese tiempo solo vio pasar una motoneta Vespa conducida por una mujer vestida con un gamulán u otro tipo de abrigo abultado y de piel. En la irrealidad de la niebla, la motoneta había aparecido como de la nada y la luz de su foco era un lánguido rayo amarillo que se abría paso precediendo el sonido del motor.

Previendo el frío y la espera, Keller había traído con él una petaca con ginebra y unas galletas marinas que comió con rapidez. Luego dio tres largos sorbos a la petaca. Por fin se levantó para desentumecer las piernas y mear contra uno de los árboles. Se sentó de nuevo y repasó el plan.

Una vez que llegaran en el Chevrolet Impala de Delaso –color celeste claro, según Zoraida le informara–, la pareja se instalaría en el chalé. Lo primero que Delaso haría sería encender la estufa de leña para caldear el ambiente, mientras la modelo dejaba su mínimo equipaje en el dormitorio principal. Como era habitual, mientras avivaba el fuego, Delaso se serviría un whisky

a palo seco y Zoraida cortaría en la cocina un salmín que, junto con unas aceitunas, acompañaría los tragos. En el camino, habrían comprado la cena en una rotisería de la península.

Mientras Zoraida iba disponiendo la vajilla en la mesa del comedor principal, Delaso, ya animado por un segundo whisky, encendería el tocadiscos para escuchar alguno de los longplays que Zoraida había traído. Quizá bailaran ante la estufa, antes o después de cenar. Lo seguro era que en algún momento Delaso guardase el dinero que traía desde la automotora en la caja fuerte que había debajo del piso del living, disimulada por un pesado arcón lleno de viejos engranajes y otras piezas mecánicas que coleccionaba. Por lo que Zoraida le había confiado a Keller, la caja se abría con una llave que Delaso siempre llevaba colgada al cuello en una cadena de oro, de la que también pendía un crucifijo.

Keller interrumpió sus reflexiones cuando las luces de un automóvil hendieron la niebla de la calle. Enseguida el coche dobló y se detuvo. Delaso descendió y abrió la portera de la entrada al garaje. Se subió otra vez al Impala y lo condujo hasta la puerta misma de una de las cocheras. Zoraida bajó envuelta en su tapado de piel. En realidad era Mabel porque no llevaba la peluca rubia.

Delaso abrió el portamaletas del auto y sacó de él un portafolio grande y un bolso marinero. Zoraida hizo lo propio con una valija mediana. Después, ambos se dirigieron hacia la entrada principal de la casa y Delaso abrió la puerta para que ingresaran. Enseguida se encendió la luz del porche. Antes de entrar, pateó la hortensia que Keller había dejado.

Keller permaneció oculto en el bosque a cincuenta metros de la casa. Dio un nuevo sorbo a la petaca y, cuando vio que empezaba a salir humo de la chimenea del chalé, volvió a sentarse sobre los diarios, dispuesto a seguir esperando.

Faltaba mucho todavía para que la parte decisiva del plan se cumpliera y empezara a actuar el Mogadón.

En las charlas telefónicas que habían mantenido en relación al plan, Zoraida le había confiado a Keller que tomaba un somnífero, nitrazepam, más conocido en el mercado farmacéutico como Mogadón. La idea de la modelo era moler varios comprimidos y mezclarlos con el whisky que acostumbraba a beber Delaso cuando venían al chalé. Keller jamás había necesitado píldoras para dormir, ni siquiera en el tiempo pesadillesco de la enfermedad de Fanny, por lo que ignoraba sus efectos y sus virtudes. Pero la modelo le aseguró que con el Mogadón iba a lograr que Delaso se durmiera profundamente, de modo que ella le pudiese sacar la cadenita con la llave.

Keller no tenía forma de calcular el tiempo que podía llevarle a Zoraida poner a Delaso fuera de ambiente. Bailarían, cenarían, tal vez el gordo quisiera hacerle el amor o quizá la velada se prolongara por otras razones, mientras el frío y la incertidumbre serían insoportables. Viendo las ventanas del frente de la casa iluminadas y el humo saliendo de la chimenea, nada le indicaba que el plan funcionase tal como la modelo había imaginado. Pero ahora no tenía alternativas: debía seguir esperando que todas las luces del chalé se apagaran, en especial la del porche.

En medio del frío, acechando como una fiera rastrera en la oscuridad del bosque y con los brazos y las piernas casi entumecidos por la tensión y la espera, a Keller no le resultó extraño oír la voz. Hacía días –había perdido la cuenta de cuántos– que no la escuchaba:

“¡Hasta dónde hemos llegado, viejo! Pareces un vulgar ratero esperando el descuido de una viejita para arrebatarse la cartera. ¿Cómo has podido creer en los devaneos de la mujer de la peluca? ¿De veras piensas que Delaso va a permitir que se salgan con la suya? Ya viste que es un hombre de cuidado que siempre va armado. La faena en Parque del Plata no fue digna de ti y a los resultados me remito: el pobre Villa te sacó del escenario y Tomasa compró esa solución falsa para el misterio de tus crímenes porque no tuvo más remedio. En realidad, estaba cansado de todo ese asunto y terminó aceptando las evidencias que, lastimosamente, le dejaste. Fue el encuentro de dos mediocres: tú y ese inspector que se da ínfulas con casos que le resuelven otros. Entonces te advertí que al renunciar a Epstein habías regresado a la obediencia y al mundo gris y monótono del que tu *alter ego* te había rescatado. Como la zorrita del apartamento vecino se esfumó con su amiga, te entregaste al vértigo de las noches de Bonanza y a la fascinación por esa extorsionadora fallida. Confieso que te dejé hacer porque me conmovió el deseo que te impulsa. Las pasiones también nos definen y a veces nos rescatan. Un clavo se quita con otro y sustituiste a Beatriz por la morocha que no se anima a ser rubia. Por supuesto que ella supo enseguida cómo dominarte y

además hacerte creer que eres tú el que la impulsa a vengarse del calvo golpeador que la explota. Ella supo antes de tus méritos porque Olavarría debió de contárselos. ¿Nunca lo pensaste? Tiene que saber que mataste a Brentano, a Moreira y luego al abogado rosarino para recuperar aquella carta. Lo de la extorsión fue solo una forma de engancharte, de que la conocieras, que enseguida quedases atrapado como una mosca en el papel pegajoso. Tiene que estar enterada de que tú eras Milo Epstein y que asesinaste a su cliente en la habitación del hotel. ¿Cómo no pensaste en todo eso? No puedo creer que seas tan crédulo como para suponer que a Mabel, Zoraida o como quieras llamarla, realmente le interesas. Te está manipulando como si fueras un títere y ahora espera que la ayudes a hacerse de ese dinero que después –si lo consigues– le entregarás íntegro para que su pobre madre pueda operarse de cataratas. Antes era un viaje, luego una operación. No importa para qué lo necesita: es la plata lo que ella busca, siempre es así para algunas mujeres. ¿Y después qué harás? No lo sabes. Cumplido tu gesto altruista vas a quedarte sin proyectos porque, no te engañes, Mabel o Zoraida va a destinarte a la basura, como le pasa a los diarios viejos. Pero ella puede que sepa mucho más sobre ti de lo que supones. Después de haber convencido a Tomasa de que Villa era Milo Epstein, ¿vas a dejar cabos sueltos? Es decir, ¿seguirás confiando en la modelo? Como escribió alguien una vez: no hay trampa más mortífera que la que un hombre se arma para sí mismo...”.

La voz cesó y Keller no tuvo idea del tiempo transcurrido desde que había comenzado a oírla. Siempre le sucedía que, cuando la escuchaba, el decurso de los segundos se alteraba e ingresaba en una dimensión diferente en la cual todo parecía congelarse; una pausa que se prolongaba sin poder ser medida por el reloj.

Regresó al presente y tras unos instantes en los que volvieron el frío y el entumecimiento, pudo ver cómo la luz del porche de la casa se apagaba. Antes no había notado que a través de las ventanas ya no se veía la iluminación interior. Se incorporó y consultó su reloj. Debía dejar pasar cinco minutos antes de salir del bosque e ingresar al parque del chalé, llegar hasta la puerta trasera y dar los suaves tres golpes convenidos.

Cuando Keller despertó, todavía no había amanecido. El extrañamiento que le produjo la pequeña habitación del hotel en la que mal durmiera apenas dos horas, terminó de despejarlo. Estaba vestido y con los zapatos puestos. Solo se había sacado la campera antes de caer vencido por el cansancio y el frío pasado en el bosque y después, durante la caminata de regreso desde San Rafael a la península.

Recostado en la cama apreció la estancia amueblada con lo mínimo y sin ningún detalle de lujo o buen gusto. Le recordó la habitación de Rosario, donde pernoctara antes de cumplir con el encargo de Olavarría. El hotel estaba a media cuadra de la estación del ferrocarril en la parada 2 de la Playa Mansa y era bueno solo por su ubicación cercana a las vías y al mar. Keller lo había elegido porqueabría durante el invierno. Antes de viajar había llamado por teléfono para confirmar que tuviera habitaciones disponibles. El empleado le dijo que estaba casi vacío y cuando le preguntó si quería reservar una, Keller agradeció y colgó.

Se levantó y enseguida se fijó que debajo de la cama estuviera todavía el bolso con el dinero. No era ni cerca todo el que había en la caja fuerte de Delaso, pero era la cantidad que necesitaba. Dentro del bolso estaba también el revólver 22 que le había comprado en la peluquería al gordo Pianetti, corredor de quinielas. El bolso no era suyo: lo tenía Zoraida preparado para que él se llevara todo lo que había en la caja. Pero no pudo cumplir esa parte del plan y todavía le asombraba que ella hubiera confiado en su promesa de darle íntegro el producido del robo, una vez que ambos estuvieran lejos del chalé Cedro Azul y en un tiempo nuevo que lamentablemente no habría de llegar.

Fue al baño y luego de orinar se desvistió totalmente para meterse bajo la ducha. Demoró bastante en empezar a salir el agua caliente. Con los ojos cerrados se entregó a la miserable lluvia, temiendo que en algún momento pudiera salir fría. El jabón era pequeño y casi no produjo espuma y como la cortina del duchero era corta el agua mojó todo el piso del baño.

En verdad, todo lo que podía salir mal había salido mal, pensó Keller, y en una secuencia que ni él ni Zoraida pudieron prever. Llevar el revólver en el bolsillo de la campera fue una decisión que tomó el minuto antes de salir del apartamento hacia la Terminal de la Plaza Cagancha. Tal vez lo hizo porque de alguna manera intuyó que podía necesitarlo.

Se secó con una toalla poco afelpada y luego se vistió con la única ropa que había traído. Olió su mano derecha y el olor a pólvora había desaparecido, al igual que la sangre en la mano

izquierda. Como ni siquiera llevaba cepillo de dientes, se enjuagó la boca con agua y un poco de ginebra que todavía quedaba en la petaca. Después, llevó la campera al baño y con una toalla empapada en agua caliente limpió la sangre que también había manchado una de sus mangas.

Antes de bajar al comedor para desayunar, pidió por teléfono al recepcionista que le averiguase el número de la Comisaría de San Rafael. No dijo la razón. A los cinco minutos, el empleado lo llamó y se lo dijo. Keller lo anotó en un bloc que había sobre la mesa de luz. Arrancó la hoja y se la metió en el bolsillo.

Se puso la campera con la manga húmeda y sacó el bolso de debajo de la cama. Salió de la habitación sin preocuparse por cerrar la puerta. Solo entonces pudo pensar en los sucesos posteriores a que se apagase la luz del porche.

Keller dio tres suaves golpes en la puerta trasera de la casa y aguardó. Enseguida la puerta se abrió y Zoraida, vestida con un *deshabillé* de satén, se apartó para que entrase. Le mostró la cadenita con la llave que le había sacado a Delaso. Con un gesto le dio a entender que todo iría bien.

–Está totalmente dormido –le dijo en un susurro y le indicó que la siguiera hasta el amplio estar de la chimenea.

El lugar se veía apenas iluminado por una lámpara de pie que había en un rincón. Los leños del hogar ya casi se habían extinguido. Zoraida le señaló el arcón.

–Es muy pesado, espero que puedas moverlo –le dijo mientras quitaba unos adornos que había sobre su tapa.

Keller asintió.

–¿Hoy lo corrió? –preguntó en voz baja.

–Sólo para asegurarse de lo que había en la caja. No le agregó nada –dijo Zoraida mientras Keller comenzaba a empujar el arcón hacia un costado.

Le costó bastante moverlo, pero finalmente lo logró. Vio en el piso la puerta de la caja, un rectángulo de hierro hundido en una depresión con la forma y el tamaño de una de las baldosas que cubrían todo el estar. Entre la puerta y la superficie del piso había una diferencia de unos ocho centímetros, los suficientes para que la manija de apertura no sobresaliese. Junto a esta, el ojo de la cerradura, extraño o poco habitual: era romboidal y de uno de sus ángulos se abría una hendidura perpendicular a la base de la puerta. La caja no tenía disco de combinación y parecía muy antigua. En el costado izquierdo, los dos goznes de la puerta eran de acero y más nuevos que el resto de la abertura.

Zoraida depositó en el piso un bolso y le entregó la llave a Keller. Lo miró con una expresión de desafío y satisfacción y esa fue la última mirada de ella que Keller habría de recordar.

Lo que vino después sucedió muy rápido y de una manera fragmentada o quizá la fragmentación fuera obra de la memoria de Keller, al reconstruir los hechos. Acababa de introducir la llave en la caja cuando escuchó un vaso o algo de vidrio que se rompía y enseguida una especie de bramido, de grito. A continuación, unos pasos urgentes, acaso tambaleantes, sobre un piso de tablas.

–¡Es Héctor! –atinó a gritar Zoraida, que estaba parada junto a Keller, todavía agachado junto a la caja.

La silueta de Héctor se recortó en el contraluz de la lámpara de pie. Llevaba el revólver en la mano y parecía estar a punto de caerse porque con la mano libre se apoyó en el marco de la puerta del corredor que comunicaba con los dormitorios.

–¡Esperá, Héctor, no, no! –le pidió Zoraida, interpuesta entre él y Keller.

Delaso balbuceó un insulto, pareció oscilar como si fuera a caerse hacia delante y con el brazo extendido disparó a menos de dos metros de la modelo.

Keller se incorporó de inmediato y la sostuvo de las axilas mientras notaba que Zoraida ya era un peso muerto porque probablemente la bala le había atravesado el corazón. Delaso hizo fuego otra vez y la bala pasó muy cerca de las cabezas de ambos.

–¡Hijos de puta! –gritó Delaso con voz pastosa.

Ahora movía su brazo tratando de apuntarle a Keller y disparar de nuevo. Lo hizo y otra vez falló.

Cubierto por el cuerpo de Zoraida a la que todavía sostenía con el brazo y la mano izquierda, Keller sacó del bolsillo de la campera el 22 que había traído por precaución y, antes de que Delaso volviese a disparar, apretó el gatillo sosteniendo el arma con el brazo extendido, muy cerca de la cabeza del otro, que había dado dos pasos vacilantes hacia él. El primer tiro atravesó el pómulo de Delaso; el siguiente le dio en medio de la frente. Sin ni siquiera lanzar un grito o al menos un suspiro, Delaso cayó hacia delante, prácticamente a los pies de Zoraida, todavía rodeada por el brazo izquierdo de Keller.

Keller permaneció unos instantes más sosteniendo a la modelo hasta que con infinito cuidado la depositó en el piso junto al cadáver de Delaso. El sonido de los disparos todavía retumbaba en su mente. Guardó su revólver en el bolsillo de la campera y trató de pensar en lo que debía hacer.

La sangre de Zoraida manaba lo suficiente de su pecho como para empezar a resbalar del *deshabillé* al piso. En cambio, la cabeza de Delaso casi no sangraba. El gordo había quedado de bruces y todavía su mano sostenía el arma. Ambos estaban tumbados delante del arcón que Keller había empujado. Zoraida yacía boca arriba y su piel había palidecido asombrosamente rápido. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida.

La llave había quedado puesta en la cerradura de la caja fuerte. Keller se volvió y agachó para abrirla. Luego de hacer girar la llave, tiró de la manija y la puerta de la caja se movió. Era pequeña pero muy pesada. Cuando estuvo abierta, Keller buscó en su interior. Había decenas de fajos de billetes de moneda nacional y también dólares. Además encontró estuches con joyas, sobres con documentos y unos relojes antiguos, de tapa y cadenita, que estaban en el fondo.

Keller tomó un fajo de pesos y contó los billetes. Luego tomó siete u ocho más y los puso todos en el bolso que Zoraida había traído. Ahí también guardó el revólver. Cerró otra vez la puerta de la caja, hizo girar la llave y la sacó de la cerradura. Se incorporó y guardó la llave en el bolsillo de la campera. Por fin empujó el arcón para cubrir de nuevo el lugar donde estaba la caja.

Se agachó junto al cadáver de Delaso, sacó la cadena con la llave de su bolsillo y la colgó en el

cuello del muerto.

Lo que había sucedido esa noche en Cedro Azul sería difícil de entender para la policía, pero les resultaría evidente que había un tercero involucrado que en ese momento tomaba el bolso y se alejaba de la escena del crimen luego de salir por la misma puerta por la que había entrado.

Falló la dosis de Mogadón, pensó Keller mientras se internaba en el bosque que limitaba el parque posterior de la casa.

El comedor del hotel estaba vacío y solo Keller se disponía a desayunar en una mesa cercana a un ventanal que daba a un costado del edificio. Desde allí se veía parte de la estación de trenes y un poco de la playa Brava.

El dependiente que llegó con la bandeja era el mismo que atendía la recepción. Era joven y obsequioso, como Keller enseguida pudo comprobar.

–Nuestro desayuno continental incluye café o té con leche, medialunas, manteca y mermelada. Por cincuenta centésimos más le puede agregar un poco de fiambre y fruta –dijo, con ese tono entusiasta que algunos emplean para describir lo banal–. Si quiere, también le podemos preparar huevos revueltos.

–Quiero café solo –murmuró Keller, incapaz de aceptar y comer ese banquete matinal, excesivo para su ánimo. El joven no habría podido sospechar ni entender lo vivido por Keller en Cedro Azul, ni que todo lo que quería era beber una cantidad suficiente de café para despejarse y seguir, alejarse lo antes posible de Punta del Este.

–¿Cuándo sale el próximo ómnibus para Montevideo? –preguntó mientras el dependiente le llenaba la taza, luego de regresar con una jarra de café recién preparado.

–El que entra en Piriápolis, en media hora. Hay otro a las diez que va directo a la capital.

Keller consultó su reloj y comprobó que faltaban dos horas y media para la partida de ese servicio.

–¡Qué poco se queda en la península! –comentó el muchacho–. Llegó a medianoche y ya se va –agregó.

–Llegué ayer por la mañana –mintió Keller–. Trabajo en publicidad y tuve que producir unas fotos para el complejo Arcobaleno. Cuando pueda prepare mi cuenta. Tomo el café y me retiro.

–¡Arcobaleno, que moderno! Los anillos, el parque, los árboles... –dijo el dependiente y esperó un comentario de Keller, que se limitó a poner un pancito de azúcar en el café y revolverlo con displicencia.

Por fin, el muchacho hizo una reverencia y se retiró.

Con el bolso en la mano, Keller caminó desde el hotel hasta la pequeña estación de trenes y allí encontró un teléfono público. Sacó una ficha de las que siempre llevaba en el bolsillo, la colocó en la ranura y discó el número de la comisaría de San Rafael. Luego de que lo atendieran y antes de hablar miró en torno para cerciorarse de que nadie estuviera oyéndolo. Después dijo:

–Escúcheme bien, agente: tienen un desastre en el chalé Cedro Azul, ahí en la calle San Remo. Hubo un tiroteo y hay dos cadáveres. El tipo mató a la mujer, y yo, en defensa propia, lo maté a él. Pasó hace algunas horas. Se van a dar cuenta de que a ella le disparó el gordo. Era un hijo de puta que además le pegaba. Hay un Impala celeste claro en la entrada y el chalé se llama Cedro Azul. La puerta de atrás quedó abierta. Vayan rápido, por favor.

Y colgó.

Desde la estación, Keller caminó sin apuro por Gorlero hasta llegar a la terminal de ONDA. Sacó un pasaje para el servicio que entraba en Piriápolis y salía en cinco minutos. Iban muy pocas personas. Como en el viaje de ida, eligió el último asiento del fondo, junto a la ventanilla y del lado del chofer.

Al rato de partir, se quedó dormido.

Los diarios de la tarde titularon, inevitablemente, con el doble crimen de Punta del Este. La hora en que la policía de San Rafael llegó al chalé y la eficacia de los corresponsales de Maldonado permitieron que la prensa capitalina cubriese el misterioso hecho, al menos en sus aspectos más inmediatos: la identidad de los cadáveres, el lugar, la posible hora de sus muertes. No se conocía todavía el móvil, pero la ecuación del caso presentaba una incógnita: ¿quién era el tercer involucrado?

Las crónicas destacaban que había una única arma en la escena del crimen y estaba todavía en la mano de Héctor Delaso, conocido empresario automotor, que había sido ultimado de dos balazos en la cabeza. La mujer, identificada como Mabel Ferrando –que llevaba ganada cierta fama en el ambiente de la moda y la televisión como Zoraida–, presentaba una única herida que le había causado la muerte, producida por un disparo efectuado con seguridad por Delaso casi a quemarropa. No obstante, era evidente que este había sido ultimado por una tercera persona –otro hombre– que horas después de huir del lugar alertó a la comisaría de San Rafael sobre lo sucedido en Cedro Azul, el chalé propiedad del occiso. Allí no se encontraron indicios de robo o violencia, salvo los cadáveres que yacían juntos al costado de un arcón, en el amplio estar de la casa.

Las páginas mostraban fotos del exterior del chalé, pero no del lugar de los crímenes. Tanto *El Diario* como *El Plata* incluían una imagen de Zoraida, que era Mabel con la peluca rubia. No disponían, por el momento, de un retrato de Delaso.

Keller había comprado los dos vespertinos en el kiosco ubicado frente al Sorocabana de la Plaza Cagancha y los había repasado en una mesa ubicada junto a uno de los ventanales que daban a la calle. Enseguida comprendió que todo lo publicado sobre los crímenes era poco en relación a como habían sucedido los hechos. Desde la noche anterior, al abandonar Cedro Azul, un raro estupor había dio ganándolo. Por primera vez en meses sentía un agobio que creía haber olvidado desde el momento en que se mudara al edificio Valencia. A partir de entonces, le pareció que su vida había recommenzado y que el pasado ya no existía. Pero esa nueva existencia –que no le dio respiro porque era una vertiginosa huida hacia delante– ahora parecía estar congelándose en el exacto momento en que Zoraida lo había mirado por última vez. La mirada era de desafío y satisfacción, y contenía una promesa que sintió que lo involucraba. ¿Por qué, si no, ella iba a confiar en que él, cumplido el robo, habría de llevarle el dinero a un lugar seguro para que lo

compartieran o hicieran lo que les diese la gana?

Ella había creído en él – pensó Keller mientras le daba un sorbo a su copa de ginebra– y lo supo capaz de arriesgarse por ella para pagar la operación de su madre o lo que fuere que necesitara para su vida. Confió en que él no la iba a estafar y huir con todo el dinero. Quizá Olavarría no le hubiera advertido de lo que él era capaz. O quizá sí, pero a ella no le importó, y era eso lo que ahora le dolía y lo paralizaba.

¿A cuál de las dos había matado Delaso? ¿A Mabel Ferrando, cuyos sueños de dejar atrás su pueblo la habían arrojado a los brazos de un canalla despiadado? ¿O fue a Zoraida, según él su creación, a quien le disparó desde corta distancia, perdido por los efluvios del alcohol y el Mogadón?

Al interponerse entre él y Delaso, Mabel y Zoraida le habían salvado la vida, porque Delaso quiso apuntarle a él. Estaba seguro porque antes de disparar había dicho con la voz pastosa por los barbitúricos “hijos de puta”. Keller volvió a pensar en la dosis insuficiente de Mogadón, en el error que desencadenó todo. Pero ya no tenía remedio. Sin contar que, de no haber ido armado, ahora él también estaría muerto.

Desde el Sorocabana, Keller caminó hasta la Plaza Independencia. Quería volver a contemplar el edificio Ciudadela, que para él iba a quedar unido al recuerdo de Zoraida. En la noche, la mayoría de sus ventanas estaban apagadas, porque pertenecían a oficinas. Las del apartamento de la modelo también debían de estarlo.

Detenido en el cruce de Juncal y Sarandí, permaneció unos minutos mirando hacia el piso 15 y apreció el enorme frente vidriado en escorzo. Su modernidad fría y la simpleza de su arquitectura lo angustiaron porque la mole le transmitía una idea de colmena de vidrio y metal. Había algo siniestro en la simetría de sus celdas-ventanas que lo inquietaba.

Era temprano todavía para darse una vuelta por Bonanza, acaso el sitio más adecuado para sobrellevar lo que en ese momento estaba viviendo. Casi sin darse cuenta empezó a recorrer los lugares donde se había encontrado con Zoraida, por eso no le pareció mal hacer tiempo en Le Toucan antes de ir a la *boîte*.

Ingresó en la galería y se sentó a una de las mesas exteriores del local. Le pidió al mozo una ginebra con hielo. Recordó la conversación con Zoraida de un sábado al mediodía, lo que ella le contara sobre su vida, su rostro golpeado, los lentes negros. De alguna manera, había sido vengada y por suerte él lo había hecho. Pero antes, la había perdido. Todavía sentía en el brazo izquierdo su peso en el instante de morir. Recordó cómo ese cuerpo, que antes había amado, había perdido su erótica consistencia, su densidad carnal y tibia para convertirse en algo vacío y desanimado que apenas podía sostener mientras Delaso volvía a disparar dos veces más sin lograr acertarle a su cabeza. ¿Había sido para él o para ella el primer tiro? La duda lo abismaba en el remordimiento. No debió aceptar el plan de Zoraida porque, si hubiera reflexionado sobre los pro y contra sin la coartada de complacerla, tendría que haberse dado cuenta de que toda la estrategia dependía de cuánto efecto podían hacer el Mogadón y el alcohol en un animal como Delaso. Ni siquiera se había preocupado por averiguar en un vademécum sobre las posibilidades estadísticas de esa mezcla. Como la voz alguna vez le había dicho, era un improvisado *amateur* y esa era la razón por la cual Zoraida estaba muerta.

Cuando el mozo le trajo la copa, le advirtió que cerrarían en veinte minutos.

—Tiempo suficiente para que me traiga dos más como esta —dijo Keller, brindando con el vacío.

El mozo asintió y se retiró dejando el tique de la consumición debajo del servilletero.

Keller pensó en lo que debió hacer y no hizo. Debió ocultarse en los fondos del terreno para

esperar la llegada de Delaso en su Impala. Una vez que este hubiera descendido del auto, dar la vuelta por el costado de los garajes para sorprenderlo mientras abría el portamaletas y sacaba el equipaje. Como ya estaba advertida, Zoraida se quedaría en el coche. Cuando Delaso lo viese, no tendría tiempo de intentar nada: las mismas balas que lo ultimaron en la casa pudieron hacerlo en ese momento, con las manos ocupadas por el maletín y la bolsa marinera. Ni siquiera habría entendido lo que sucedía o reconocido a Keller apuntándole a la cabeza con el 22 y el caño del arma a menos de cuarenta centímetros de la frente. Cinco minutos después y tras haber sido arrastrado su cuerpo hasta la piscina vacía, Delaso habría yacido de bruces en el fondo cubierto de pinocha con los mismos dos orificios que ahora tenía. Antes, Keller le habría quitado la cadenita del cuello con la llave de la caja fuerte. Las de la casa estaban en poder de Zoraida, que abriría la puerta trasera tras ayudar a Keller con el cadáver. Hubieran entrado ambos sin decirse una palabra. Alumbrados por la linterna de Keller, habrían corrido el arcón hasta ver la caja fuerte empotrada en el piso; ella habría colocado y girado la llave, tirado de la manija y abierto la puerta. Luego, podrían haber sacado el dinero, los estuches con joyas, los relojes de cadenita y los sobres con documentos para luego poner todo en el bolso que Zoraida había llevado.

¿Y después qué? ¿Habrían huido en el Impala de Delaso como Velma y Murray Sullivan en la novela *Asesino a sueldo*? ¿Cómo desligaba a Zoraida del robo y el crimen? ¿Habrían escapado sin pausa hasta dónde? El plan alternativo culminaba ahí, con un final incierto y una serie de cabos sueltos que se deshilachaban en la soledad de Le Toucan a punto de cerrar.

Keller pagó las ginebras y se encaminó hacia Bonanza, la última parada de su noche triste.

Solo cuando estuvo ante la mirada escrutadora del portero de Bonanza, Keller se dio cuenta de que no iba vestido como para la noche. El saco sport de tweed, los pantalones de pana y la camisa sin corbata, sumados a sus mocasines deslustrados, no se adecuaban a las normas tácitas del lugar. Pero el portero pareció no reparar en esos detalles y le franqueó la entrada como si se tratase de un cliente habitual, importante y habilitado a venir vestido como se le diera la gana.

En el salón le ofrecieron una mesa, pero él prefirió ocupar un asiento en la barra. Por el efecto de las ginebras que ya había tomado, se sentía desinhibido y tan solvente como un playboy dispuesto a todo. En su mente aún bailoteaba la idea de ir huyendo con Zoraida en el lujoso Impala de Delaso. Hasta podía jugar a que acababa de estacionarlo frente a la *boîte* y que ambos, con un bolso lleno de dinero en el portaequipaje, eran dos almas absolutamente libres, porque el crimen les había abierto una puerta que les permitía todo. Quizá fue por ese delirio que cuando el barman –que no era el de siempre– le preguntó qué tomaba, respondió:

–Para mí un Dewar’s *on the rocks*. La dama quiere lo de siempre, un *negroni* con gin del bueno y una cascarita de naranja.

El barman lo miró y buscó a su lado a la dama invisible. No obstante y sin hacer preguntas, luego de prepararlas depositó las dos copas sobre el mostrador. Quizá entendió que la dama estaría por llegar. Keller agradeció con un gesto y enseguida dio un sorbo a su whisky. Brindó con el vacío que había a su lado y, ante la mirada indudablemente curiosa del barman, dijo:

–Ella está un poco retrasada, pero vendrá, sin duda. Aquí quedamos en encontrarnos y no es de las que fallan, ¿sabía?

–Por supuesto, señor, mejor así.

–Usted no es el que está siempre.

–No, estoy suplantando a Mario. Le dieron una mala noticia hoy. Una amiga falleció, una chica que suele venir a Bonanza. Bueno, en realidad parece que la mataron. ¿No se enteró de las noticias?

–No –dijo Keller, sin convicción. De pronto había regresado a la realidad y el *negroni* intocado le pareció absurdo.

–¿Necesita algo más?

–Gracias, así está bien.

–¿Va a esperar mucho, señor?

–Imagínese, es Ava Gardner. ¿Usted no la esperaría?

El barman pensó que se trataba de un buen chiste del cliente y sonrió por compromiso. Después se dedicó a atender a un individuo recién llegado a la barra. Keller miró otra vez el solitario *negroni* y supo que, por primera vez en muchos años, iba a emborracharse. Solo necesitaba apoyar los efectos de las ginebras con el escocés y dejarse ir en una deriva indolente y metódica. Se conocía y, pese a que hacía poco que había vuelto a tomar alcohol, lo resistía bien y sin perder demasiado sus cabales.

En determinado momento pediría que le enviaran un taxi y saldría con bastante dignidad del sótano, un poco aturrido y algo rígido, pero desplazándose por sus propios medios. Era la única posibilidad que tenía de esperar a Ava Gardner aun sabiendo que nunca llegaría. Ella estaba íntegra en el *negroni* que nadie tomaría y en los sucesivos vasos de whisky que el barman le iría sirviendo, sin retirar el cóctel ni reclamarle el lugar vacío junto a su asiento. Quizá había entendido que todo ese asunto de la espera y la dama invisible era un juego íntimo y necesario que el cliente tenía derecho a jugar. Los buenos barman son los que respetan al que está del otro lado del mostrador y no se meten en los caprichos de los que beben solos o acompañados. El tipo es suplente pero juega muy bien de titular, pensó Keller cuando todavía su mente era capaz de hilvanar dos ideas sucesivas.

No tuvo conciencia de cuánto se prolongó la espera. Ya en el apartamento, luego de caer de bruces sobre el sofá, lo único que pudo recordar fue que atravesó la *boîte* como si el piso fuera a abrirse bajo sus pies, subió como pudo los dos tramos de la escalera caracol y después alguien de la puerta lo metió en un taxi. Debió de balbucear la dirección –eso lo recordaba con claridad– y entregarle al chofer su billetera para que se cobrara el viaje, porque él no estaba en condiciones de contar los billetes. Antes de caer en la negrura de un sueño de alcohol y depresión, creyó ver, difuso y evanescente en la oscuridad del apartamento, el rostro de Zoraida al momento de morir, lo cual era producto de su imaginación porque él estaba detrás de ella cuando Delaso disparó. Sin embargo, no le quedaron dudas de que así debió de ser su expresión ya que además pudo escuchar el estampido amplificado que percutió su cerebro embotado y se prolongó como un eco desesperante. Hasta que se quedó dormido.

Los golpes en la puerta lo despertaron y se sintió regresar a la vigilia y a la realidad como si emergiese de un pozo por el cual, desde que se durmiera, no había dejado de caer. El dolor de cabeza era unánime y por un momento no entendió dónde estaba. Oyó el timbre y nuevos golpes en la puerta. Por fin se levantó y fue a mirar a través de la mirilla. Vio un hombre al que no pudo reconocer.

–¿Quién? ¿Quién llama? –preguntó, y la voz le salió como si su boca estuviera llena de estopa.

–Edmundo... tu cuñado...

La puerta se abrió y pudo ver a Edmundo Parnell, trajeado y pulcro, sosteniendo su llavero para mostrárselo.

–Dejaste la llave puesta. No quise entrar antes de saber que estabas.

–¿Qué hacés acá? ¿Cómo averiguaste dónde vivo?

–Gabriel... qué cara... ¿te sentís mal?

Keller cerró la puerta y volvió a desplomarse sobre el sofá. Se tomó la cabeza con las dos manos. Sentía náuseas. Despertar así y encontrarse con Edmundo a poco de abrir los ojos era demasiado.

–Por favor, traeme un vaso de agua –le pidió, señalándole la cocina.

Parnell obedeció.

–No importa cómo llegué –gritó mientras abría la alacena para sacar un vaso y lo llenaba con agua de la canilla–, pero parece que me necesitás. Tu cara asusta. ¿Trasnochaste? ¿Querés que te prepare un café?

Keller aceptó con un gruñido. Bebió con avidez. Después se levantó y fue al baño. Se lavó la cara y mojó su cabeza bajo la canilla. Sus ideas empezaron a ordenarse y mientras seaba se preguntó qué hacía su cuñado allí, precisamente esa mañana en que él estaba fuera de combate. Puso dos centímetros de Kolynos sobre el cepillo de dientes y se sintió mejor. La estopa de la boca se diluyó en la espuma fresca del dentífrico y, cuando salió del baño peinado y definitivamente despierto, Parnell lo aguardaba con dos jarros de café recién hecho sobre la mesita baja.

–Leonardo me pasó tu dirección la última vez que me escribió –dijo el escribano–. Las noticias de ayer me preocuparon. Supongo que te enteraste, ¿no?

Keller supo que no podía negar lo evidente. Dedujo que su cuñado había unido la averiguación

hecha unas semanas antes con Delaso muerto de dos balazos en un chalé de Punta del Este. Tomó el jarro de café y dio dos largos sorbos. Con ellos se tragó un Geniol que había traído del baño.

–Por supuesto, me enteré. ¿Y qué?

–Lo que averigüé sobre ese tipo de Fairlane Sociedad Anónima. Un pesado al que acaban de limpiar en su propia casa de Punta del Este. La mujer que estaba allí era una modelo y aparentemente él la habría matado. Me habías dicho que tenían una amiga en común. ¿No sería la muerta? ¿Qué tenías que ver con ese tipo? Te confieso que cuando leí los diarios ayer, quedé preocupado.

–¿Preocupado por qué?

–No me sobres, cuñado. No soy tan estúpido como parezco. Te hice un favor, investigué, te di el nombre de ese tipo y no me aclaraste para qué lo querías. Lo metiste a Leonardo en el tema, pero eso fue un golpe bajo para que yo averiguase. Entonces al tipo lo matan de dos balazos en la cabeza luego de que él le pegara uno a una mujer que es modelo, trabaja en la televisión y en publicidad, casualmente algo a lo que vos te dedicabas hasta hace muy poco. ¿Voy bien?

–No sé adónde querés llegar.

–¿Me estás jodiendo? Sumo dos más dos. ¿Estás seguro de que no tenés nada que ver con esto que pasó? Si es así, explicame para qué querías que te averiguara lo de Fairlane y te consiguiera el nombre de Delaso.

Lentamente, Keller fue recuperando su distanciamiento habitual y su cara de póker para no traslucir un gramo de zozobra ante las preguntas de su cuñado.

–¿De veras pensás que yo pude estar en ese chalé y limpiar a un tipo que, según vos, es un pesado de cuidado? ¿Me ves a mí en posesión de un arma y vinculado a una mujer como la que mató ese tipo ayer?

–Pero entonces, ¿qué problema tenías con Delaso? ¿Quién es esa amiga común? Explicámelo, cuñado, así me quedo tranquilo.

Keller terminó de beber el café y miró el fondo de su jarro vacío. Tenía que decirle rápidamente algo para que Parnell dejara de fastidiarlo y regresara a su cuchitril de la Ciudad Vieja.

–Mirá, cuñado: no tengo nada que ver con lo que pasó ayer. No conocía a la que mataron. Como vos me lo advertiste, Delaso era un tipo de cuidado y con seguridad le sobraban enemigos. No es necesario que fantasees con coincidencias que son solo eso: detalles casuales. Mi tema con Delaso sigue siendo asunto mío. Por suerte ya no puede joder a nadie más. La amiga en común es una mujer casada, que por desgracia se había vinculado a Delaso. Como podrás imaginar no te voy a decir su nombre ni el motivo por el cual tuve que pedirte que investigaras a Fairlane para confirmar que pertenecía a Delaso. Con el dato que me diste, ese asunto quedó en manos de abogados. Fin de la historia, Edmundo.

La cara de Edmundo Parnell regresó de nuevo a su expresión crédula y afable. Bebió su café y

sonrió como un niño al que le acaban de contar un cuento fantástico y feliz.

–Entonces tu amiga se libró de un problema – dijo–. No de Delaso, sino de tratar con abogados –agregó y estalló en una carcajada.

Keller asintió y procuró acompañar la risotada con una mueca sonriente que se dibujó en su boca pese al dolor de cabeza.

Parnell terminó el café y se despidió:

–Disculpame la visita, cuñado, pero estaba nervioso con este tema. Ahora ya me lo aclaraste. Por lo que leí hoy más temprano en *El País*, lo que pasó en el chalé es un misterio. Piensan que ambos fueron crímenes pasionales y el que mató a Delaso está prófugo. Por ahora no surgen pistas, pero van a empezar a interrogar a personas vinculadas o cercanas a la mujer y a Delaso. ¿De veras no conocías a la chica? Es una modelo famosa, fue miss no se cuánto y sale en la televisión. Vi la foto en el diario: rubia, una belleza. Pobrecita, ¿no? Bueno, hasta un día de estos, Gabriel. Cuidate. Tenés muy mala cara.

La prensa informó que luego de que el cuerpo de Mabel Ferrando fuera liberado después de la autopsia, su familia procedió a su inhumación en el cementerio de la ciudad de Florida. Las pesquisas policiales seguían con pocos avances, pero lo que se había confirmado plenamente tras la pericia forense era que había muerto por el disparo en el corazón realizado por Delaso con el revólver 38 que todavía estaba en su mano cuando la policía de San Rafael encontró los cadáveres.

El ambiente televisivo y publicitario había quedado muy consternado con la muerte de la modelo y por unos días los diarios no dejaron de reproducir distintas fotografías que se vinculaban con sus trabajos realizados profesionalmente. En todas lucía la peluca rubia y el aire a lo Brigitte Bardot, lo cual remitía a su identidad como Zoraida. La otra –la mujer morocha y habitué de Bonanza– había sido escamoteada de las crónicas por razones que nadie aclaraba. En cuanto a Delaso, el tratamiento periodístico lo señalaba como empresario, y el vínculo con Ferrando era aludido, simplemente, como “sentimental”, con todo lo vago e indefinido que eso sonaba.

Keller siguió ese relato refugiado en los distintos bares que frecuentaba, leyendo las crónicas que con mayor o menor celo iban cubriendo el caso criminal. En las de *El Diario*, la novedad –a la cual Humberto Dolce no podía estar ajeno– era un trascendido de fuentes confiables que revelaban que el suicidado contador Salvador Morata, cuyo cadáver apareciera días antes dentro de un Volkswagen en el Parque Roosevelt, era asesor contable de Delaso. Ello se completaba con otra especie inquietante: la desaparecida joven, Leila Susana Fantino Viera, mantenía un vínculo amoroso con el malogrado Morata y faltaba de su hogar desde el mismo día en que el contador se había autoeliminado. Era probable que toda esa situación no tuviera nada que ver con los hechos del chalé Cedro Azul, pero los cronistas de la sección policiales tensaban la intriga y mantenían en suspenso a todos los lectores menos a Keller.

La información también se ocupaba de recordar que, en otro caso no cerrado todavía, las autoridades aún no habían logrado dar con el paradero de Ricardo Villa, al que las pruebas encontradas en Parque del Plata señalaban como el asesino del identikit que se hacía llamar Milo Epstein. Más modesto que el de Punta del Este, el chalé de Villa también era un escenario siniestro, del cual el propietario se había esfumado sin dejar rastros. Si en las diferentes aduanas y pasos de frontera no constaba su ingreso al país, tampoco había pruebas de su salida.

Tras leer esas líneas, Keller apuró el último trago de la ginebra que estaba tomando en el bar de Gonzalo Ramírez y Jackson. Eran las siete de la tarde y, horas antes, le había escrito a su hijo Leonardo una carta que llevaría al otro día al correo. Todavía no se sentía capaz de llamarlo por teléfono porque tendría que improvisar contándole cosas que le hicieran creer que estaba bien y planeando el viaje a Perth. Algo por el estilo había escrito en la carta.

Volvió al apartamento un poco achispado por la ginebra. Los días posteriores a la noche de San Rafael lo habían sumido en un sordo hastío y en la sospecha de que la ira, que en todo ese tiempo lo había impulsado, se había ido convirtiendo en rutina, en espera, en ausencia de entusiasmo para emprender nada. No obstante, y en relación con Zoraida, todavía tenía algo pendiente que cumplir.

Aunque lo hubiera querido, Keller no habría tenido manera de averiguar la dirección; tampoco de saber si la señora estaría en la casa. Así que, después de recorrer los cien kilómetros y descender del ómnibus que cerca del mediodía lo dejó en el centro de Florida, Keller consultó en la oficina de la Terminal dónde quedaba la empresa de pompa fúnebre de la ciudad.

El empleado de la funeraria no necesitó investigar la razón por la cual Keller quería ir a visitar a la madre de la modelo. Pese a lo trágico de su final, Zoraida –Mabel Ferrando– era para la ciudad y quizá todo el departamento una especie de estrella a la cual muchos todavía querían rendir homenaje. Fue por eso que además de los datos para llegar a la casa materna, el hombre le indicó con toda precisión dónde estaba la tumba de Mabel en el cementerio de la ciudad, ubicado en la Avenida del Cementerio, precisamente.

La casa era modesta: una construcción simple de techo plano, con dos ventanas y una puerta que daban a un pequeño jardín al frente en el que había unos canteros con hibiscos, laureles, ceibos y algunas flores silvestres. Las paredes habían sido pintadas a la cal y los antepechos de las ventanas de un color ocre desvaído. Estaba ubicada en una cuadra de una zona de viviendas humildes cercana al río Santa Lucía, la mayoría hechas de bloques con techo de dolmenit. Allí vivía Amparo Borja, la madre de Zoraida.

Eran poco más de las dos de la tarde y un sol que parecía primaveral entibiaba el día. Con el bolso que se había llevado del chalé de Delaso en una de sus manos, Keller atravesó la pequeña portera de acceso al jardín y luego tocó el timbre junto a la puerta. Enseguida le abrió una mujer morena y delgada de unos cincuenta años, que lo miró con intriga. Era una versión un poco magra y desmejorada de Zoraida, sin contar que la doblaba en edad. Para sorpresa de Keller, no llevaba lentes.

–¿Amparo Borja? –preguntó, aunque sabía que era ella.

–Sí. Soy yo, ¿qué desea?

–Me llamo López y conocí a Mabel. ¿Podemos hablar?

La estancia era sobria y humilde, con pocos muebles austeros y funcionales y un aroma a limpio que rezumaba también honestidad. Amparo le indicó a Keller una poltrona de mimbre con almohadón en el asiento y ella ocupó la otra, que la enfrentaba. En un rincón del estar había un televisor encendido con el volumen bajo, que la dueña de casa no se molestó en apagar.

Luego de expresarle a Amparo sus condolencias, con el bolso sobre las rodillas y asombrado

de que no hubiera un solo retrato de Zoraida a la vista, Keller empezó a contar la historia que había preparado:

–Trabajo en publicidad y la conocí a su hija hace unos años, cuando realizamos las fotos para la campaña de ODORONO, supongo que la recuerda –dijo Keller.

Amparo no respondió.

–Ahora estábamos realizando una para la tienda La Ópera – yo trabajo por mi cuenta–, y Mabel participó de la filmación de anuncios para la televisión que tuve que producir. Lamentablemente, eso no se pudo terminar. No obstante, y sé que lo que voy a decirle no va a atenuar su dolor, mi cliente quiso cumplir con el pago prometido por el trabajo aunque la campaña, claro, no habrá de usarse. Este bolso era de ella y lo dejó olvidado la última vez que filmamos. Adentro tiene un sobre con dinero. Espero que no tome a mal que haya venido a entregárselo, señora. Además – agregó Keller, tras una pausa en la que esperó que Amparo hiciese algún comentario–, tengo entendido que ella iba a guardarlo para traérselo: me habló de la operación de cataratas que usted necesita.

Amparo enarcó las cejas en un gesto de asombro. Mientras escuchaba a Keller algo iba crispándola interiormente, pero una fuerza poderosa la contenía. Hasta que por fin dijo:

–Hace años que Mabel no nos visitaba, ni siquiera en Navidad. Desde que se fue con ese desgraciado que la mató, su hermano y yo dejamos de existir. Hizo lo mismo que el padre: irse y olvidarnos. La manera en que murió confirma la equivocación de su vida. Si reclamamos su cuerpo y le dimos cristiana sepultura fue para salvar las apariencias. Todavía enseño en una escuela y mis niños no iban a poder entender que su maestra no se ocupase de una hija asesinada. Ella había renegado de nosotros y, para serle sincera, con su hermano la llamábamos Miss Ingratitud. Pero todo esto que le digo no significa que el dolor no nos doblegara cuando nos enteramos. Piense en todo lo que se puede llegar a decir en un pueblo chico cuando pasó lo que pasó. Piense en mí, arrasada por la pena y realizando junto con mi hijo los trámites y todo eso que implica un cadáver en una morgue con la Justicia de por medio. Piense en las preguntas que tuvimos que responderle a la policía, sobre lo que Mabel era o hacía. Asuntos sobre los cuales no estábamos enterados. ¿Lo entiende? Mabel era una ausencia y también un sufrimiento de madre permanente. No sé qué significa ese dinero que me trajo. ¿Operarme de cataratas? Eso es absurdo, yo veo perfectamente. No uso lentes ni siquiera para leer. ¿De veras le dijo eso? Pobre, debía de estar loca. No necesitamos ese dinero, señor López. Y ahora, hágame el favor, váyase y llévese ese bolso. No me siento bien y esta conversación me ha puesto peor. ¡Cataratas!

Keller se incorporó y dejó el bolso en el piso. No tenía nada que hacer allí. Cuando iba a salir sin siquiera despedirse, Amparo lo detuvo, tomándolo de un brazo:

–Espere, ¿quién es usted?

–Ya le dije, me llamo López y estaba trabajando con su hija cuando...

–¿Usted no será...? ¿Qué es este dinero que me trajo? ¿De dónde lo sacó?

–Mabel se lo había ganado, me contó que...

–Estuvo allí, ¿verdad? Es el hombre que la policía está buscando, por eso vino y... Encontraron un portafolios vacío en la casa... Ese malnacido tenía plata, especularon con un robo, creo que usted...

La mujer no soltaba el brazo de Keller y lanzaba frases entrecortadas con una creciente excitación. Por fin, este se apartó.

–¿Qué dice? Es una locura lo que piensa. Cállese, yo solo vine para cumplir con mi cliente. No sé de qué me habla, su hija se ganó ese dinero y me habló de una operación de cataratas que usted necesitaba. Por eso estoy aquí. Pero ya me voy, disculpe si la molesté, señora.

Amparo se tapó la boca con las manos y reprimió un grito. De golpe los ojos se le llenaron de lágrimas. En ese momento Keller supo que no le creía nada de lo que había dicho, porque él no había sido convincente o porque todo el cuento era demasiado edificante para que Amparo lo creyera. Lo de las cataratas era la parte renga y él, crédulo de toda credulidad, se lo había tragado al punto de cometer el error y la estupidez de llegar hasta allí para que la mujer sospechara y entendiera todo. Ya nunca podría saber para qué necesitaba Zoraida el dinero. Tal vez para seguir alejándose de lo que había sido y lo que era. Acaso el primer motivo era el verdadero: irse a Estados Unidos o a Australia, los destinos de moda en esa época en que muchos solo querían emigrar.

Amparo siguió mirándolo, pero no preguntó nada más. Lloraba en silencio mientras él rehuía su mirada y dejaba la casa sin pensar en otra cosa que subirse a un ómnibus para regresar cuanto antes a Montevideo.

Desde el vano de la puerta, Amparo le gritó:

–Si lo mató, se lo agradezco. Pero por favor no venga nunca más por aquí.

El bolso con el dinero salió volando, arrojado por Amparo, y cayó del otro lado del jardín, cuando Keller ya se había alejado sin responderle ni mirar atrás.

La voz sobria pero estentórea del informativista del noticioso matinal consignaba: “Una extraordinaria bajante del arroyo Solís Chico a la altura del puente ferroviario de Parque del Plata permitió que en la víspera apareciera el cadáver de Leila Susana Fantino Viera, la joven desaparecida desde el viernes 10 de julio. El cuerpo estuvo sumergido y tenía piedras en los bolsillos de su tapado. Ese peso y el hecho de que uno de sus tobillos quedara atrapado entre dos rocas del fondo del arroyo cercanas a la orilla –de las escasas que hay en esa parte– determinaron que el cuerpo no fuese visible hasta que el agua descendió naturalmente. A casi un mes de su desaparición la autopsia reveló que la malograda joven habría muerto ahogada. Al no encontrarse signos de violencia en el cuerpo, el forense concluyó que el deceso se había producido por asfixia bajo el agua. El tiempo transcurrido entre la desaparición y el hallazgo del cuerpo impidió calcular la fecha de la muerte, aunque bien pudo ser la misma del suicidio del contador Salvador Morata, que, como se informara en su momento, mantenía una relación sentimental con la joven. Ampliaremos al mediodía”.

Keller escuchó la información difundida por la Radio Carve mientras desayunaba en la cocina. De alguna manera, la noticia parecía cerrar uno de los casos que la policía aún no había podido resolver. Los que todavía se mantenían abiertos remitían al paradero de Ricardo Villa y a la identidad del hombre que había ultimado a Héctor Delaso en el chalé Cedro Azul de San Rafael. Los cronistas de la sección policiales extremaban sus recursos de imaginación para exprimir los datos oficiales pero no podían, hasta el momento, establecer una teoría respecto de ambos misterios.

Consciente de ello, Keller mantenía una rutina de retiro y absoluta soledad. No había vuelto a ir a Bonanza y su día transcurría en el encierro de su apartamento y la corta caminata hasta el bar de Gonzalo Ramírez y Jackson para tomar café y leer la prensa. Había resuelto ser el hombre invisible.

A todo ello se le sumaba el vacío del apartamento de Beatriz, la ausencia de postales enviadas desde donde fuera que estuviese y la prolongación sin noticias de un viaje que ya superaba el mes de transcurrido. La única alteración de los hábitos de Keller había sido, el día anterior, la llamada de larga distancia que en un locutorio público había realizado a Perth.

Pidió a la telefonista la comunicación a las diez de la mañana, calculando que, con doce horas de diferencia, sería de noche en Perth y Leonardo estaría en la casa. Tuvo que esperar más de una

hora la conexión con el número que le entregó a la operadora, anotado en un papel. Cuando lo llamaron adjudicándole una cabina, Keller descolgó el tubo con un nudo en el estómago. Hacía meses que no escuchaba la voz de su hijo y, cuando por fin lo hizo, en medio de ruidos de estática, le pareció que hablaba con otra persona. Lo que siguió fue una conversación entrecortada y vacilante, producto de la demora en el traslado del sonido desde y hacia el otro lado del mundo. Por momentos, Keller gritaba o se atropellaba con las palabras. Los temas que se sucedieron fueron pocos y remitían al bienestar, la distancia, la salud, el trabajo y los logros de Leonardo. Por su parte, Keller se limitó a contar que estaba bien, que se veía con amigos inexistentes, trabajaba por su cuenta en publicidad, había paseado por Punta del Este todo un fin de semana y se había amigado con su cuñado Edmundo. Antes de cortar, Leonardo le anunció que ya había ahorrado lo suficiente como para visitarlo en Navidad.

La sensación que le quedó a Keller luego de la llamada fue que su hijo estaba en otro planeta, a una distancia sideral, y que de alguna manera ya lo había perdido. Él, en cambio, se sentía detenido en un espacio indefinido y paralizante de una ciudad cuyo acontecimiento futuro más trascendente sería la visita del general Charles De Gaulle el próximo mes de octubre. Así lo informaban los títulos de la prensa matutina de ese día.

Caminando por la Ciudad Vieja y con el eco extraño de la voz de su hijo sonando en su mente, se sintió inútil y vano.

Tal vez la única salida que le quedaba, pensó Keller, era viajar por fin a Perth y acometer el difuso proyecto de abrir un café estilo rioplatense, un lugar de paso con mostrador y mesas para gente solitaria o desocupada que necesita una tregua en su jornada vacía. Pero ese lugar no tendría el mismo sentido para los australianos. Quizá, en vez de café debería vender cervezas y bocadillos de canguro, imaginó con ironía. Además, le pesaba seguir el camino de Leonardo, involucrarse en la huida de él para empezar a ser alguien trasplantado a un lugar tan lejano como desconocido.

Estaba otra vez en la confitería La Alhambra, en la misma mesa en la que una vez había conversado con Ruben Moreira horas antes de matarlo y en la cual hizo tiempo la noche en que había ultimado a Flavio Olavarría. También era el sitio desde donde vigilaba a Beatriz los mediodías cuando ella salía de la tienda a almorzar. Había regresado allí para refugiarse en lo ya visto y confiar en que, en el sabor de una taza de café con leche, encontraría un remanso para su mar de dudas.

Cuando iba a dar el primer sorbo a la taza, la voz resurgió, profunda pero con interferencias de estática, como la voz de Leonardo en la conversación telefónica:

“Estás en lo que muchos llaman una encrucijada, viejo. Pero eso no te lo puedes permitir, en tu vida ya no hay opciones porque desde que eres un asesino tu único camino corre solo hacia delante. Sentiste la adrenalina de matar y todo lo demás te va a parecer insuficiente y aburrido. Y lo de Delaso no cuenta, porque fue en defensa propia. No te quedaba otra opción que lo que hiciste: el tipo le apuntaba a tu cabeza. Habrías preferido otro trámite, ¿verdad? Con almohada y sorprendiéndolo por la espalda, sin permitir que te viera o que el matón entendiera lo que iba a sucederle. Lo que te fascina es tener el poder de un rayo que cae sin avisar y fulmina lo que toca. Una fuerza ciega y absoluta que no elige ni discrimina. Pero contigo no funciona así, porque sí eliges, ¿no? Ese es el detalle: saber a quién vas a eliminar, o suprimir como te gusta decir. Entonces, todo se organiza en torno a esa decisión o a esa necesidad que, como sabes, es oscura y proviene de esa zona que todos tenemos pero que pocos se animan a admitir. No voy a seguir abundando en lo que tantas veces te he dicho, pero te advierto, por si no lo sabes o no te has dado cuenta, que no puedes dejarla. Me refiero a la compulsión que te empuja a matar...”

–Voy a dejar de hacerlo, hijo de puta –murmuró Keller para sí y por primera vez se animó a responderle a la voz o, peor, a interrumpirla y contradecirla.

“¿Qué? No seas iluso. No puedes. No se trata de dejar de fumar o evitar comer lo que engorda. Esto es más complejo, viejo. Es más que un vicio. No podrás vivir si no sigues matando. La noche que despachaste a Brentano descubriste realmente quién eras. Y no te arrepientas, ya viste qué clase de canalla era ese joven. ¿No piensas que fuiste un instrumento de castigo, un simple ejecutor de un designio superior? La roja cosecha que siguió te confirma esto que digo: ninguno merecía seguir viviendo. Tú los suprimiste en nombre de algo que te trasciende pero conviene que acates...”.

–No voy a seguir haciéndolo –dijo Keller, ahora en voz alta, casi gritando.

Media confitería se volvió hacia él. Pero la voz insistió:

“Es inútil que te rebeles. Y cuida ese tono. Yo solo digo lo que tú ya sabes, lo que tu mente construye y expresa con mi voz para que oigas y entiendas que no puedes escapar. Dejar de ser Milo Epstein o jugar al altruista. Llevarle el dinero a la madre de Zoraida no cambia los hechos. No puedes mejorar o rehusarte. Todavía tienes trabajo que hacer aunque aún no sepas dónde caerá tu próximo rayo. Debes esperar y ver cómo el tren sin frenos no se desvía y te lleva a la próxima parada de tu compulsión. ¿Tomasa? ¿Alicia? ¿Amparo Borja, que ya sabe quién eres? Solo estás tomando resuello, viejo...”

–¡Basta, por favor! –gritó Keller y el mozo se acercó para preguntarle si se sentía mal.

No le respondió, pero tenía la mirada perdida, como alguien que no tuviese contacto con la realidad.

“Estás haciendo un papelón, viejo. Todos aquí se dieron cuenta de que algo no anda bien en ti. Pero discutir conmigo no va a solucionarlo y si te hablo es para que entiendas que de esto no se sale. Lo mejor es aceptarlo y por fin empezar a disfrutarlo. No olvides que, si lo dejas, eres nadie. ¿Volverás a escribir avisos? Pronto vas a quedarte sin dinero: ¿piensas vender tus muebles, salir a mendigar? ¿Cómo vas a pagar el alquiler o la factura de la luz? Empezarás con pequeñas raterías y robos oportunistas. Tuviste a tu disposición todo el dinero que había en la caja del gordo y sacaste solo unos fajos para cumplir con esa conciencia débil que todavía te domina. Pero lo importante ya lo sabes: la *femme fatale* te usó para que la ayudaras a esquilmar al golpeador. Te mintió con lo de la operación de cataratas y se aprovechó de tu credulidad. Sabía que le entregarías todo una vez que ambos se volvieran a reunir. Pero Delaso la conocía, ¿no? ¡Pum! No dudó un instante. Por hoy es suficiente, viejo, más no puedo hacer por ti”.

La voz se extinguió, como si hubiera surgido de un aparato de radio que alguien apaga girando una perilla. Keller transpiraba y cuando volvió en sí –había estado perdido en medio de una niebla que lo aislaba del ambiente de la confitería–, el mozo le estaba ofreciendo un vaso de agua.

–¿Se siente bien, señor? ¿Quiere que llamemos a un médico? –le preguntó con actitud solícita.

Keller lo miró, extrañado, y apenas negó con un gesto. Atinó a sacar unos billetes del bolsillo, dejarlos sobre la mesa y salir enseguida del local. Por primera vez desde que todo había comenzado, estaba aterrado. Como si dijese una jaculatoria, iba murmurando:

–Voy a dejarlo, voy a dejarlo...

Cuando Keller llegó al edificio Valencia ya eran las once de la noche. Después del episodio de la confitería, había vagado sin rumbo hasta lograr serenarse y recuperar un poco de equilibrio interior. En esa recorrida recaló en dos sitios familiares: el Sorocabana y luego el bar de Gonzalo Ramírez y Jackson. En el primero bebió café y un par de traviatas de jamón y queso. Ya en el segundo, necesitó de unas ginebras que le devolvieran un poco de calma. Lo tenía decidido: pese a la aversión que les había tomado, iba a consultar a un médico sobre el problema de la voz.

Subió la escalera y antes de llegar al pasillo, se apagó la luz del palier. Entonces vio una rendija de claridad asomando bajo la puerta de Beatriz. El corazón le latió con más fuerza y Keller se detuvo. Acercó su oreja a la puerta y trató de escuchar alguna conversación o movimiento dentro del apartamento. Le pareció oír una música remota. Permaneció así varios segundos intentando discernir si Beatriz había regresado, hasta que por fin no soportó más la duda y oprimió el botón del timbre. Enseguida se arrepintió: ¿Y si estaba Alicia con ella? Era tarde; tras girar el cerrojo Yale, la puerta se abrió y Beatriz se asomó, con el pelo mojado y vestida con una salida de baño de tela afelpada. Su rostro estaba bronceado y su cabello lucía más corto.

Por unos instantes ninguno de los dos habló; solo se miraron como si fueran desconocidos, hasta que Keller dijo:

–Vi la luz en la rendija de la puerta y pensé que...

–Sí, regresé esta tarde. Recién salgo de la ducha... un viaje cansador...

–Disculpe la hora, pero me pareció...

–Recuerdo que antes de que me fuera nos tuteábamos. No es problema la hora, tenía el sueño alterado por el vuelo y cuando llegué tuve que dormir. Hace un rato me desperté.

–Bueno, bienvenida. Veo que estás ocupada, en todo caso...

–No, para nada, pase si quiere –dijo Beatriz y se apartó para que Keller entrara.

–¿No nos tuteábamos? –preguntó Keller y aceptó entrar.

–Es que a mí me cuesta –reconoció Beatriz. Se pasó la mano por el cabello húmedo y se cerró más la bata.

–Podés seguir con el “usted”. Terminá de secarte, no te preocupes por mí. ¿Y tu compañera de viaje?

Beatriz hizo un gesto despectivo con su boca.

–Se quedó en Europa. Regresé sola.

–¿Y eso?

–No me haga caso. Alicia seguirá viviendo en su casa. Aquel plan que teníamos... bueno, no va a mudarse conmigo.

–¿Cómo? –preguntó Keller, que de pronto creyó que estaba soñando.

–Será lo mejor. El viaje sirvió para que nos conociéramos un poco más. Fue difícil la convivencia. No piense que nos llevábamos mal ni cosa parecida, pero de pronto entendí muchas cosas que me pasaron con ella. En fin, creo que usted tenía razón... –dijo Beatriz y se arrojó a los brazos de Keller que la recibió casi con sorpresa.

No estaba preparado para la revelación o el abrazo, por eso no pudo decir nada mientras ella fue acurrucándose y buscando ser protegida. Así permanecieron hasta que él dijo:

–Fue demasiado tiempo el que pasó desde que... no esperaba esto, ocurrieron muchas cosas desde que te fuiste. Será mejor que te las cuente para que estés enterada. Debes saber que tu tío... –empezó a decir Keller y no se detuvo hasta que la enteró de lo que el inspector Tomasa había descubierto.

Mientras escuchaba, Beatriz se separó, tensa y expectante y se fue apartando de Keller, que le detalló lo sucedido en el chalé Adelaida con el hallazgo de las pruebas que señalaban a Ricardo Villa como el asesino Milo Epstein, todavía prófugo. En ese momento le ahorró lo de las fotografías y el negocio que unía a tres de los asesinados, aunque sabía que Beatriz le preguntaría las causas de esa serie de crímenes cometidos por Villa. Finalmente, le dijo que el inspector Tomasa con seguridad iba a citarla para que le hablase sobre su tío. Keller le aclaró que antes lo había interrogado a él sobre lo que podría saber de la relación de ella con Villa.

–Me negué a contarle lo que vos me habías confiado. Además le dije que estabas de viaje. Quería tener tiempo de verte cuando volvieras y advertirte de todo esto antes de que Tomasa te interrogue. No es agradable haberlo hecho, pero no tenía más remedio.

–¿Y por qué Ricardo mató a todas esas personas? Es una locura lo que hizo.

Ante la pregunta y el comentario, Keller no pudo seguir ocultándole lo de las fotos.

Cuando mencionó el tema de las fotografías y los roles que cada una de las víctimas de Villa había cumplido en el negocio, Beatriz palideció. Estaba sentada en el sofá y Keller, de pie, moviéndose apenas como un actor en un escenario mientras le relataba la trama de los negativos y sus ampliaciones.

En algún momento de ese relato, se convenció de que él era ajeno a esa historia y que podía aliviar el impacto que tendrían sobre Beatriz esas revelaciones si era capaz de elegir las palabras adecuadas. Con gran delicadeza fue evitando aludir a la fotografía principal en la que ella aparecía. No obstante, todo lo que iba diciendo lo empujaba sin remedio a mentar esa foto que, con toda evidencia, había sido descubierta por Villa y lo había llevado a buscar a los responsables y disparar su venganza. Cómo pudo ocurrir eso era el detalle que Keller debía inventar para que toda la historia cerrase. ¿De qué manera esa foto de su sobrina habría llegado a Villa para obligarlo a abandonar su obstinada ausencia? ¿Si hacía años que no la veía, cómo la pudo reconocer en una situación tan escabrosa?

Beatriz lo escuchó sin decir una palabra, mientras su pelo, que se había ido secando, fue tomando la forma de una corta melena cuyo origen no podía ser otro que la visita a un *coiffeur* parisino. Semiovillada sobre el sofá por fin lo miró a Keller, pero lejos de compungirse o sentirse culpable, su actitud era fría y serena. Keller pensó que la que había regresado era una Beatriz inédita, diferente más allá del corte de pelo y el tono bronceado de su piel.

–Nunca sentí verdadero dolor por la muerte de Javier –dijo, con una voz nueva en la que resonaba un dejo de rencor mientras sus ojos miraban el vacío–, solo me afectó la forma en que desapareció de mi vida. Siempre supe que había algo turbio en su final y no creí que fuera a causa de una deuda de juego. Cuando lo conocí yo era una tonta crédula y sin experiencia, una simple empleada de tienda, una huérfana a cargo de una tía enferma. Él me conquistó, me envolvió con promesas que nunca cumplió y me sometió a... bueno, puede imaginarlo si vio esa foto.

–No vi ninguna foto –dijo Keller, extrañado por el comentario.

–¿Entonces Ricardo la vio? ¿Cuándo? ¿En dónde?

–Quién sabe. A lo mejor volvió antes de lo que pensás.

–Pero, ¿cómo supo de Javier y los otros? ¡Qué casualidad que usted conociera al fotógrafo!

–Es cierto, es una casualidad que no hace al asunto. Pero tu tío se había obsesionado contigo. Te asedió con cartas y luego con una cita en la confitería. Entró a este apartamento sin que vos

estuvieras, robó cosas. Mientras tanto descubrió tu vínculo con Brentano. Quizá vio fotos de él y unió las situaciones. Después dio con Moreira y por fin llegó al otro, al argentino. Pero vos debiste darte cuenta de lo que podía estar pasando cuando después de Brentano, mataron al fotógrafo, ¿verdad? –razonó Keller, sabiendo muy bien dónde dolerían sus palabras–. ¿Tenías idea de quién era Olavarría? –agregó.

–No, para nada. Pero, al principio desconfié de usted. Mucho más cuando me contó sobre la visita de ese policía al que vi en la Jefatura. Los detalles me confundieron. Además, yo sabía que usted y Javier se habían encontrado en el Casino, porque él me contó. Me describió a alguien que le hizo una propuesta extraña y, por las señas que me dio, no me quedaron dudas de que era usted, hasta su nombre coincidía: Gabriel. Eso y que conociera a Moreira me confundió mucho. No sabía qué pensar.

Keller se estremeció. Había surgido un cabo suelto, un detalle que no había tenido en cuenta. Nunca debió pronunciar su nombre ante Brentano. De la cara de póker pasó a la de sorpresa.

–No sé de qué me hablás. Nadie me llama Gabriel y jamás me presento con ese nombre. Para todos soy Keller, en especial para un desconocido. A Brentano nunca lo vi en mi vida y hace años que no piso un casino. ¿Una propuesta extraña? ¿Cuál?

Beatriz lo miró, ahora con una mezcla de desconfianza y miedo.

–Que matase al tercer taxista de la fila, a cambio de mil dólares.

–¿Y para qué querría yo que él hiciera eso? Es muy raro, ¿verdad? Pero, en todo caso, eso no tiene nada que ver con lo que pasó después. No sé con quién se encontró tu novio y si describió a alguien, de verdad que es fácil que cualquiera se parezca a mí. Soy alguien común y corriente, de los tantos que ves en la calle o en un casino. No entiendo por qué pensaste que era yo –dijo Keller y enseguida recordó la segunda conversación con Brentano en el Casino.

En esa charla le había dado datos que probaban que estaba al tanto de su relación con Beatriz, en especial dónde trabajaba ella y con quién vivía. ¿Le había comentado eso a su novia? ¿Era posible que en todos esos meses Beatriz supiera que él había conocido a Brentano y no le hubiera dicho nada? ¿Sospechaba Beatriz que él lo había ultimado a pocas cuadras de las mesas de juego?

Beatriz no respondió y lentamente se incorporó. Parecía que todo el cuerpo le hubiese dolido. Mientras masajeaba su nuca con una mano, movía la cabeza y miraba el piso, como si de pronto no pudiera soportar nada de lo que la rodeaba.

–Desde que lo conocí, usted me aterra, por eso no me costó nada creerle a Javier. Pero también me atrae y entonces nunca le hablé de lo que él me contó. Es verdad, era una propuesta absurda que quizá no tuviera sentido. Cuando surgió lo del viaje, pensé que por fin me alejaría de usted y podría olvidar el recelo, las sospechas, la sensación extraña de tener que rechazarlo y a la vez necesitarlo. Ahora no sé qué pensar. Todo lo que me ha contado sobre Ricardo también es terrible. Y otra vez me siento sola y desprotegida. Pero usted siempre está en el momento justo, para atemorizarme o darme calma.

Keller se acercó y la atrajo sin que ella se resistiera. Pero su cuerpo era lánguido y sin energía. La abrazó y ella no lo rechazó, pero tampoco correspondió el abrazo. Era una mujer entregada a lo fatal, incapaz de decidir qué quería.

—No me temas, es absurdo. Yo te quiero, Beatriz, ya te lo dije antes. Si empezaras a tutearme de una vez, todo podría mejorar. Sé que es muy duro lo que te conté, pero tenías que saberlo. Lo mejor será que descanses y sigamos hablando en otro momento. Podría prepararte un té y llevártelo a la cama o ayudarte a desarmar el equipaje. O puedo escucharte contar sobre el viaje hasta que te quedes dormida y después me voy. Voy a hacer lo que me pidas.

Poco a poco Beatriz se aferró a los brazos de Keller, como si aceptara lo que él acababa de decir o estuviera a punto de caer al vacío. Con cuidado, él la alzó como si fuera una criatura y ella se acurrucó contra su cuerpo. Luego, la depositó sobre el sofá y ella murmuró algo ininteligible antes de quedarse dormida.

Keller fue hasta el dormitorio y regresó con una manta con la que cubrió a Beatriz. Ahora parecía serena y calma mientras su respiración denotaba que iba cayendo en un sueño profundo. Apagó la luz de la araña que pendía del techo y encendió la de una lámpara que había sobre una mesita junto a una butaca. En ella se sentó y contempló a Beatriz dormida. Era posible, pensó, que ella lo supiera todo. ¿Por qué no?

Había sido descuidado al vincularse con Brentano, también había hablado de más. Pero aun así, la joven le había seguido el juego. Quizá Brentano le hubiera contado el segundo encuentro en el Casino, cuando él le reveló cuánto sabía sobre Beatriz pese a ser, en ese momento, un perfecto desconocido para el ludópata. En todo ese tiempo, ella aceptó saber que su vecino era el asesino que actuaba bajo la apariencia de Milo Epstein. Tal vez, aquella internación en el Sanatorio Larghero posterior a la muerte de Brentano se debió, en realidad, a la impresión de saber que su ejecutor había sido Keller. Después —y la historia de las fotos debió de indicárselo—, al crimen de Moreira tuvo que entenderlo como una extensión del anterior. Y sin embargo, su vínculo con el vecino pareció no alterarse. Solo cuando Keller la puso al tanto sobre la visita de Tomasa, ella decidió apartarse de él, dar un portazo, escapar de su influencia.

A medida que lo razonaba, Keller iba entendiendo las actitudes de su vecina y, en especial, el vínculo con su amiga Alicia y la ilusión anterior de casarse con Eduardo, su novio de Alemania. Habían sido intentos para alejarse de él, liberarse de la carga atroz de ser la vecina de un asesino. Incluso el viaje y la posterior mudanza de Alicia para vivir juntas parecían una salida extrema a la situación. Pero ahora había regresado y estaba viéndola dormida y confiada porque él estaba allí.

Lo que hablaron y también lo que no —pero estuvo implícito— lo enfrentaban a un sentimiento que después, cuando los días pasaran y la cercanía con Beatriz se fuera convirtiendo en necesidad de verla y estar pendiente de ella todo el tiempo, le costaría expresar. Mientras la contemplaba dormida en el sofá, en silencio y sin más compromiso que velar su sueño, pensó: ¿podría vivir sin ella? Ese pensamiento lo fue sumiendo en ensoñaciones y proyectos que se parecían demasiado a

un cambio de vida.

Procurando no hacer ruido, Keller se incorporó de la butaca, se acercó al sofá y le acomodó la manta para que la cubriese mejor. Apagó la luz y volvió a sentarse. Estaba a oscuras en un living, como acostumbraba a hacer en su apartamento, pero, por primera vez en mucho tiempo, esa negrura no era un abismo: podía distinguir la forma difusa de la mujer dormida y escuchar el ritmo suave de su respiración. Fue acompasando esa cadencia a la propia hasta que el sueño lo venció.

SIXTA PARTE

FINAL Y COMIENZO

Tomados de la mano como dos adolescentes, Keller y Beatriz regresaron del cine caminando para aprovechar esa primera noche en que la primavera atenuaba los rigores del invierno. Habían visto una comedia musical, *Los paraguas de Cherburgo*, un comentado estreno en el cual los personajes cantaban durante toda la película. Era una historia romántica y agrisulce que, según lo que Beatriz contó, en París hacía furor y provocaba largas colas en los cines de Francia.

–Es irreal que la gente cante en vez de hablar, pero en la ópera eso es aceptado y se lo considera arte –dijo Keller.

–En el cine todo es posible, se puede creer en lo que sucede en la pantalla, pero cuando encienden la luz de la sala la ilusión termina y vuelve la realidad. A mi me pareció muy romántico todo, y triste también, pese a que lo dicen cantando. No sos romántico, ¿verdad?

–No. Y menos cuando veo a una pareja que para conversar baila y canta un tango en francés en un salón de Cherburgo –dijo Keller y ambos rieron.

Cuando llegaron a la esquina anterior al edificio, se detuvieron para besarse, como hacen los novios de barrio para aprovechar la oscuridad de una cuadra. En realidad eran amantes y lo estaban viviendo con el disfrute de la clandestinidad. La suya era una pasión furtiva, al menos para el entorno del edificio Valencia. Quizá el viaje le había servido a Beatriz para liberarse de muchos prejuicios.

Todo había empezado la noche en que ambos se quedaron dormidos en el living de Beatriz. Cuando despertaron de madrugada porque el trueno inicial de una tormenta los sobresaltó, descubrieron que estaban solos y en medio de un aguacero que se desplomaba sobre la ciudad. No necesitaron decirse nada: en la oscuridad Keller la alzó del sofá y la llevó en brazos al dormitorio. Después, la pasión fue guiándolos en la búsqueda de los cuerpos y, en la penumbra de la habitación que a intervalos iluminaban los relámpagos, fueron reconociéndose y palpándose como dos ciegos que descifran con sus dedos lo que sus ojos no pueden ver. A partir de entonces, sus vidas cambiaron. En especial la de Keller.

–¿Venís vos o voy yo? –preguntó él, ya cerca de la entrada del edificio, mientras Beatriz canturreaba la canción principal de la película, “Esperaré por ti”. Le parecía mentira estar viviendo esa libertad de amarse sin temor ni dudas, pese a la diferencia de edades.

–Te espero en una hora –dijo ella y le robó un beso en la boca antes de correr a abrir la puerta y escapar escaleras arriba, una broma que solía hacer cuando regresaban juntos de algún lugar.

Tal vez hubiera todavía amenazas pendientes, pensó Keller, porque Tomasa aún no la había interrogado sobre Villa, pero era la primera vez en meses que podía sentirse en paz con sus fantasmas y, desde hacía semanas, la voz había dejado de irrumpir en su cerebro para acosarlo.

Keller la dejó adelantarse mientras pasaba junto a un automóvil estacionado con su conductor adentro. Era un Chevrolet Bel Air, de color azul cobalto. Ni siquiera reparó en el detalle de que el hombre lo mirara con mayor interés del que pueden despertar dos tórtolos en una calle solitaria. Era un individuo de tez morena que llevaba un sombrero cuya ala le caía sobre la frente. Tenía un bigote renegrido y bien recortado que le daba un parecido con el recio actor argentino Francisco Petrone. Cuando Keller pasó junto al auto, el hombre encendió un cigarrillo y se bajó del Chevrolet. Keller estaba tan absorto en Beatriz, que no escuchó el sonido de la portezuela al cerrarse ni los rápidos pasos del hombre acercándose por su espalda.

—¿Señor Keller? —preguntó cuando estuvo junto a él.

Keller se volvió y vio al hombre de sombrero y con una amplia gabardina gris, excesiva para la temperatura de la noche y su cielo estrellado. Llevaba el cigarrillo en la comisura de los labios y se había plantado ante él perniabierto, la gabardina desprendida y las dos manos en el bolsillo del pantalón. Miraba con suficiencia y por momentos parpadeaba como si el humo del cigarrillo le irritase los ojos.

—Sí, soy yo —dijo Keller, y el hombre sonrió.

—Lo sabía, pero quería estar seguro. ¿Podemos conversar?

—¿Quién es usted? ¿Conversar sobre qué?

—¿Lo hacemos arriba, en su apartamento, o prefiere que caminemos?

—No respondió lo que le pregunté.

—Fui amigo de Flavio Olavarría.

—No conozco a ningún Olavarría.

—Empezamos mal, Keller. Soy Severino Rosales. ¿Subimos o quiere que lo meta de prepo en el Chevrolet que tengo ahí?

Keller comprendió que el hombre tenía razón. Las cosas iban mal. Su acento al hablar lo inquietaba tanto como su velada prepotencia. Le pareció porteño y con un dejo reo, como de compadrito de arrabal. Arrastraba las eses con morosa precisión y su ropa era extraña, antigua y demasiado amplia. Pero lo más tenebroso era la amistad con Olavarría.

—No invito a desconocidos a mi casa. Podemos hablar aquí mismo —propuso Keller tratando de ganar tiempo para pensar en lo que se estaba metiendo. Sospechaba que Rosales no aceptaría quedarse donde estaban.

—No estaremos cómodos, amigo, y se me hace que vamos a entendernos mejor si nos sentamos a hablar con tranquilidad y sin que nadie nos interrumpa, ¿no? —dijo el hombre y se abrió el saco para mostrarle una sobaquera de la que asomaba la culata de un arma que parecía grande y pesada.

Obligado a elegir entre el Chevrolet y su apartamento, Keller dudó, pero prefirió un territorio conocido en el que, además, guardaba un revólver. Como si caminara por el interior de una pesadilla, se volvió para llegar a la puerta del edificio. Sabía que no tendría sentido salir corriendo en cualquier dirección porque, si bien Rosales tal vez no iba a perseguirlo ni dispararle, se quedaría a esperarlo o volvería otro día. Además, algo le dijo que lo mejor era encarar esa conversación para saber cuanto antes qué pretendía de él ese hombre surgido de la noche y del pasado.

Abrió la puerta con su llave y lo dejó pasar. Rosales se quitó el sombrero y después lo siguió mientras subían la escalera.

Keller abrió la puerta del apartamento, encendió la luz del techo y entró. Rosales lo siguió, se quitó la gabardina y la tiró con el sombrero sobre el sofá. Era un hombre realmente corpulento, que no superaba los cuarenta años. Lo miraba todo con interés y una semisonrisa dibujada bajo el bigote. Sin decir palabra metió la mano en la sobaquera y sacó un negro y considerable revólver con el que apuntó a Keller directamente a la cabeza. Sorprendido, este solo atinó a levantar sus brazos como para cubrirse instintivamente.

–Siéntese, amigo, y no haga ningún gesto. Quédese quieto mientras le hablo.

Keller obedeció y se dejó caer en uno de los sillones.

–Lo que puede salir de este fierro es suficiente para dejar sus sesos estampados en la pared – dijo Rosales mirando casi con ternura el arma que sostenía.

Después, con su mano libre, sacó un sobre manila doblado del bolsillo de su chaqueta, que era amplia, cruzada y de buen casimir.

–Ábralo y mire lo que tiene –le indicó a Keller tendiéndole el sobre.

Este obedeció y sacó algunas fotografías en blanco y negro y unas hojas con texto escrito a máquina.

Todas las fotos lo mostraban a él: saliendo del edificio, sentado en el Sorocabana, caminando por Gonzalo Ramírez. Enseguida recordó la que había recibido en un sobre similar, meses antes y después de vincularse con Olavarría. Le había llegado en forma anónima junto con un informe mecanografiado de varias hojas que describía hora por hora sus rutinas. Era una foto tamaño postal que lo mostraba en la puerta del edificio Valencia. Entonces pensó que el contenido del sobre era una velada amenaza del argentino, una forma de avisarle que él también podía ser el blanco de un asesino a sueldo. Era el mismo tipo de información que había recibido y estudiado antes de matar al abogado Gauna en Rosario.

–¿Qué es esto? –preguntó Keller, aunque era algo que ya sabía.

–¿No recuerda el sobre anterior? –dijo Rosales con ironía, sin dejar de apuntarlo con el revólver, aunque ahora se había sentado en el sillón enfrente al de Keller–. Fui yo el que lo dejó en el buzón de la entrada. Me lo pidió el amigo Olavarría. Me había tomado el trabajo de seguirlo y gastar película en su figura. Me resultó muy fácil hacerlo. Usted es un tipo rutinario, che. Lo que le traje hoy es lo que sobró de la vez anterior. El informe es una copia del otro, aunque podría sumarle detalles que fui descubriendo después. Olavarría era mi cliente y usted el

objeto de un contrato, pero a último momento Flavio se arrepintió. Le había parecido macanudo su trabajo en Rosario y fue por eso que al final no tuvo que matarlo. La idea era que yo honrara el contrato cuando usted cumpliera con el suyo. De esa manera el tema se cerraba para Olavarría: Gauna boleta y usted, también. Pero Flavio dio la contraorden y usted se salvó por un pelo de que lo despachase, ¿va entendiendo, mi amigo? Él quedó prendado de su eficacia y entonces tuve que suspender todo el asunto, que hubiera sido fácil y limpio. Pero hay un detalle: Olavarría me pagó la mitad por adelantado, guita contante y sonante. Al poco tiempo que suspendió lo suyo, lo matan en ese hotel. De modo que yo le quedo debiendo la otra mitad del encargo, ¿no? Supongo que imagina entonces para qué vine.

—No imagino nada —dijo Keller, con un hilo de voz.

De pronto Rosales le pareció enorme y desproporcionado, tanto como el arma con la que le apuntaba.

—Yo estaba al tanto de la carta del otro infeliz conocido de Flavio, el fotógrafo que lo delató; también de que usted se disfrazaba para matar. Cuando supe lo de Flavio y leí los diarios —apenas me enteré crucé el río—, enseguida me di cuenta de que había sido usted el que lo había limpiado. Otra vez el disfraz. Entonces pensé: este tipo se las trae, no es ningún sonso. En ese momento no pude hacer nada porque tuve que ocuparme de que repatriaran los restos de mi amigo. Trámites, burocracia, papeleo. Volví con el fiambre a Buenos Aires y me encargué de que tuviera un entierro decente en Rosario. Después hice la cuenta y me dio que estaba debiéndole algo al finado. Un trabajo que no terminé. Y pensé: Olavarría lo había postergado pero nunca me dijo que me olvidara, ¿verdad? Ya sé que cliente muerto no paga pero, como le dije, él me había adelantado la mitad de su muerte, mi amigo. ¿Va entendiendo? Para mejor me entero, también por los diarios, que usted se hizo el vivo y le endosó sus muertes a un tipo que vive o vivía en un chalé junto a un arroyo, y que tuvo que plantarle todas las pruebas para que la cana las encontrara. Y además malicio que lo mató. Eso me cayó muy mal, ¿sabe? Le jugó sucio al hombre, que no sé quién es y no me importa. Así que decidí terminar el trabajo que me encargó Olavarría. Me gusta cumplir con mis obligaciones. Así uno duerme mejor. Pero antes, cuénteme qué hace ahora que no se disfraza, ¿de qué vive? ¿Esa piba que iba con usted es su novia?

Rosales sonrió como un vendedor de paraguas en medio de un diluvio. Para estar más cómodo guardó el revólver en la sobaquera y se repantigó en el sillón.

—¿Por qué no tomamos algo fuerte mientras me cuenta?

Keller no se había movido mientras Rosales hablaba. La ventaja de las pesadillas es que se desvanecen cuando uno despierta, pensó, pero la que estaba viviendo era sólida y recién había empezado. Recordó que todavía guardaba media botella de ginebra Bols en el aparador del living. Se dijo que lo único que podía hacer ahora era ganar tiempo.

—Puedo invitarlo con una ginebra —dijo, como si Rosales fuera un amigo de la juventud que hubiera llegado a visitarlo sin avisar. Le señaló el aparador en el que estaba la botella—. ¿Puedo?

–agregó mientras con cuidada lentitud se levantaba.
El otro asintió.

Keller llenó dos copas de ginebra y las puso sobre la mesita baja junto a los sillones. También dejó la botella destapada. Rosales volvió a sonreír, como si estuviera de juerga con su mejor amigo. Tomó su copa y la vació de un sorbo. Enseguida hizo un gesto para que Keller volviera a servirle.

–Cuénteme, ¿qué hace? Hace semanas que dejé de seguirlo.

–Trabajo en una agencia de publicidad –dijo Keller y le llenó otra vez la copa–. Estaba de licencia y me reintegré –agregó.

–¿Y la piba?

–Vive en el edificio. A fin de año vamos a casarnos.

–Todavía no tocó su copa. Acompáñeme, piense que es la última. Estoy pensando en cómo hacerlo. El fierro que traje es muy ruidoso. Capaz que le pido que me preste su almohada. ¿Se van a casar? ¡Qué lástima! Por lo que veo iba a rehacer su vida. ¿Sabe? Nunca hago esto: conocer e intimar con el paquete antes de mandar la encomienda. Pero lo hago por Olavarría; usted le jugó feo y ahora yo voy a emparejar los tantos. Mire, no es nada personal con usted, porque a lo mejor me cae simpático. Vine para que supiera por qué va a ser boleta y entendiera que este oficio es serio, che. No se puede talentear o, como le dije, pasarse de vivo. Y toda esa pavada de la pornografía y las fotos: una calumnia. Flavio no andaba en eso. Un invento de la viuda del fotógrafo. Está buena su ginebra.

Rosales bebió la segunda copa y Keller le sirvió otra. Para que no sospechara que quería embriagarlo para sacar algún tipo de ventaja imposible, se bebió la de él. Estaba necesitándola, claro. El matón miró de pronto las paredes, con asombro.

–No tiene cuadros, casi no hay adornos. Vive como un monje, usted. A ver, ¿dónde guarda su revólver? ¿Lo tiene todavía?

–Adentro del horno de la cocina, hay que desarmarlo para poder sacarlo. Ya no lo necesito –dijo Keller.

–¿Ve? Es un aficionado. A los fierros hay que llevarlos encima, si no, ¿para qué tenerlos? A este no me lo saco ni en el baño. Estaba mirando; a lo mejor ese almohadón nos sirve. ¿Tiene familia usted?

–Un hijo que vive en Australia. Todos los demás murieron, incluida mi mujer.

–Ya veo, no tiene a nadie. Le dejaría escribir una carta de despedida, pero no tenemos tiempo,

mire la hora que es. No lo tome a mal, pero voy a tener que irme, así que vamos a apurar el trámite –dijo Rosales y volvió a sacar el revólver de la sobaquera.

–Espere, solo un momento más. Al menos explíqueme cómo lo hace. No solamente conmigo, con todos los demás.

–¿Cómo hago qué?

–Ubicar a un tipo y matarlo porque alguien le pagó.

–Es un laburo como cualquier otro. ¿Cómo lo hizo usted, en Rosario?

–No fue por la paga. El importe lo doné a la Lucha Antituberculosa. Olavarría me engañó; iba a devolverme la carta después de que yo liquidara a Gauna, pero no lo hizo. Por eso lo maté, no me jugó limpio. Y, por si no se dio cuenta, a usted tampoco –dijo Keller y por primera vez desde que estaban conversando, Rosales se puso rígido y alerta.

–Ojo con lo que dice, che. Flavio era un hermano.

–Sin embargo, me contrató a mí para lo de Rosario.

–Sí, pero me encargó lo suyo a mí, ¿verdad?

–Que no pudo hacer porque Olavarría lo canceló.

Rosales no respondió y se bebió la tercera ginebra. Sus ojos divagaron por las paredes sin cuadros y los muebles sin adornos. Keller vio el flanco e insistió:

–Matarme era fácil, como ya se dio cuenta. Lo de Rosario, no. Un trabajo de precisión.

–El chofer de Gauna colaboró porque estaba comprado –dijo Rosales con fastidio. Por un momento bajó el caño del arma y quedó apuntando al piso.

–Flavio lo engañó, Rosales. Ese trabajo era suyo, pero me lo dio a mí, un aficionado como usted dice. ¿Por qué quiere hacerme pagar por eso? Yo no tuve la culpa, me tenía agarrado por lo de la carta. Es cierto, no soy un profesional pero lo de Rosario fue impecable, ¿por qué no lo reconoce?

Rosales volvió a sonreír y se levantó del sillón sin dejar de apuntarle a Keller. Fue hasta el sofá y tomó un almohadón que había junto a un posabrazo.

–Quiere manejarme hablando y, la verdad, lo hace bien, pero no voy a tomar otra copa. Quiero terminar esto como se debe. Voy a hacerle un favor a esa piba y a lo mejor a usted. Le agradezco la hospitalidad y la ginebra. Si me permite...

Rosales se acercó a Keller y este supo que era el fin. Cuando el almohadón ya estaba a cinco centímetros de su cabeza, sonó el timbre del apartamento. El asesino se detuvo y quedó como congelado en un gesto expectante.

–¿Quién es, esperaba a alguien? –dijo en voz baja y bajó el arma y el almohadón.

–Es Beatriz, mi vecina –repuso Keller.

La situación seguía complicándose pero todavía no le habían volado la cabeza.

El timbre volvió a sonar.

–Sabe que estoy aquí. Quedamos en que yo pasaba a verla.

Si hay algo que un asesino a sueldo nunca debe hacer –el propio Rosales lo había dicho minutos antes– es intimar con su futura víctima. Pero hay algo peor: dudar. Rosales dudó y, como se dice en el boxeo, perdió el centro del ring. Dejó el almohadón otra vez sobre el sofá y se corrió para quedar detrás de la puerta. Con un gesto con el arma le indicó a Keller que abriese:

–Dígale que tiene visita o que se siente mal, haga que se vaya, si no, ella también va a estar en problemas.

Tal vez si abría, la tomaba de un brazo y salían corriendo escaleras abajo, podrían tener una chance, pensó Keller; o al menos Beatriz podría salir y no entrar en la pesadilla. Pero era muy arriesgado: Rosales iría tras ellos y una vez en la calle serían un blanco fácil para su revólver. La otra opción era seguir el curso de lo fatal y apostar a que el tipo no cumpliera el contrato con ella de testigo. Le pareció que Rosales tenía códigos y no mataba al voleo sino a los marcados por las obligaciones del oficio. No iba a disuadirla a Beatriz para que se fuera, la invitaría a entrar.

Abrió y dijo:

–Pasá, estoy con visita, un amigo que no veía hacía tiempo.

Rosales no esperaba que Keller dejara entrar a Beatriz, por eso guardó rápidamente el revólver en la sobaquera y salió de atrás de la puerta luego de abotonarse la chaqueta. Si hubiese sido un profesional de libro, como Miles Epstein, no habría hecho lo único que no debía hacer. El manual y los hábitos del asesino a sueldo le indicaban que la situación ya se le había ido de las manos y que su última opción era dispararle a la chica que lo miraba con cierto asombro, intentando descifrar quién era ese extraño de aspecto recio y bigote renegrido que había llegado a deshoras a lo de Keller.

El segundo disparo debía ser para el dueño de casa, que miraba a la joven y lo miraba a él, tratando de encontrar el momento de presentarlos. Con la pareja en el piso, cada uno con un orificio en su cabeza y sin importar el estruendo hecho por el arma, tenía tiempo suficiente para bajar la escalera y salir del edificio Valencia sin que nadie lo viese, subirse al Chevrolet y alejarse. Pero nada de eso habría de suceder.

–Te presento a Rosales, un viejo amigo y colega –dijo Keller.

Beatriz lo miró y enseguida notó que era todo muy extraño porque el hombre no le sonreía de la manera que ella estaba haciéndolo. Por fin, Rosales le tendió su mano.

–Beatriz, encantada –dijo ella y sintió la mano de Rosales como una tenaza. Le pareció que estaba transpirada.

–En realidad ya salíamos –dijo Keller–. Severino me invitó a tomar unas copas a Bonanza.

Rosales captó de inmediato la jugada y necesariamente tuvo que pensar que, sin conocer en absoluto aquella ocurrencia del inspector Tomasa para referirse a Keller, el hombre que había venido a matar era tan resbaloso e inasible como una anguila.

–Voy a ponerme un abrigo y ya bajamos –propuso Keller.

Al haber llegado con Rosales no había podido sacarse el saco del traje y, con la temperatura de esa noche, el abrigo era aún menos necesario. Sin que Rosales pudiera evitarlo, fue hasta el dormitorio.

–Bueno, entonces me voy –dijo Beatriz–. Mejor nos vemos mañana –añadió ante un Rosales desconcertado.

En la mirada de Keller ella había captado que el sentido de lo que allí sucedía se le escapaba pero que había algo raro, anormal, y lo mejor que podía hacer era seguirle la corriente. Reparó en las copas y la botella de ginebra.

–Veo que ya habían empezado –dijo con fingida simpatía.

Rosales asintió con un gesto. En ese momento Keller regresó vestido con el Perramus reversible que había llevado a Rosario.

–Salimos todos –dijo Keller y abrió la puerta del apartamento y dejó pasar a Beatriz. La joven se volvió hacia Rosales:

–Adiós señor, fue un gusto. Nos vemos mañana, Gabriel.

Keller se apartó para que Rosales saliera y este no tuvo otra opción que aceptar, porque matar a Keller allí y en ese momento era más complicado que cuando llegaron. Se había puesto su gabardina y el sombrero. Al salir lo miró a Keller como midiéndolo. El tiro se lo pegaría en la calle y terminaría de una vez con la estúpida charada de ser amigo y colega de una futura víctima.

Beatriz entró en su apartamento y Keller cerró con llave la puerta del suyo. Cuando estuvieron solos en el palier, Rosales quiso volver a dominar la situación. Mientras bajaban la escalera, fue diciéndole:

–Linda piba, lástima que no va a poder disfrutarla como esposa. Vaya delante mío y no se aparte un solo paso. En el bolsillo de la gabardina llevo una Walther 9 milímetros con la que estoy apuntándole. Las copas en Bonanza vamos a tomarlas en otra vida, no en esta. Otra vez se pasó de vivo, pero es la última ventaja que voy a darle. Además, pensándolo bien, me conviene que salgamos. Lo voy a matar por la espalda y en la calle, como hizo usted con el primero que liquidó. Cuando salga, camine hasta el auto, es un buen lugar. Voy a despacharlo ahí, cosa de subirme al Chevrolet y desaparecer. La Walther es más silenciosa que el otro fierro y no se sobrevive a un tiro de ella en la nuca. Salga y camine.

Keller abrió la puerta del edificio y salieron. La calle estaba vacía y serena y solo se escuchaban los ladridos de un perro en una azotea. Debían caminar media cuadra, hasta donde estaba estacionado el Chevrolet.

Fue un impulso de puro instinto: Keller empezó a correr hacia la negrura de la próxima esquina sin importarle que Rosales pudiera apuntarle y disparar. El grito no se hizo esperar:

–¡Esperá, hijo de puta! ¡No corrás! –Rosales ya iba corriendo también y había sacado la pistola del bolsillo de la gabardina.

Enseguida ambos se cruzaron con una pareja joven que se apartó para que pasaran. Al llegar a la esquina, Keller torció en dirección a la Rambla. Rosales lo seguía a menos de quince metros. A favor del declive de la vereda, Keller aumentó la velocidad de la carrera. No miraba atrás para no perder concentración. Sabía que la oscuridad lo favorecía, pero no podía prever si el otro iba a tirarle o no. El Perramus le impedía moverse con más libertad, pero había sido inevitable ponérselo. En el cruce con la siguiente calle, esquivó a un auto que frenó para no atropellarlo.

Al llegar a Cebollatí, que a esa altura corría paralela a la Rambla –separada de ella por un ancho cantero de pasto–, Keller torció a la derecha y escuchó el primer disparo que no le acertó pero pasó muy cerca de su cabeza. Se cruzó con un hombre que paseaba su perro y quedó

paralizado al escuchar el tiro. Con asombro, el individuo lo vio venir a Rosales, la gabardina flameando al viento y el brazo tendido hacia adelante con la Walther apuntando, firme en su mano derecha.

Un agudo dolor en el costado del esternón acometió a Keller que estaba fuera de forma y no podía mantener la carrera. Supo que las fuerzas no le alcanzarían para sostener la fuga y que a la larga Rosales se acercaría lo suficiente como para no errar el próximo tiro. La única alternativa que le quedaba era atraerlo a un sitio oscuro en donde él pudiera ocultarse. A su derecha y siempre corriendo por Cebollatí había casas y algún edificio de pocos pisos.

Keller cruzó una bocacalle y escuchó los pasos de Rosales, que se acercaba. No había vuelto a disparar para no llamar la atención pero ya sabía que no podría seguir corriendo mucho más. Hasta que a unos metros vio un terreno baldío ubicado a mitad de cuadra, entre dos casas antiguas de una planta. Era una demolición reciente, de las varias que se habían hecho en la zona de la Rambla para levantar edificios de varios pisos.

Cuando llegó al terreno vio, pese a la penumbra, que había una depresión, donde se suponía que había estado el sótano de la casa, sembrado de escombros que aún no habían sido removidos. Sin dudar se precipitó por la pendiente hecha de trozos de ladrillos y mampostería rota, dando tumbos, hasta que se pegó de espaldas a la pared medianera con la finca vecina. Enseguida, la silueta de Rosales se recortó en el contraluz que producían los anémicos picos del alumbrado público. Sostenía la Walther en su mano y resoplaba por el esfuerzo.

—Al final, eligió un buen lugar para que terminemos esto —dijo Rosales y descendió con lentitud por la pendiente de escombros hacia donde estaba Keller.

Quizá Rosales no tenía una buena visión nocturna, pero eso no le habría impedido acertarle a Keller a escasos dos metros cuando lo enfrentó ante la pared medianera y en medio de los escombros. Como él acababa de decir, ese era el lugar perfecto para pegarle el postergado tiro y luego de un segundo disparo de gracia, regresar al Chevrolet y desaparecer en la noche primaveral. Pero, en su afán por terminar de una vez ese asunto que se le había complicado, no advirtió que en su mano derecha Keller sostenía el revólver 22 que había pertenecido al gordo Pianetti y con el cual ya había matado a Ricardo Villa y a Héctor Delaso.

No era verdad lo que le había dicho a Rosales, no lo guardaba en el horno de la cocina sino en el dormitorio, en el cajón de la mesa de luz. Cuando fue al cuarto a ponerse el Perramus, lo sacó del cajón y lo deslizó en el bolsillo del abrigo. Era un H&R de caño corto, que no abultaba para nada y que ya sabía cómo manejar. Una vez más se cumplía el aserto de que solo vemos aquello que estamos preparados para ver, y Rosales vio el arma cuando Keller hizo fuego.

Un balazo siempre es una sorpresa y, en vez de responder al disparo de Keller con uno de su Walther, Rosales se llevó la mano libre al vientre, como si no diera crédito a lo que estaba sucediendo. Pudo también usar el revólver de la sobaquera, pero ya tenía las dos manos ocupadas. Cuando por fin reaccionó y apuntó con la Walther –luego de mascullar un insulto ininteligible–, Keller disparó de nuevo y con la misma puntería del chalé de San Rafael. A corta distancia, un 22 puede ser un arma mortífera y una cabeza enfundada en un sombrero de ala siempre es un blanco apreciable. Ubicado como estaba, un poco por debajo de él, la segunda bala que disparó Keller le entró a Rosales en medio de la frente, justo en la unión con el ala del sombrero.

Rosales cayó de bruces sobre los escombros, con el sombrero todavía puesto y la Walther en su mano derecha. Keller permaneció unos segundos quieto, sosteniendo el revólver con el brazo extendido. Después lo guardó en el bolsillo del Perramus, se agachó y con gran esfuerzo dio vuelta el cuerpo para estar seguro de que Rosales estuviera muerto. Era indudable que lo estaba.

Con el cuerpo dolorido y todavía agitado por la corrida, trepó por la pendiente de escombros y volvió a la vereda de la calle Cebollatí. Al parecer, los dos estampidos no habían despertado a nadie en las casas aledañas, o al menos no se veían luces encendiéndose en ninguna de sus ventanas. La hora ayudaba a que hubiese pocos peatones en la calle y por fortuna no pasó ninguno en el momento del desenlace. En el fondo del terreno se distinguía el bulto borroso del cadáver de Rosales.

El baldío era un buen lugar para que ese asunto terminara, se dijo Keller, y empezó a caminar sin apuro.

No tenía claro qué hacer ni adónde ir y solo atinó a arrojar el revólver en una boca de tormenta, para que cayese por el desagüe del alcantarillado y desapareciera arrastrado por el agua de una futura lluvia. Se deshizo del arma en un impulso, porque no creía en su futura utilidad.

Estaba muy cansado y sentía que había llegado a un límite. La muerte no le daba tregua. Quizá Rosales había sido el último eslabón de una cadena empezada meses atrás con Brentano. Lo que había seguido era una pendiente que tal vez culminara en el declive del baldío del que estaba emergiendo.

Keller detuvo su marcha unos segundos y pensó que no había ninguna razón para postergar una copa en Bonanza; quizá este nombre ahora tomara un nuevo sentido. La palabra, además de aludir a la famosa serie televisiva, refería también las buenas condiciones del mar, sin oleaje ni viento. ¿Podía pensar que la tormenta se había disipado y ahora ingresaba en un período de calma? Esa noche su vida había pasado, casi sin transición, de la irrealidad agrídulce de *Los paraguas de Cherburgo* a matar a un hombre en un baldío. De fantasear con un empleo que no tenía y un casamiento inexistente –Rosales parecía habérselo creído–, a correr como un desesperado para salvarse de morir asesinado. Por fortuna, Beatriz había podido salir indemne del asunto sin darse cuenta del riesgo que había corrido. Eso también justificaba un trago.

Sentado como de costumbre en la barra, pidió un Dewar's *on the rocks* y recién entonces el dolor del cuerpo y la tensión empezaron a aflojarse. No necesitó agregar un *negroni* para la mujer invisible. Además, el barman titular había regresado y no podía conocer aquel ritual de Keller, cuando en la última visita a la *boîte* se había emborrachado para olvidarse de Zoraida mientras contemplaba su copa intocada. El hombre no lo reconoció o no le prestó la atención de otras veces. Parecía tener su mente en alguna parte remota y su mirada era triste como la de un payaso después de la función. Ni siquiera hizo “llorar” la medida del whisky al servir para que cayera más en el vaso.

Keller tomó el primer sorbo y lo paladeó como si el mundo fuera a terminarse en el segundo siguiente. Una mano de mujer se posó sobre su hombro. Se volvió y quedó inmóvil por el asombro. Era Beatriz. El nuevo corte de pelo, el maquillaje renovado con productos parisinos, la falda corta y negra, las medias oscuras, los tacos que la elevaban doce centímetros y la sonrisa entre tímida e insinuante lo dejaron sin habla.

–¿Qué hacés acá?

–Quedé preocupada. ¿Quién era ese hombre? ¿Dónde está?

Keller se encogió de hombros y sonrió sin convicción. Hizo bailotear los hielos de su vaso.

–Era nadie. Se fue porque le dolía mucho la cabeza.

–¿Y por qué estaba contigo? ¿Un amigo y colega?

–Algo por el estilo pero, como te dije, se sintió mal y se fue.

–¿Así de rápido? Me pareció que si estaba en tu casa era alguien importante o que conocías.

¿Quién era?

–¿De veras querés que te lo cuente? –preguntó Keller.

Tal vez fue su mirada o el tono con que lo dijo, pero Beatriz supo que lo mejor era que no le contara nada. Y esa habría de ser, a partir de esa noche, la receta para no ensombrecer la felicidad que habían empezado a vivir. Ella sabía lo que no podía contarse o ser expresado con otro lenguaje que no fuera el de la intuición y el silencio cómplice, y quizá lo aceptaba.

Beatriz solo bajó los párpados, lentamente, como tantas veces, resignada ante una evidencia. Pero ese gesto ahora adquiriría un nuevo significado. Había dejado de ser una joven huérfana y desvalida para convertirse en una mujer capaz de llegar hasta Bonanza vestida para la ocasión y dispuesta a rescatar a su hombre de un peligro. No era la Ava Gardner verdadera y tampoco la falsa que Keller creyó amar. Era ella misma, viva y real, envuelta en su propio misterio y seducción.

–¿Qué tomás? –preguntó él.

–Me gustaría un *negróni* –dijo Beatriz y se sentó en el asiento libre junto a Keller, que le hizo un gesto al barman y que por primera vez lo miró con interés.

–Un *negróni* para la señorita: prepárelo con el mejor gin y no olvide la cascarita de naranja – indicó Keller.

Luego se miraron ya sin la sombra de Rosales y todo lo que este pudiera significar. No habría más preguntas incómodas, dudas o recelo.

Mi sono innamorato di te seguía siendo el hit musical del lugar y, mientras el barman preparaba el trago, la voz de Luigi Tenco iba desgranando los versos de la letra con su dejo triste y sentimental. Fue inevitable que Beatriz y Keller se pusieran a bailar y fueran girando por la pista junto con otras parejas, mientras la noche de Bonanza los cobijaba con su intimidad de penumbra cómplice y secreta.



«En Bonanza los límites se relativizaban y en su penumbra podía suceder todo a título de que después no trascendiera a la luz del sol. Por eso, se había convertido en el centro de la noche en la Ciudad Vieja.»

Desde su fulgurante aparición en *Montevideo noir*, que inaugura la saga, Gabriel Keller ha recorrido un largo y arduo camino. En su intento por proteger a su joven vecina Beatriz de los obstáculos que se oponían a su felicidad, asesinó, ocultó y engañó. Por ella cambió el curso de su vida y se convirtió en otra persona. Pero, ¿quién es realmente Keller?

En esta novela, el protagonista se verá envuelto en una sórdida trama de venganza y traición que involucra a una hermosa modelo y a un poderoso hombre de negocios que se aprovecha de ella. El implacable instinto asesino de Keller y su capacidad para la impostura encontrarán, esta vez, un sentido de justicia. No obstante, lo que Keller necesita es dar cierre a su historia con Beatriz, entender las razones que lo han llevado a hacer todo lo que ha hecho y poner una tregua a la irresistible pulsión de matar.

En *Noches de Bonanza*, Hugo Burel concluye con maestría la primera trilogía de novela negra montevideana. Una historia apasionante que ha atrapado a miles de lectores, con un protagonista que ya se ha convertido en leyenda.



HUGO BUREL

Nació en 1951 en Montevideo. Es escritor, periodista, diseñador gráfico y Licenciado en Letras. Ha publicado más de 20 libros de narrativa entre cuentos y novelas y ha ganado varios premios nacionales e internacionales entre los que se destacan el Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional (Paris,1995), el Premio Lengua de Trapo de narrativa (Madrid, 2001), el Premio de Inéditos del MEC-Ministerio de Educación y Cultura (1995) y el Premio Bartolomé Hidalgo 2004.

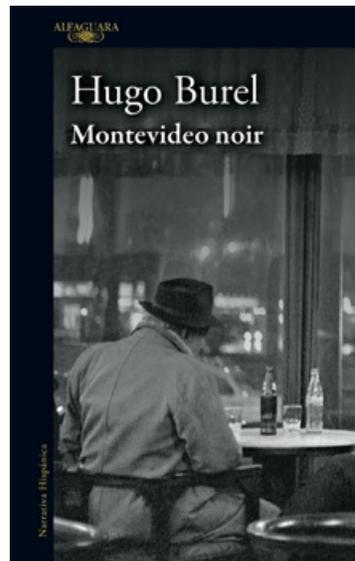
Conquistó dos veces el Primer Premio de narrativa del MEC con *El corredor nocturno* (2007) y *El desfile salvaje* (2009). En 2008 recibió el Florencio teatral a la mejor obra de autor nacional por *La memoria de Borges*. En 2009 se estrenó en Buenos Aires, Madrid y Montevideo la versión filmica de su novela *El corredor nocturno*, dirigida por el español Gerardo Herrero y protagonizada por Miguel Angel Solá y Leonardo Sbaraglia.

Su obra ha sido tema de una tesis de doctorado de la Universidad de Salamanca, escrita por el italiano Giuseppe Gatti, que fue galardonada con el Premio Extraordinario de Doctorado por dicha universidad en diciembre de 2011.

En 2014 recibió el Libro de Oro de la Cámara Uruguaya del Libro a la obra de ficción nacional más vendida ese año por su novela *El caso Bonapelch* (Alfaguara, 2014)

Desde diciembre de 2015, es miembro de número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay.

En 2015 se publicó *Montevideo noir*, libro que inaugura la trilogía de novela negra protagonizada por Gabriel Keller, que continúa en *Sorocabana blues* de 2017 y se completa con la presente edición de *Noches de Bonanza*.



Otros títulos de la trilogía de Gabriel Keller en megustaleer.com.uy

Primera edición en castellano: junio de 2018

© 2018, Hugo Burel

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial

Editorial Sudamericana Uruguay S.A.

Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo

©Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9974-888-93-7

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Noches de Bonanza

Epígrafe

Montevideo, invierno y primavera de 1964

Primera parte. De Mabel a Zoraida

Segunda Parte. La rubia falsa

Tercera Parte. Un extraño arreglo

Cuarta Parte. La llave de los sueños

Quinta Parte. La mirada del adiós

Sexta Parte. Final y comienzo

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos